APUNTES DE VIAJES

POR

M. V. MONTENEGRO.

1902

TIPOG. DE GARCIA E HIJOS.

VIAJES

POR

M. V. MONTENEGRO.

DESDE muy joven sentí la pasión de los viajes, como otros sienten el deseo de casarse, de hacerse políticos, sacerdotes, comerciantes.

Tan pronto cómo terminé los estudios médicos á que me dediqué, ya formada la resolución de viajar, ausentéme de mi patria, donde habían arruinado á mi padre, por odios no justificados de la política venezolana.

En 1865 abandoné á Venezuela y fuíme á Europa. Desde aquella fecha he realizado varios viajes por el Viejo y por el Nuevo Mundo. En esos viajes llevé mis apuntaciones como era natural hacerlo; pero, por mi desgracia, tuvo lugar el incendio de Colón. Mis dos *volúmenes manuscritos*, listos para publicarse, fueron convertidos en cenizas en aquel para Colombia aciago día, en que perdí mis economías y cuanto poseía.

Desde entonces no pensé más en ocuparme de viajes. Sin embargo, inconscientemente, he ido escribiendo estos artículos, que, coleccionados, forman un pequeño volúmen que acaso sea de grata lectura para algunos que lleguen á leerlos, nó porque encierren cosa nueva, pero sí, porque sigo, cuando escribo, el propósito de decir la verdad de lo que pienso ó veo; siempre la verdad.

El lector juzgará, al ver mis notas, si lo he engañado en este prólogo escrito á vuela pluma.

Cómo se viaja ahora.

MUCHAS son las personas que prefieren el reposo á tener que cambiar de lugar, y, por supuesto, que prescindir de las gratas comodidades que ofrece el hogar.

Pero hay otras á quienes las complace el cambio contínuo que se experimenta viajando. A ello las inclina, sin duda, su manera de ser orgánica que, se diría, las obliga á continuada actividad!

Acaso, andando el tiempo, la ciencia podrá decirnos el sitio del cerebro en donde está localizada la mayor ó menor actividad humana que nos obliga á movernos ó reposarnos!

Para unos, viajar es una necesidad, como para otros la tranquilidad ó quietismo del cuerpo es el más delicioso placer que se experimenta en la vida.

Los viajes tienen el gravísimo inconveniente de que cuestan mucho dinero; pero ilustran y cultivan el espíritu más que muchos libros cuya lectura CORRUPTORA pervierte el buen sentido y trastorna el juicio de séres antes inofensivos.

Se comprende perfectamente la razón por qué ilustran los viajes. Es que, como la mayor parte de las ideas llegan á la mente por el intermedio de los sentidos, viajando, se ve mucho más y se adquiere mucho mayor acopio de conocimientos que cuando se vive aislado del resto del mundo.

El trato constante con pueblos de diferentes costumbres, caracteres y hasta civilización distintas, va enriqueciendo nuestros concecimientos, sin hacer mayores esfuerzos; y, despues de varios lar-

gos viajes, nos encontramos con buen acopio de hechos y observaciones, que forman tesoro inapreciable de experiencia, y de adquisiciones, que habría sido imposible obtener sin viajar, observar y estudiar mucho.

Son los viajes por tierra los que más ilustran, porque todo el tiempo que se está en el mar, reduce á los que viajan, casi á la condición de *detenidos ó presos* que, aislados del mundo, tienen por prisión el casco del barco, y, por espectáculos, la inmensidad del océano y la esplendidez de los cielos.

Para viajar con provecho, no sólo basta observar ó estudiar, bajo distintos puntos de vista, los lugares por donde se pasa, sino que hay necesidad de algo más, que es indispensable si se quiere sacar verdadero provecho de los viajes que se emprenden por cualquier motivo.

Ese algo más consiste en llevar apuntaciones de lo que hemos visto ó de lo que nos ha enseñado la lectura y de los pormenores ó informes que recogemos, de boca en boca, de las personas dignas de fe, con quienes tropezamos ó entramos en relación durante el viaje.

Sin esta condición, es casi seguro que, siendo la memoria incapaz de retener todo lo que se desea, mucho se olvida ; y de ahí la necesidad de apuntar nuestras impresiones y los variados incidentes que de contínuo ocurren, á cada paso, cuando se viaja.

El libro de *consultas*, la *guia* y los *ciceroni* son elementos indispensables para viajar, pues, sin ellos, pasaríamos por sobre muchas cosas que nos parecen indiferentes ó frívolas, aunque á veces tienen una grande importancia que es necesario conocer !

Entre las ventajas de los viajes está la salud la cual se robustece casi siempre, sea por el cambio de clima, sea por el continuado ejercicio, sea por la variedad de la alimentación á que hay que someterse cuando se pasa de uno á otro país.

Los viajes por mar, merced á la atmósfera que se respira, producen casi siempre saludable influencia en la constitución; son muchos los que, después de padecer dolencias crónicas, que parecían irremediables, han encontrado la salud de que carecían, atravesando una ó más veces el océano.

No hay duda de que los ferrocarriles han acabado, en mucha parte, con el placer que se hallaba viajando en tierra, porque la rapidez de la impulsión del tren ha suprimido casi, el encanto de los paisajes que no pueden contemplarse por la velocidad con que se viaja; pero, en compensación, se tiene la facilidad del trasporte que antes era problema no fácil de resolver y que embarazaba con frecuencia á los viajantes.

Hoy se da la vuelta al mundo en setenta días; y así se ha hecho ya, creo, hasta por señoras quienes, como se sabe, no son personas muy expeditas para rodar cual bolas de billar como lo es el hombre.

Para algunos, un viaje es asunto muy serio. En los pasados tiempos había que hacer el testamento, porque algunos no regresaban jamás, por lo menos vivos!....

Hoy los viajes han cambiado de aspecto, como han cambiado tántas cosas en el mundo, por la influencia de los maravillosos adelantos debidos á la moderna ciencia que todo lo va transformando!....

¡Cuántas comodidades se tienen ahora que eran desconocidas cincuenta años atrás! Hace cua-

renta, poco más ó menos, que se empleaban quince días, en los mejores vapores, para ir de Liverpool á Nueva York! Y aquello era un prodigio de la navegación, pues los barcos veleros ponían uno ó mas meses!!

Hoy, la misma Compañía que tenía los famosos vapores que viajaban antes á los Estados Unidos, posee palacios, en el océano, que hacen la travesía de Inglaterra á la Metrópoli americana en seis días y horas!......

Y es posible, por lo que estamos viendo, que aún se acorte el tiempo empleado para irse de uno á otro continente. No hay razón para ponerlo en tela de duda, dados los adelantos de que dispone el hombre de estos tiempos de vapor y de electricidad.

No deja de causar cierto miedo, y á veces hasta cierto espanto, cuando, recorriendo los periódicos, se encuentra uno con la notable cantidad de funestos accidentes acaecidos en los viajes, ya de tierra, ya marítimos, muy particularmente en los ferrocarriles donde se comprende que la mayor parte se deben á faltas de precauciones, sobre todo, en los Estados Unidos. (1)

Pero si se tiene en cuenta que, en estos tiempos, se viaja mucho más que antes, la cifra de los muertos y heridos pierde en parte el caracter tan alarmante que presenta á primera vista.

Ahora muchos hombres están obligados á viajar más, porque el comercio, las industrias y las ciencias así lo exigen; porque LA LUCHA POR LA EXISTENCIA á ello los obliga; porque se lo impo-

[1] En Septiembre de 1892 murieron en los Estados Unidos 93 personas y 235 heridos.—N. del A.

nen muchas y perentorias necesidades que pesan sobre las sociedades modernas, las cuales han cambiado sus hábitos, costumbres y manera de ser, de tal manera que harto se diferencian de las antiguas; y, sobre todo, por el refinamiento ó el *sans façon*, en la manera de vivir que, sin duda, acabará con los afectos de familia, como ha acabado casi con las amistades, las que tienden á desaparecer del todo!.......

De modo, pues, que no sería extravagante suponer que, al concluir la centuria, las sociedades no sean ya lo que fueron á mediados de este grande y admirable siglo que finaliza.

En esos cambios tienen una gran parte los viajes que el hombre realiza tan facil y constantemente en la actualidad.

¡Cuántos accidentes, cuántas agradables sorpresas, cuántos contrastes y peripecias se observan cuando se viaja, especialmente ***como se viaja ahora.***

Recuerdo uno,-que no es fácil que lo olvide. Venía yo de Viena para Londres, y antes de salir de la capital del Austria, exigí á un amigo que hablaba alemán, que dijese al conductor del tren que, si me daba un cupé en que yo pudiera dormir, le daría una gratificación.

Asi lo hizo mi amigo, y se convino en que, mediante una *libra esterlina*, yo tendría un cupé en que dormir aquella noche, sin que nadie me estorbara.

Partió el tren, y quedé instalado en donde deseaba y como indiqué al conductor.

Al cabo de una hora de marcha rápida, en una estación, álguien abre la puerta para entrar, á lo cual opuse resistencia; pero el hombre forcejeó, y, ya en marcha el tren, temí que si seguía empu-

jando, el invasor se matase al caer, y preferí dejarle tomar asiento.

Ya adentro, le pregunté: ¿Con qué derecho se metió Ud. aquí?....Muéstreme su billete;

A lo que él contestó fríamente: ***Yo no lo tengo, pero deseo ver el de usted!***

Estábamos en el mismo caso! Y tal circunstancia nos obligaba á ser más bien AMIGOS que ENEMIGOS.....

Pocos minutos después, entramos en conversación y nos entendimos perfectamente, convencidos que á ambos nos había explotado muy astutamente el tunante del conductor del tren, quien se apropió un par de libras, nó de muy buena fé.

En buen acuerdo ya, decidimos cenar, para lo cual estábamos ambos bien provistos de lo suficiente.

Terminada la comida, vinieron las indiscretas preguntas, y el sujeto aquel, á quien hablé en francés, me tomó por tal.

El se equivocó conmigo, pero no yo con él!

No pudo negarme que era inglés y me dijo que acababa de prestar un gran servicio á su país; que venía de comprar, por orden del Ministro DISRAELY, las acciones del Canal de Suez! Enseñóme la maleta en que decía traerlas. Qué sorpresa aquella!

Hicimos, por supuesto, juntos el viaje hasta Londres, para separarnos en la estación de CHARING CROSS Ni él me dió su tarjeta, ni yo le dí la mía. Por consiguiente, ni él supo como se llamaba el hombre que, si lo empuja un tanto más, lo mata, ni yo supe qué nombre tenía el compañero de viaje con quien cené y conversé tántas horas!

Así se viaja en estos tiempos!

Antes de poner punto final, referiré un episo-

dio que, como cómico, no es de lo menos chistoso respecto á viajes.

Cuando se viajaba en diligencia en Francia, me refirió un amigo que á un pasajero que quería dormir la siesta en día de gran calor, se le ocurrió un ardid para que lo dejasen sólo, ardid que le dió admirable resultado.

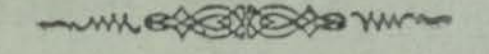
Despues de ciertos gestos y contorsiones, preguntó al vecino : *¿ Sabe Ud. á los cuantos días se desarrolla la rabia cuando lo muerde á uno un perro ?* El vacío se hizo en segundos !

Tanto el vecino, como los demás, á renglón seguido, lo dejaron sólo y fuéronse á buscar puesto en otro coche !

Qué buen ardid para dormir la siesta entonces ; hoy aquello no es posible.

Así se viajaba antes !

Londres, 1892.



Recuerdos de un viaje.

EN Septiembre de 1870, un vapor perteneciente á una compañia inglesa de Liverpool, abandonaba el Havre, haciendo rumbo á Nueva York. A bordo iban más de 500 pasajeros de primera clase, americanos, alemanes, franceses y de otras nacionalidades que no me sería fácil recordar. Los años han corrido tan velozmente que pronto han de cumplirse cuatro lustros desde aquel viaje á la presente fecha.

¡Qué época tan triste para la Francia fué aquella! Cuando abandonámos á Paris, la ciudad cosmopolita por excelencia, ya no se oía en sus más frecuentados boulevares y cafés, sino hablar francés; ni ingleses, ni italianos, ni españoles, ni griegos, ni americanos, ni por supuesto bávaros ó alemanes, ni austriacos había en Paris: todos habian huido; los triunfos de los prusianos y su aproximación á la capital del mundo moderno no daban garantía de que la ciudad fuese en adelante, tan apacible y tranquila cual lo es de costumbre para el extranjero que busca en ella regalada vida de placeres y aventuras. Paris era un cuartel; por doquiera soldados, y ¡qué soldados! el *garçon* de café disfrazado de *artillero*; el banquero ó su hijo de *cazador*; el sastre de MOVIL; el farmaceuta llevando en el pecho la *cruz roja de las ambulancias* y en el ojal la cinta encarnada que complementa el vestido francés! La Francia pagaba en aquellos momentos una vieja deuda contraída, nó por ella, pero sí por Napoleón I cuando fué á Prusia y trató no muy cordialmente á los descendientes de

aquellos *germanos* que por tanto tiempo pusieron miedo á la invencible Roma. También expiaba aquella gran nación un crimen inaudito para un pueblo, cual fué, soportar y tolerar por *tántos años* un imperio como el de Napoleón III, que tan sólo se ocupó en hacer guerras en el extranjero, dar *saraos* en las Tullerías y expulsar á los notables *republicanos* que hacían frente al despotismo cesariano; y ello cuando no los mandaba matar!....

Entre los pasajeros franceses que llevaba el vapor, iba una linda VIUDA de la Alsacia, que apenas contaba veinte abriles; *era bella como una de las admiradas creaciones del célebre pintor flamenco* RUBENS; por lo menos tenía la morvidez y robustez de las mujeres que él pintó para el famoso Museo madrileño; acompañábala una señora parisiense, que, á juzgar por las apariencias, estaba muy cerca de los setenta inviernos, edad en que la cabeza se platea, la cara se arruga y los ojos no ven sino con los indispensables anteojos; ésta era fea, altanera y pretensiosa; su natural coquetería la ponía en el ridículo en que caen con frecuencia las damas que, después de ciertos años, se imaginan que son jóvenes.

Apenas puso los pies á bordo aquella señora, no pudo disimular el disgusto que le causó encontrar ocupado un camarote, que á ella le parecia el mejor, por el que esto escribe; pero así lo ordenó Mr. ODINÓ, agente del vapor; y es bien sabido el viejo refrán español: *Donde manda capitán no manda marinero.* Tal favor lo debí á una valiosa carta de recomendación que en Paris me dió un amigo cuya muerte lamento y lamentará la buena crítica literaria francesa.

Los viajes por mar tienen sus inconvenientes. Es uno de ellos el mareo, ese vértigo infernal en

que uno pierde el apetito, el buen humor. Momentos hay en aquel balanceo, en que la vida es indiferente al mareado, que no desea nada, ni quiere nada, más que encontrarse en tierra; Los marítimos viajes tienen también sus ventajas, entre ellas, el ceremonial de la presentación, el cual no es indispensable á bordo, como lo es en tierra. Gracias á esta facilidad, me encontré á las pocas horas, amigo de la alsaciana, sin previa presentación que recuerde. En la mesa, el *Steward*, sin duda, por interesado cálculo, me instaló al lado de la viuda, lo que no dejé de agradecerle, ya que siempre se estima ó agrada estar al lado de lo que vale, á menos que sea algún bellaco de los muchos que suelen hacerse ricos por vías no muy limpias, en cuyo caso, no hay que olvidar, porque viene muy á pelo, el otro refrán: "Dime con quien andas y te diré quien eres". Por mi mala estrella pusieron á la izquierda de la viuda á la vieja consabida quien, desengañada de su inutilidad, se consagró á celar á su vecina, á la que llamaba su segunda hija.

Aquel mismo día me contó la alsaciana que su *marido había muerto peleando contra los prusianos; que su casa había sido saqueada! Yo le dije: No me sorprende.*

¡Cómo! *¿No le sorprende á usted que* SAQUEEN *las casas, tropas que se llaman disciplinadas?*

Nó, mi señora, porque eso he visto hacer en guerra civil, en mi patria. ¿Cómo pretende usted que no se haga en guerra internacional, señora? ¡Vamos! LOS ALEMANES HACEN LO DE SIEMPRE.

Así será su país, me replicó la viuda!

En fin, me dijo que se iba á Nueva York para unirse á parientes suyos que allí tenía.

También iban á bordo algunos franceses que

residían en los Estados Unidos; yo no comprendí entonces cómo era que aquellos hombres abandonasen su patria, invadida por un ejército enemigo que había sumido á la orgullosa Francia en la desolación más grande en que puede caer un pueblo, *cuando no tiene quien la defienda, ni quien se deje matar para impedir que dicten leyes en la patria los* EXTRANJEROS! Aquellos hombres me parecían unos MISERABLES.

Como el lector supondrá, no eran pretendientes los que escaseaban ó faltaban á la bella alsaciana, siempre rodeada de admiradores, SIEMPRE LA PREFERIDA, *siempre* OBSEQUIADA y siempre HERMOSA. Qué *piel* tenía! y qué *manos*! y qué OJOS! y qué hermosa cabeza! *Si sonreía, encantaba al que la veía....*

Era para mí problema importante, alejar de su lado la necia mosca que en la mesa se le había instalado á la izquierda; aquella mujer en todo se metía; todo quería saberlo y lo pretendía todo, como toda vieja: deshacerme de ella era urgente asunto. Para ello no había más que buscarle una disputa; y el terreno ya venía bastante preparado desde la salida de Francia.

En la mesa la setentona se desató contra los americanos, á quienes colmó de duros calificativos. Como yo tomé la defensa, ella los atacaba casi diariamente, hasta que en una ocasión pude averiguar el motivo de su vehemente encono. Según referencia que nos hizo, su marido había sido dueño de una propiedad en los Estados del Sur, en la Unión Americana, donde perdió no pocos esclavos; y ella se proponía, al llegar á Washington, emprender un reclamo por el valor de los negros, con la esperanza de que le sería pagado.

Asegurábanle tanto un *yankee*, como yo, que

perdería su tiempo y sería inútil su viaje á Estados Unidos. Tal opinión no le agradaba por cierto.

Un día, almorzando, la discusión se acaloró de tal modo que pasó la discusión á disputa, acaso porque ella tomó más vino del que podía soportar su sistema nervioso; y fué el hecho, que la discusión subió á tal grado que dijo que los americanos no eramos, ni más ni menos, que unos insignes LADRONES. Temiendo que aquella señora se permitiera palabras iguales ó más *duras* en lo sucesivo, le negué el habla en absoluto y seguí cocomiendo.

Desde aquel momento fué tenaz conato de aquella infeliz oponerse á que la alsaciana me dirigiera la palabra; pero la viuda, acaso por la contrariedad á que son tan inclinadas las mujeres, lo hacía con más frecuencia que anteriormente. Así son las hijas de Eva!

Y así pasan los largos y fastidiosos días de viaje, el tedio, la inquieta ociosidad de los pasajeros. Se toma un libro, se lee, y muchas veces no se comprende lo que se ha leído, porque la lectura se interrumpe con frecuencia; son tántos los incidentes y tántos los chistes y anécdotas que cada cual refiere, que es difícil retener lo que se lee. Para no olvidar lo ocurrido á bordo, hay que llevar un *diario*.

Nuestro viaje, desde que salimos de Francia, fué magnífico; vientos bonancibles empujaban el barco tranquilamente hácia la América inglesa; pero ya á la altura de *Newfowndlan*, peligrosísimo paso de aquella navegación, el tiempo no era tan sereno como durante los anteriores días; el apetito había disminuído como prueba de mareo.

Aquellas aguas son notables por más de un

...pecto: en primer lugar, son frecuentadas por tempestades, de temibles nieblas; abundan en peces; son la patria, podría decirse, de la ballena, ese gigante cetáceo, habitador de los mares. La isla de *Newfowndlan* es hoy inglesa, porque en el tratado de Utrecht fué quitada á la Francia, á la que sin embargo se le dejó el derecho de pescar. Está situada al Norte del Golfo de St. Laurent, con una profunda bahía y con muchos lagos, lagunas y ríos, que son criaderos de la abundante pesca que allí existe. De clima húmedo y magnífico, con prolongadísimo invierno, está habitada por doscientas mil personas que sólo se ocupan en la pesca; pero lo que se llama *Banco de Terranova*, es una altiplanicie submarina de notable profundidad, que jamás podré olvidar, porque en aquellas aguas me ví muy cerca de la muerte. Más de seiscientos buques se ven vagar por aquellas aguas, ocupados todos en las pesquerías. Observado el mar cuando el sol no está nublado, presenta un pintoresco aspecto. Por doquiera se ven columnas de agua que elevándose de la superficie del mar, como si fueran la lava de submarinos volcanes, toman en el aire la apariencia de palmas de nieve, que se desparraman obedeciendo á la ley de pesantez. Aquellas columnas de agua salen de otras tantas ballenas, que sólo pueden respirar al aire libre, lo que las delata al bote ballenero que las sigue y persigue, les clava el harpón, y viene más tarde á recojerlas en la playa, á donde llegan á exhalar sus últimos suspiros, después que han perdido la mayor parte de la sangre.

Aseguran los naturalistas que ese gigantesco cetáceo llega á medir hasta 25 metros de largo, siendo su grueso un poco más de la mitad del lar-

go; su peso es enorme, como que se cree que puede pasar de 150.000 kilogramos. Nada con una velocidad de 12 kilómetros por hora. Se sumerge con facilidad extraordinaria, y apesar de su fuerza y gran tamaño, es de lo más timorato que tiene la creación. La más leve causa la hace sumergirse, rompiéndose la quijada ó el cráneo al chocar con las piedras que están en el fondo del mar. El fin del verano, dice un observador, es la estación de sus amores; pare en la primavera, llevando en el materno seno nueve meses el fruto de su amor; tan sólo concibe un ballenato, que alimenta con sus pechos y al que cuida con solícito y maternal cariño; el volúmen y peso del hijo es el de un buey gordo! *Síguelo en sus juegos, lo vigila, lo protege cubriéndolo con su cuerpo, y, ó lo defiende con furor hasta sacarlo del peligro ó muere víctima de su materno afecto sobre el cadáver de su hijo.*

El tiempo, como decía más arriba, ya cerca del Banco de Terranova, comenzó á cambiar y á descomponerse; y los muchos pasajeros que durante el viaje habían permanecido sobre cubierta, comenzaron á descender ó á irse á sus respectivos camarotes, atacados por esa enfermedad infernal, sin remedio conocido, que llaman mareo los españoles. Algunos por ignorancia de lo que nos esperaba, desafiaron el tiempo, entre ellos una señora andaluza, que el Cónsul español en el Havre me recomendó con mucha instancia. Aquella dama era esposa de un español que estaba de Cónsul en Baltimore. A aquella terca señora le costó quedarse sobre el puente, la fractura de un brazo, que acaso no habría sufrido, si se baja al salón. Tal desgracia me convirtió en cirujano y enfermero de la que me había sido recomendada nada menos que por un hijo de **Juan**

Pablo Morillo, tan conocido en América y especialmente en Venezuela, por sus hazañas como Pacificador, á quien, sin embargo, se debió la ***regularización*** de aquella infame *guerra á muerte* que sacrificó más *patriotas* que *españoles*. Decía el General ***Morillo***, cuando ya regresaba á Europa, LLEVO EN MI CORAZÓN A MI QUERIDA VENEZUELA; pero antes había dicho en nota al Gobierno de Madrid: *Mucho cuidado hay que tener con los venezolanos; por donde quiera los encuentro haciéndonos la guerra; son los franceses de la América; á pesar de ser Venezvela el teatro principal de la insurrección americana, ella suministra oficiales á los demás departamentos que nos haceen una guerra activa y tenaz!* Sin embargo, al dejar la América, decía, que en su corazón iba Venezuela, á la que, como es sabido, no pudo vencer, como VENCIÓ A LA FRANCIA DE NAPOLEON Y DE JOSE BOTELLA!

Pocos minutos bastaron, el día que llegábamos cerca de Terranova, para que se declarase la más horrorosa tempestad que he pasado en mis viajes. Pronto se vió aquel enorme vapor rodeado por doquiera de grandes y elevadísimas olas que semejaban colosales montañas de agua las que, al aproximarse al buque, lo levantaban cual si fuese ligera concha de nuez. Al mismo tiemque encontrados vientos limitaban su buena marcha, absteníase de huir para no precipitarse en insondable abismo. Por añadidura, para complementar la situación que no era para reir, truenos, relámpagos y rayos iluminaban una nocturna oscuridad que nos envolvía y en la cual la vista no alcanzaba más alla de la proa! Qué de confusión, qué de dudas, qué de esperanzas y proyectos malogrados se vieron en aquellas horas de tan lento pa-

decer! Qué situación aquella! Aún se me eriza el pelo al recordarla....

Las mujeres lloraban; los hombres no sabían qué hacer ni dónde estar; los niños corrían instintivamente á guarecerse en los camarotes, como corren los polluelos á abrigarse bajo el ala de la clueca. Un anciano, tan caballeroso como respetable, vecino de Nueva York, que, por causa de la guerra franco-alemana, abandonó á Paris, en donde encontrábase de paseo con dos señoritas hijas de él, se fracturó una pierna. Sus gritos y lamentos movían á compasión. Aquel distinguido *gentleman* tenía especial estimación por el General Paez; más de una ocasión, en el viaje, me habló de las hazañas y batallas del héroe de las llanuras venezolanas; conocía los episodios de la agitada vida de Paez, acaso mejor que el que esto escribe.

Las olas que pasaban sobre cubierta eran tántas y táles que el empuje y la cantidad del agua que corría se llevaron á un joven de Filadelfia, cuyo padre lo había obligado á viajar, como lo hizo LordChesterfield con su hijo, para que conociera las cortes europeas. Pobre chico! Al ser arrastrado por la ola, rompió con los pies la reja de alambre que en los vapores sirve de antepecho para no caer al mar. Nadie, por supuesto, se ocupó de pescarle, como tampoco se hizo caso de un marinero que se fué al agua, en momentos en que soltaba una cuerda ó no sé que cosa.

Durante aquellos dos días de furiosa tormenta, presencié táles y tántas cosas que, si las refiriera, fastidiaría al lector. Nadie comía. Los esfuerzos de los *stewards* para poner la mesa eran inútiles. Los vaivenes del buque, que rompían en pedazos los platos y las botellas que se ponían en la me-

sa, cubrieron el comedor con fragmentos de vidrio y pedazos de loza.

Dos horas antes de que terminase aquel temporal, haciendo un gran esfuerzo, subí sobre cubierta, para darme cuenta de la gravedad de la situación. ¿Cuál no sería mi sorpresa cuando ví al Capitán amarrado al poste del timón? Imagínese el lector cómo quedaría mi ánimo ante ese cuadro.

Delante de mis ojos alzábase, terrible é imponente, el espectáculo de la muerte! Me acerqué y pregunté á aquel valeroso esclavo del deber qué opinión tenía de la situación, la que, para mis adentros, juzgaba muy crítica.

Sus palabras fueron terribles, apocalípticas! Aún me parece oirlas.

—*We are quite losted; but say nothing to the others pasengers!* (Estamos casi perdidos; pero no diga nada á los otros pasajeros).

Oida aquella cuasi-sentencia de muerte, bajé la escalera, y resuelto á no servir de pasto á los peces, pensé que, encerrándome en mi camarote, trabajo les costaría á los escualos hacer de mi cuerpo suculento bocado.

El furioso huracán lejos de ceder parecía que redoblaba sus esfuerzos para hundirnos. Las mesas se desprendían de los lugares donde estaban sujetas; las puertas rechinaban; el buque crujía: todo parecía anunciar que el mundo concluía para nosotros! Apenas si podía permanecer en mi cama, después de haberme encerrado. Hubo un momento en que el vapor tembló de manera tan extraña que supuse llegada la hora de decir: TI LASCIO, MONDO, ADDIO. Parecióme que comenzaba á hundirse! Dos minutos después, daban vuelta al botón de la puerta de mi cuarto. ¿Quién po-

día ser? Era la vieja, que buscaba refugio. La infeliz no tenía dónde estar!

—¿Qué ocurre? le pregunté, al verla en traje que la comprometía y que podía poner en tela de duda mi reputación de hombre serio.

—Ah! contestóme; no me diga nada; mi camarote ha sido roto por las olas; se ha puesto en comunicación con el lugar que más hiede en los barcos; y está inundado con agua no perfumada.

Ella tomó asiento en un pequeño sofá; y seguimos lamentándonos de nuestra mala suerte, pues ya nos contábamos perdidos.

—Qué dice el Capitán, me preguntaba.

—PAS D'ESPOIR, MADAME, le contesté.

—Yo no comprendo como es queUd., señora rica, se expone á lejanos viajes, para reclamar el valor de desgraciados esclavos! Que viajemos los que no tenemos renta, se comprende; pero que se expongan á estos peligros gente rica, ya en el ocaso de la vida, le confieso que no me lo explico.....

—*Que voulez-vous Mr. L'argent est si util qui'l faut le chercher malgré l'age.*

La desgracia nos había reconciliado, como sucede con frecuencia; pero yo no podía resignarme con la muerte que me esperaba; aún tenía ilusiones que debía ver desvanecidas con el curso de los años que han pasado! Misterio incomprensible el del porvenir! Hasta cuándo será para el hombre impenetrable caos lo futuro.

Tan repentina como la aparición de la tempestad fué la desaparición de la misma; sin que uno se apercibiera, sucedió la calma á la tempestad; y así como nunca había visto un mar tan furioso ni agitado, tampoco había antes encontrado uno tan tranquilo como el que quedó después del mal tiempo. Para todos los que allí estabamos, aquello

fué una verdadera resurrección; los estómagos, que parecían dormidos, pronto dieron señal de que no lo estaban.

Cuán grande es el placer que se experimenta al salir ó escapar de una muerte que se creyó inevitable! Cuarenta y ocho horas de tempestad, es decir, de amenazas, rayos, truenos y peligros sin cuento. Piense el lector lo que debimos sufrir! El hambre estaba justificada.

El vapor, á la vista de los pasajeros, semejantes á los militares que, después de la batalla es cuando se dan cuenta de lo que han sufrido, apareció á la sazón en tan mal estado que prodría decirse mal ferido. Cadenas tiradas sobre la cubierta; pedazos de mástiles; tiras de lona que formaron parte del velámen, apenas si permitían pasear sobre la cubierta osbtruida. Así inválido, si decirse puede, aquel sólido vapor, cuyo nombre se borró de mi memoria, parecía enorgullecerse de una gran victoria que acaso otro, en iguales peligros, no habría podido alcanzar. Con máquinas en mal estado, sin velas ni cordaje, la marcha tenía que ser lenta, tan lenta, que empleó diez y siete días para hcer un viaje, en que de ordinario apenas empleaba ocho ó nueve! Al fin entramos en Nueva York, auxiliados por un poderoso remolcador. En la aduana de la metrópoli americana ocurrió una escena digna de figurar en el famoso *Punch* de Londres.

Un inglés de los muchos que con frecuencia viajan á los Estados Unidos, abre su baúl delante de un empleado de aduana, para que lo examinase; el yankee descubre una caja de guantes de cabritilla, que pagan fuerte impuesto; cuando la tiene en la mano, dice con aire de satisfacción al inglés:

—*You most paid for.* (Usted debe pagar por esto) Aquél con la flema propia de los hijos de Albión, le contesta:

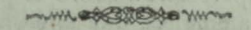
—*Oh! yes.* [Oh! sí.]

Y mete la mano en señal de buscar dinero. El *yankee* cree que el inglés pagará caro el secreto que tácitamente promete guardar; pero cuando ya está cerrado el baúl y extendido el *pase* escrito, el inglés pone entre las manos del infiel aduanero un peso. Sorprendido el bribón exclama:

—*¿ That is all ?* [¿ Esto es todo ?]

El inglés medio sonreido y medio serio le contesta:

—*Y never give more!* [Jamás doy más.]



Un naufragio sin pérdida de vidas.

NO he presenciado naufragio más tremendo que el del **Shanon**, ni después del fracaso, viaje más feliz! *Todos nos salvamos!*

El buque se perdió por la misma causa por la cual se pierden muchas vidas, se arruinan muchas familias y se deshonran muchas *inocentes mujeres.* Perdióse POR EXCESO DE CHAMPAÑA!....

El segundo día, después de la salida de Colón, cuando el barco corría quince nudos por hora, y quien sabe si más, oyóse á las tres de la mañana un choque que nos anunció que íbamos á zozobrar.

Corrí á la cubierta y al encontrarme con un Oficial de abordo, le pregunté:

—¿Qué novedad ocurre?

—*No es nada; hemos tocado un banco de arena.*

Creí tánto á aquel mozo, como creo en la sinceridad de los hipócritas; pero filosofando me dije: *Amanecerá y veremos.*

A poco aparecieron sobre el puente unos pocos pasajeros alemanes, una familia holandesa, un joven peruano, un inglés ya entrado en años, un viejo español y el que escribe estos apuntes. No recuerdo otros.

El Capitán, que se había retirado la noche del naufragio, de sobre el puente, con una de esas fiebres que dan en Colón y que suelen ser tan mortales como el **vómito negro**, había dejado la guardia á su segundo, con quien, según se decía, no estaba en muy buen acuerdo.

La noche de la desgracia habían tenido los oficiales una *Cena* en que corrió la champaña y se bebió tanto que, hablando con el Médico de á bordo, seis horas después del fracaso, me encontré con que aquel infeliz viejo no sabía que el buque estuviera, no digo perdido, pero *ni siquiera varado!* ¿Qué tal sería la borrachera?

El Capitán, con la fiebre que tenía, trabajó ese día y el siguiente, como un burro; pero fué en vano. Más de la mitad de la carga la echó al agua con la esperanza de poner á flote la nave. Todo fué inutil; el barco, si se movía, era para subir más sobre la enorme roca en que encayó. Estaba perdido!

Mientras se hacían esfuerzos para salvar el hermoso vapor, pasaron escenas y se dijeron chistes á cual más cómicos por cierto.

Ví aparecer sobre el puente, esposas que abrazaban á sus maridos, como para darles el último adiós, y lloraban á *lágrima viva*, como si ya la vida fuese á terminar! Los maridos á su vez hacían el dúo. Según supe después, algunos de esos *germanos* habían sido de los que vencieron á la Francia y le hicieron pagar por indemnización de guerra *toneladas de oro*.....

Iba allí también un viejo español que se ocupaba en traer de España compañías de cómicos para las Repúblicas del Pacífico. Ese español se embarcó borracho, y así estuvo hasta la madrugada en que se verificó la pérdida del SHANON.

En la mañana de ese día, el español á quien yo no hablaba por causa de su intemperancia, se me acercó para decirme: SOMOS LOS UNICOS QUE AQUI VENIMOS DE LA RAZA ESPAÑOLA; Y YA QUE UD., HABLA INGLÉS, ES PRECISO QUE NO ME DEJE

AHOGAR POR ESTOS ZAPATEROS QUE HAN PERDIDO EL MEJOR BARCO QUE TENIA LA COMPAÑIA.

Desde aquel momento no se apartó de mi lado; iba tras de mí cual si hubiera sido el más fiel de los perros.

Hay que saber que, en los días anteriores, me satirizaba porque yo era venezolano, de esa tierra—decía,-***que tuvo la mayor parte en que España perdiera sus colonias de América! Por fortuna la están pagando ahora, porque tienen un tirano que no los deja ni hablar, mucho menos escribir... Por haberme metido á hablar, ese Guzmán Blanco me expulsó.***

En tal situación, llena de zozobras, pasamos dos días y tres noches, esperando que el barco saliese ó que se presentase algun buque que nos salvara! En vano buscábamos en el horizonte un vapor que nos diera auxilio; éste no aparecía.

Sólo se vió, pero un tanto lejos, un pequeño barquichuelo que, comprendiendo la crítica situación en que estábamos, fondeó para recoger lo mejor de la carga que se arrojaba al mar.

El Capitán del SHANON movía á compasión; pocas veces puede verse un hombre tan abatido por el infortunio, cual lo estaba aquel marino; tenía razón.

Había navegado con una suerte loca toda su vida; aquel era el último viaje que hacía; esperaba gozar ya de una pensión en Inglaterra por sus meritorios servicios. Con el fracaso perdió la pensión y, lo que fué peor, un año después, perdió también la vida, acaso por el profundo pesar que le causó la pérdida de sus postreras ilusiones, en su ya larga existencia de *viejo navegante.*

El mismo día del naufragio, una hermosa y

distinguida joven holandesa fué atacada de una fiebre perniciosa. Me pareció empresa ardua dejarla á los cuidados de aquel viejo Doctor que, acaso era competente para clasificar los buenos vinos, pero nó para dominar un ataque grave de *malaria* de forma perniciosa. Tal consideración me obligó á decir á la madre que sí asistiría á la hija, como ella lo deseaba.

Por fortuna la fiebre estuvo dominada un día después; y la chica entró en franca salud.

También estaba á bordo un caballero inglés, rico comerciante de Liverpool, de la familia del célebre cardenal MANING, el que tánto ruido hizo cuando se convirtió al catolicismo, de *clérigo protestante*, aquel de quien se dijo que se había convertido, *porque en sueños le fué revelado que él sería el Papa que reemplazaría á Pío IX.*

El señor Maning, que iba con nosotros y era todo un caballero, se ligó mucho durante el naufragio con el autor de estos renglones.

Como era natural, nos trazamos un plan de salvamento para estar listos tan pronto como el vapor se partiera en dos, lo que al fin sucedió, no quedando de aquél nada fuera del agua.

Todo hacía presagiar que el peligro crecía de más en más, y que no debíamos esperar más auxilios que el que nos deparase el cielo en su bondad infinita.

Conociendo de todo lo que es capaz el corazón humano, y viendo que ya la tripulación poco ó ningún caso hacía del Capitán ni de los Oficiales, llamé á uno de los marineros más viejos y le mostré un poco de oro, al mismo tiempo que le enseñaba un magnífico revólver, como para decirle: *Con este gratifico, si me ayudan á salvarme; y con este mato, si no me ayudan.*

El viejo *lobo marino* se sonrió y me dijo:

—Thas is; all right.

A las tres de la mañana, dormido yo profundamente, vino el viejo marinero á despertarme para que ocupase mi puesto en la lancha de que él era piloto. Allí nos metimos Maning y yo; quise poner á mi lado una joven educanda que iba para un colegio de Jamaíca; pero el viejo español se interpuso y se me pegó al costado, murmurando *que él era mi paisano y la otra una francesa! Ya habia olvidado que yo era venezolano!*

Desprendímonos del vapor con rumbo á Jamaica de la cúal nos separaban acaso más de cien millas.

Sabíamos que cuando el sol calentara la situación sería terrible para todos los que estábamos apiñados, cual sacos de café, en aquel lanchón, repleto de gente de toda especie, deseosa de salvar sus vidas.

Afortunadamente, á eso de las 10 de la mañana, alguien divisó un vapor que se dirigía hacia nosotros. Era el DRAYARD, barco de guerra inglés, que, sospechando una desgracia del SHANON, había salido en busca de él.

Poco tiempo después nos recogió y se fué al vapor, ya casi cubierto por las enfurecidas olas, para tomar, como tomó, los equipajes que pudieron salvarse.

En la noche, ya muy tarde, atracabamos al muelle de Jamaica, después de haber sido tratados por los OFICIALES del buque de guerra con tántas bondades que no puede haberlas mayores.

Esa noche dormí como el mortal más feliz de la tierra. Contaba tres días de vigilia!

El español no quiso ir á hotel; por más que

le supliqué que fuera se quedó para cuidar sus baules, en los que, según supe, al día siguiente, llevaba $ 18.000 en oro.

De Jamaica, el español siguió para San Thomas y nosotros nos fuimos á Europa en un vapor que encontramos próximo á levar ancla.

Nuestro viaje al viejo Mundo fué, al terminar, tan feliz, cuanto fué desgraciado al comenzar.

Viaje de placer.

UNA hermosa y muy distinguida dama sud-americana, que hace años pasea por el Viejo Mundo, decíame en noches pasadas, que ella vive soñando en volver á Sudamérica, pasar allí algunos meses y, en seguida, regresar á Europa tocando en los Estados Unidos, donde se detendría algunas semanas, para de ese modo gozar de la vida de su país natal, á la vez que de la que se lleva en ambos mundos.

Yo que la oía, aprobaba su soñado proyecto calurosamente, pues soy, como ella, decidido y entusiasta por todos los viajes, así remotos como de poco tiempo. Lamento, sí, sinceramente, que cuesten tan caro, como que, de no ser así, lector estimado, os declaro que viviría viajando! La inacción me disgusta; la actividad me seduce.

¿Qué puede haber más placentero que embarcarse en uno de los solitarios puertos de Sudamérica para hacer la travesía en calmado vapor; gozar de la compañía de compatriotas; olvidar las desgracias de la patria que se aleja y pensar en las impresiones agradables que nos esperan?

El viaje hasta los Estados Unidos no tiene, en general, grandes peligros; la confianza en la navegación se hace cada vez mayor, á medida que las construcciones navales se perfeccionan en solidez y seguridad; y si á eso se agrega la rapidez de los buques que han ya casi reducido las distancias á una tercera parte de las de hace veinticinco años, se comprenderá por qué la facilidad

y el placer por los viajes aumentan, como están aumentando! Los viajes de estos tiempos son más agradables por las razones antedichas; y si pudiera servirse carne fresca en reemplazo de la helada, que es chocante, y que es la que dan hoy á bordo, el *confort* para los viajeros sería mayor.

De Sud-américa á los Estados Unidos no hay mucha distancia. Rara vez se encuentran malos tiempos; el mar sólo se agita en ciertas latitudes; ni el frío ni el calor son realmente molestos durante el término de la navegación.

Cuando se va acercando la nave al Norte, se duerme mejor, porque la temperatura baja unos grados.

Entonces se ven celajes vespertinos de belleza nada-común!....

¡Qué agradables ratos he pasado contemplando la caída de la tarde y admirando los cambios repentinos que sufre la luz al atravesar aquel aire impregnado de sales!

En vano buscaríais para esos matices los correspondientes similaers en la paleta del mejor pintor.

Al cabo de algunos días llegué á Nueva York, no sin haber admirado antes la gigantesca *Estatua* que recuerda la de Rodas, y que parece decir al mundo: Mira cómo la Libertad resuelve, en síntesis admirables, todas las antimonias políticas, sociales, económicas y religiosas!

Referir *in extenso* cuanto Nueva York encierra de notable, es asunto de volúmenes, nó de un simple artículo.

Contempla uno, sorprendido, aquellos semi-palacios, edificios estupendos, que desafían por su altura, á las pirámides de Egipto!

El lujo interior de las habitaciones es casi

oriental. Desde los miradores, á donde llega uno impulsado por invisible fuerza, los hombres y los carruajes que pasan por la calle parecen, los unos enanos, los otros, juguetes de niños.

A esa altura, que suele producir vértigo, bastante enrarecida la atmósfera, se experimentan impresiones extrañas; el aire se hace tan ligero ó puro que el pulmón tiene que dilatarse para aspirarlo; el bullicio atronador que, en la calle, llegaba poco antes á nuestros oídos, se extingue por completo, como por arte de encantamiento.

Acalladas las impresiones del momento, nuestros sentidos volvieron á la apacible calma de que gozaban á bordo y en la patria, siempre querida, nunca olvidada, que días antes abandonamos para venir á este país del progreso y de los adelantos modernos!

Desde aquellos miradores se disfrutan golpes de vista admirables! Cerca del Hudson, por ejemplo, aparece un paisaje encantador, cual es, la superficie del caudaloso río literalmente cubierta por millares de naves que, procedentes de todos los puntos del planeta, ostentan en sus mástiles otros tantos pabellones, más ó menos conocidos. En otros puntos se ve una de las mayores maravillas de estos tiempos: el célebre puente de Brooklin, acaso, y sin acaso, la obra más atrevida en su género que yo he visto; obra que sólo habría podido realizar la vehemente voluntad del yankee.

Al fin hay que deshacer el camino que el ascensor recorrió, para, después de rápido descenso, volver á incorporarse en las multitudes que discurren por calles, avenidas y plazas. Ya incorporado, tiénese que seguir la dirección que uno lleva, empujado, á veces, por la fébril agitación

de los que pasan, entre los cuales hay quienes corren ó se precipitan para subir al carruaje más cercano; quienes bajan de los trenes, tramvías y ómnibus que constantemente recorren las avenidas; y quienes, para andar más de prisa, echan á correr, cual si los persiguiera la justicia ó tuvieran agonizando á algún ser querido para quien llevasen infalible remedio.

Por esas calles nadie hace caso del que pasa todos siguen el impulso que los guía; nadie se preocupa ni se duele del que cayó y no puede levantarse!

El recién llegado á Nueva York pasa los primeros días admirando la eterna actividad de sus moradores, actividad que no asombra sino al principio, porque á poco se acostumbra uno á ella, como se acostumbra á todo.

En las calles de Nueva York, más que en ninguna ciudad de Europa y América, se ven desfilar todas las razas humanas: el genuino tipo de la raza anglo-sajona, los de orígen latino, los eslávos, el mogol, el moreno africano de pura sangre etc., etc.

No creo que haya en el mundo ciudad más cosmopolita que la metrópoli americana, razón por la cual pienso que tan importante población, como la antigua Roma, está llamada á ser, no muy tarde, la Señora del mundo moderno.

Las mujeres americanas, sobre encantadoras, son, frecuentemente, muy bellas; poseen á menudo excelente educación; sólo les he encontrado un defecto, digno de tomarse en consideración, y es, que son muy dadas al lujo, en lo cual se confunden con la parisiense.

La vida en Nueva York es llevadera cuando se dispone de fondos; porque, digan lo que quie-

ran los americanos, la existencia en aquel país es muy cara, á pesar de que los yankees creen y dicen lo contrario.

En el laberinto de calles y avenidas, formadas de cuasi-palacios ó grandes casas, abundan hoteles, á cual más suntuosos. A cada paso ó en cada esquina encuéntranse fondas al escoger, en donde rica mesa de manjares exquisitos está, podría decirse, siempre servida, para quienquiera que lleva en el bolsillo el prepotente *dollar*.

Los comedores están siempre llenos; con frecuencia no alcanzan los asientos; pero los *Waiters*, que son hombres que lo entienden, no dejan que nadie salga del salón sin llevarse un buen refrigerio en el estómago.

El gentío suele ser tan grande en los lugares dichos, que al recien-llegado le sucede que mira y no vé, oye y no entiende, lo tocan y no siente. El bullicio y las impresiones que, de minuto en minuto, asaltan á la ofuscada mente son táles y tántas, que se produce en el espíritu confuso tropel de sensaciones que no se pueden discriminar sino cuando el paciente se ha habituado á ellas.

Esto que acabo de escribir le pasa á todo el que, por primera vez, llega á los grandes centros de población, especialmente á Londres.

Lo que sufrí en la metrópoli inglesa la primera vez que llegué á esa ciudad sin igual, no se me ha olvidado, aunque han trascurrido treinta años, ni creo que se me olvidará mientras viva.

Fué tal la impresión que me produjo aquel bullicio, que no comprendía lo que me pasaba; y así como al que está mareado le es casi indiferente la vida, así me importaban á mí bien poco los carruajes que pasaban por las calles, los

que no me estropearon, en más de una ocasión, gracias á los cuidados que por mí tenía un excelente y buen amigo.

Tres días más tarde, todo el aturdimiento había pasado; ya podía evitar los grandes peligros que se corren en ciertos puntos de la gran ciudad.

Nueva York tiene muy buenos teatros. Allí se pasa agradablemente la noche hasta que llega la hora de dormir para las personas que están de tránsito. Por supuesto que para los jóvenes, aquellos lugares son preciosos centros de aventuras amorosas que los hombres de cierta edad desdeñamos.

Cabe aquí muy bien el relato de una aventura originalísima en la que figuré sin haberla promovido directa ni indirectamente.

Hace más de diez años que hice mi viaje del Istmo de Panamá á Europa tocando muy pocos días en NuevaYork. Estuve en un hermoso Hotel, cuyo nombre no recuerdo, que era espléndido, y que tenía todo el *confort* de los incomparables hoteles americanos; con magníficos salones, de billares, barbería, etc, etc.

Llegué á la fonda al medio día; después del baño, bajé á la barbería; ya afeitado entré en el salón de comer, que de paso sea dicho, era enorme; no me fijé en los concurrentes á la comida. Como me impresionaron la decoración del comedor, el mobiliario y el cielo raso, que eran cosa notable, fué ésto lo que me llamó la atención, no la enorme cantidad de personas que allí había; por consiguiente no busqué ni ví á ningún conocido.

Me senté donde lo quiso uno de los mozos; pocos momentos después saboreaba una famosa sopa de ostras, como sólo la saben preparar bien en

Nueva York. Las que me han servido en París y en Londres no tienen igual sabor!....

En seguida me fué presentado por el mozo un pedazo de pescado, tan bueno y tan bien preparado como no recuerdo haber visto ese plato en ninguno de los lugares de Europa donde he vivido; al pescado siguió una porción de pavo azado con su ensalada de lechlugas. Después de los postres, etc., me levanté inmediatamente. Comí tan tal rapidez cual no es posible hacerlo más ligero. De ahí me fuí á practicar unas diligencias; poco después pasaba la *soirèe* en el teatro.

A la mañana siguiente, cuando me dirigía al salón para almorzar, el mozo del botiquín ponía en mis manos un billete, muy limpio, sobre el cual estaban escritos mi nombre y apellido correctamente.

Aquello me sorprendió, pues conociendo yo muy pocas personas en Nueva York, casi no me explicaba como habían sabido que yo estuvies ealojado en dicho hotel.

Entré en el salón y abrí la alarmante carta, la que estaba suscrita por una señora; decía, poco más ó menos:

"Caballero:

"Deseando tener una conferencia con usted, le ruego venga al hotel X, á las 4 de la tarde de este mismo día.

"Allí lo espera su afectísima servidora, etc."

Atento al contenido de la esquela, supuse que se trataba de alguna antigua amiga que acaso yo había asistido antes, como médico.

En la tarde me fuí al *elevado*, llegué pronto al lugar de la cita; me recibió un criado quien me llevó al salón para que esperase á la señora por la cual preguntéle.

Allí, después de un largo rato, aparecieron á la vez dos señoras; la una vestía de oscuro, la otra llevaba traje de color; eran á cual más hermosas. Estaban vestidas tan correctamente como lo hacen neoyorquinas.

Me dirigí á la enlutada, la saludé muy atentamente y le dije: *aquí me tiene usted señora*, ¿qué se le ocurre?

No pude disimular mi sorpresa, estaba seguro de que jamás había visto aquella fisonomía; así lo manifesté! Ella se excusó; me refirió que me había visto en el *dining room* del hotel, y que después había pedido mi nombre en la oficina del establecimiento.

Esto me descifró el misterio.

Entramos entonces en la conferencia; era tiempo. Le exigí que me dijera en que podía serle útil; ella me contestó con un aplomo admirable:

—"Soy viuda, tengo una pintoresca casita de campo cerca de Nueva York, donde me sería grato pasar con usted uno ó dos meses, para que descanse del largo viaje que acaba de hacer.

Sorprendido ante la audacia de aquella cortesana, le pedí excusas. Díjele, como así fué, que al siguiente día seguía para Londres; que sentía mucho renunciar á tan agradable compañía, pero que me era imposible, porque me esperaban en Europa.

Creyérame ella ó nó, el hecho fué que no me hizo gastar mil ó más pesos, que supongo era su objetivo.

Si hubiera sido yo joven, acaso cometo la necedad de creer que aquella pobre chica se había prendado de mí; pero, ya entrado en años, ví en aquel lance una *historia corta*, de esas que les sir-

ven para entretener á las personas que gustan de leer novelas.

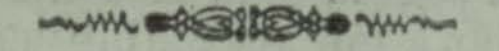
Al siguiente día, que era sábado, me embarqué en la *Burgogne* con rumbo al Havre.

La travesía de América á Francia fué muy feliz; ningún accidente ocurrió en el viaje que valga la pena de ser contado; á bordo, como de costumbre, había una cantidad muy notable de pasajeros, entre los que abundaban americanos de ambos sexos; pocos ingleses ví, pero sí muchos franceses que regresaban á la *belle France*, después de haber hecho buenos negocios en América.

Pocas horas después de desembarcado en el Havre tomé el tren para ir á París, de donde me vine á Londres al siguiente día.

Aquel fué para mí *un verdadero viaje de placer.*

Londres, 1891.



Paris!

Qué ciudad tan hermosa! Qué bella, qué espléndida, qué incomparable! decimos todos los que por primera vez visitamos á París! Y por cierto que nada en el mundo iguala á éste en atractivos!....

Todo en él es estupendo, todo es bello, todo es acabado! Sus grandes monumentos, sus soberbios palacios, sus templos, sus teatros, sus paseos, sus calles y sus colosales almacenes, son dignos de la metrópoli francesa, como también lo son su estudiada coquetería y su afán por hacerse admirar de los que lo visitan.

Asemejase París á ciertas mujeres de privilegiada naturaleza, que, bellas á los quince años, hermosas cuando pasan de veinte, de allí en adelante se hacen locamente adorables, no sólo porque la belleza llega á su plenitud, sino también porque las gracias del cultivado espíritu las trueca en encantadoras hadas, en Venus de atractivos fascinadores.

París puede estar seguro de que las damas que lo han visitado desean tornar á verlo. y de que las que no lo conocen sueñan con visitarlo más temprano ó más tarde en el curso de su vida.

Qué simpatía! Qué atracción! La fama de la moderna *Babilonia* es tan extensa que ancianos, adultos, niños, desean deleitar sus sentidos contemplando este *Edén* de fascinadores encantos, de que tánto se oye hablar.

Para cualquier dama que no sea parisiense no

existe deseo tan general como el de dar un paseo por París. Ese proyecto, ese constante sueño, es como una especie de eterna pesadilla para toda mujer medianamente educada, lo que se debe sin duda, en gran parte, á la novela francesa, tan universalmente leída, en especial por las señoras.

Actualmente la salubridad de esta ciudad deja mucho que desear, porque su Sena se ha trocado en otro mortífero Ganges; lo cual no obsta para que sus moradores, lejos de abandonarla, como lo exige la higiene, sigan creyendo como creen que ella es el Nuevo Paraíso!

Es cierto que la vida parisiense suele deslizarse cual ligera barquilla á impulso de mansa brisa; pero también lo es que muchos de los que caen en este casi incomprensible laberinto encuentran en él no vientos bonancibles, sino furioso huracán que los arrastra con frecuencia á insondable abismo, de donde son pocos los que pueden salir.

Los múltiples placeres que vende París son, en verdad, de aquellos que, sobre pagarse muy caro, hacen olvidar á los incautos que los solicitan, los peligros y la ruina que suelen venir tras los halagos de la tentadora sirena.

Día llega, al fin, en que ya no hay más dinero que gastar: el bochorno, la deshonra, el crimen ofuscan la razón; espíritus que no estaban organizados para luchar, encuéntranse frente á frente con el infortunio ó con la miseria. Sucede entonces que la víctima enajenada, cuando no se vuela la tapa de los sesos, si necesita robar para seguir viviendo entre goces, como antes, roba; y si necesita matar, para apoderarse de un poco de oro ajeno, mata también, sin cuidarse de las víctimas que sacrifica!......

—¿A quién impugnar la culpa de esos pe-

cances? ¿ A quién atribuir la responsabilidad de esos frecuentes y horrorosos crímenes que aquí tienen lugar?

A París, que enloquece, que fascina, que desequilibra, como diría Lombroso; pues que por causa de él es que se ha arruinado el imprudente disipador.

A París, á sus atractivos, es decir, á las efímeras dichas que él de continuo ofrece, débense esos dramas frecuentes en que el brevaje de amores bastardos, apurado hasta las heces, suele trocar á los amantes en algo peor que las bestias feroces, que ni piensan, ni tienen corazón!....

Se ha llamado á París 'el cerebro del mundo', "el corazón de la humanidad,' "la patria de las artes"... No hay duda de que hay mucho de cierto en tan latas afirmaciones; pero hay también que agregar que París es el infierno de los empobrecidos, el purgatorio de los culpados, y el presidio de los criminales afortunados. Cuántos de éstos no vienen aquí más que á escandalizar con el oro con que pudieron burlarse, en otras partes, de eso que han dado en llamar justicia humana, que no es otra cosa que el mastín de que hablaba el poeta!..

Los que se arruinan en París desean huir, pero una mano secreta los retiene; en vano buscan la puerta de salida, no la encuentran! Entonces el Nuevo Paraíso se trueca en un verdadero infierno de tremendas expiaciones! Como que suele no tener más que dos vías accesibles: la que conduce á los cementerios; la que lleva á los presidios.

Aquí vienen á expiar sus faltas muchos que en otros lugares se enriquecen, siquiera sea á fuerza de economía y de sacrificios.

Muchas familias que se establecen en esta moderna Babilonia se arruinarán, no muy tarde, por

que por más mezquinas que sean en su patria, París las convierte, quieran que no quieran, en generosas ó gastadoras !

También son castigados aquí los ladrones de alta escala, sobre todo, los que llegan de América, de donde salen con el estigma del peculado....

Decía, por eso, que éste es el presidio de los grandes bribones del mundo entero.

Casi todos los que hacen fortuna en el Nuevo Mundo por modos no muy limpios, abandonan aquellos lugares, sea en busca de placeres y de goces, sea porque acaso les quede algo de pudor ó de conciencia........

Y ¿qué sucede á esos millonarios improvisados? Que en París se arruinan casi siempre!

Cuántos ejemplos se agolpan á mis recuerdos que no quiero ni debo nombrar!

El robo los hizo ricos, y otro robo, artísticamente preparado, y fácilmente realizado, los arruina ó empobrece casi......

Para la Bolsa no hay fortuna que resista; y si no es la Bolsa, son las carreras de caballos, los *Clubs* donde se juega, las modistas, los hoteles, el lujo, ó las *Dames du demi monde*;

Con eso basta para metamorfosear un Creso en pordiosero, y hasta en uno de tántos criminales!

Después de arruinado ¿qué hacer?

¿Volver á la Patria para explotarla por segunda vez? Eso no es fácil, no hay siempre propícia oportunidad. Con frecuencia se encuentran que no quieren recibirlos........

Esa es, en síntesis, la vida de ciertos extranjeros ricos que, como rentistas, se establecen en París, y que dan rienda suelta á los vicios é incentivos que aquí se les ofrecen á cada paso.

Muchos de ellos, no pasan mucho tiempo sin

que la espantosa y temible miseria les toque á la puerta para decirles:

"Aquí me tienes; vénceme si puedes!

Es una cosa muy particular, pero verdaderamente cierta, lo que pasa en este encantado Edén, y es que, los que menos viven dentro de sus muros, son los nacidos en París! Mucha parte de la gente que gasta ó que alimenta este lujo incomparable y creciente siempre viene de fuera; entre esos que llegan cuántas *parvenus* se cuentan!....

Sinembargo, hay otra porción muy notable, de seres en esta encantadora ciudad, que constantemente dan ejemplo de laboriosidad y admirables virtudes: esa parte la forman la clase media y los obreros que son honra de Francia y de este privilegiado suelo francés.

París es, acaso, la ciudad de la tierra donde abundan, en mayor proporción, los *caballeros de industria.* Los hay de todas las partes del planeta, inclusive la América, así del Norte, como del Sur.

Entre esa plaga se cuentan de todas las clases y tamaños, desde el *posseur*, que quiere hacerse pasar por hijo de un potentado ó de algun rico banquero, hasta el que busca á alguien que pueda pagarle lo que consume en cafés ó tabernas, de día y de noche.

Bien entendido que con tales *tipos*, siempre se pierde; pues ni su compañía honra, ni es agradable, por cierto, que lo confundan á uno con ellos.

El refrán lo ha dicho: *Dime con quién andas y te diré quién eres.*

Siempre *urgidos* de dinero, buscan á los amigos ó compatriotas para que les presten. Si se les complace, jamás devuelven lo que se les presta, declarándose enemigos mortales de aquel que, neciamente, les dió ó les sirvió en la urgencia. Si por el

contrario, se niegan á dejarse explotar por el *urgido*, entonces es necesario resignarse á sufrir las malas ausencias que harán, calificándolo de *miserable*, *inhumano*, *avaro*, y de cuanto más quieran decir.

Por fortuna, tales seres pronto se dejan conocer y sólo les dan crédito á sus palabras los necios ó majaderos que ni quitan reputación, ni pueden por consiguiente dar honra.

La larga y dolorosa experiencia de los años ha enseñado á muchos á no hacer caso de lo que digan tales *bichos*, bien entendido que el dinero que se les niega es ganancia neta que se salva de segura pérdida.

La coqueta París está en el deber ineludible de resolver dos apremiantes problemas sin cuyas soluciones, sus condiciones de buena salubridad, como es harto sabido, déjan mucho que desear.

Esta ciudad no sólo carece de agua potable sino que la que posee no es nada buena que digamos; ni alcanza para una población que crece notablemente cada año, porque nuevos extranjeros se fijan en ella.

Debe pues, buscar el agua que necesita, ya que tiene urgencia de que cese eso que han dado los médicos en llamar *cólera nostra* que en el fondo es, ni más ni menos, el cólera asiático, acaso modificado por condiciones tiluricas ó metereológicas difíciles de apreciar. Ese cólera lo produce el agua del *Sena*, como también produce, todo el año, numerosos casos de fiebre tifoidea!

Cuando tenga abundante y buena agua, minorará esa mortalidad, á la que parecen estar ya acostumbrados los parisienses y de la que tánto se quejan la prensa y el senador *Julio Simon*.

El otro problema que tiene que resolver la indolente Municipalidad de la metrópoli francesa es el de establecer un perfecto sistema de cañerías, como el de Londres, que le sirva para arrastrar las inmundicias de las muchas casas que carecen de desagüe, y que á la vez mejore sus cloacas ó cañerías, de modo que los líquidos sigan, por el declive, un curso más rápido, sin detenerse ni dar lugar á que, por la necesaria descomposición, exhalen emanaciones que infectan la atmósfera y perjudican la salud de sus millones de moradores, los cuales pagan contribuciones bastantes para que se les trate con más cuidado!

París, se sabe, es el centro del comercio y de las industrias francesas; y si lógrase realizar el proyecto de convertir el Sena en un canal marítimo, no hay duda de que él se vería muy por encima del nublado y orgulloso Londres. Pero eso me parece un dorado sueño de los franceses.

Cuando uno es joven, siente una especie de atracción hacia este París en que ha vivido y ha gozado. Los años que van pasando ponen de manifiesto la verdad de las cosas; la venda cae de la vista, y se mira á París no con los ojos de la cara, sí con los del espíritu, que no se ilusionan y que nos presentan la verdad en su más completa desnudez! Ya no es el mismo París que se conoció en la juventud! Todo ha cambiado!

Todo cambia, en verdad, en el curso de la vida, hasta los juicios de los hombres!....

París, 1902.

Crimenes del Amor.

COMPRENDO que el amor que suponen ciego, produzca el desequilibrio mental, ó sea la locura de los enamorados cuando éstos encuentran obstáculos para verse, entenderse etc; mas no me explico que un hombre ó una mujer en calma y en plena razón maten á su consorte por infidelidad conyugal, máxime, en los países en que está legalmente establecido el divorcio. Esto último es incomprensible!....

Siempre he opinado como el célebre publicista M. EMILIO DE GIRARDIN, el cual hace ya muchos años que en notable polémica con DUMAS hijo decía: *¡No matéis á la mujer adúltera!....*

Tal consejo, filosóficamente práctico, se funda en razones tan poderosas que hay que tenerlas siempre en cuenta, y que están al alcance de todos los lectores.

Desde que el hombre da motivos para que desaparezca el afecto, cosa que rara vez hace la mujer, debe temerse que aquélla, ofendida en su amor propio, cometa una de esas que ella llama *locuras del amor;* lo que acaso más tarde lamente, pero que, no por eso deja de cometer.... Cuántos ejemplos se citan que podría mencionarlos en seguida.

Lo prudente y lo acertado al contraer matrimonio, hombre ó mujer, es hacer VOTO sincero de *inviolable fidelidad;* y tener siempre presente que *con el amor nadie juega!....*

Cuando un marido se persuade de que ha sido burlado por su esposa, pierde por completo el cariño que la tenía, el cual cede su puesto á algo como un secreto rencor.

Eso que acontece al hombre acontece también á la mujer. De ahí que, si alguna favorable circunstancia no se interpone, la tranquilidad doméstica desaparecee del hogar.

El mal es irremediable porque está fatalmente consumado.

El hombre no debe aspirar á otro afecto que al de su esposa, y la mujer, á su vez, no ha menester de otro cariño que el que la honra, cual es el de su marido.

Los demás afectos, véanselos como se los quiera ver, son bastardos, y la abochornan y la deshonran.

¿Qué puede ofrecer el amante á una mujer casada, en recompensa del sacrificio que ella hace?

Sólo la satisfacción de un apetito criminal que necesita la soledad y el misterio para saciarse!

Eso es todo........

¿Podrá ser grato á la mujer de cierta educación que sólo se le ofrezcan los ocultos goces de que disfruta la cortesana que pone precio á su cuerpo?

Indudablemente nó.

Ante tal consideración, debe la mujer reflexionar y no conceder favores que la abochornarán y que, con demasiada frecuencia, terminan por *un drama de amor*, casi nunca justificado.

Es indudable que la institución del divorcio es de lo más sabio que han podido idear los pueblos civilizados para poner á los cónyuges al abrigo de ciertos crímenes. Al divorcio debe, pues,

ocurrir la esposa á quien la desilusión ó el desengaño inspiren profundo *desprecio* por el hombre que antes amaba. El divorcio le devolverá su lamentada y perdida libertad, y por ministerio de la ley podrá casarse con el hombre que se haga digno de su afecto, sin tener que sufrir remordimientos más ó menos crueles.

Por desgracia, muchas no piensan de esa manera y locamente quieren ó pretenden pagar al esposo, como suele decirse, con la misma moneda. Y, ¿qué resulta de ahí?

Bien se comprende: el adulterio!....

Como es sabido, en la tierra nada hay oculto; al fin se descubren las faltas; el marido ofendido ó mata al rival en desagravio de su honor ó acusa á la mujer ante los Tribunales por adulterio!......

Lo que se dice de la esposa se dice del marido, pues según se ve y se practica aquí en París hay mujeres que, con ó sin revólver, también matan á sus rivales, *les metraises*....

ALEJADRO DUMAS hijo, no habría aconsejado, como lo hizo, que se diese muerte á la *mujer infiel* si con mejor acuerdo, se hubiese compadecido de ese sér cuyo nombre, como dijo SHAKESPEARE, *es sinónimo de* FRAGILIDAD!

Matarla! ¿Por qué?

¿Porque sucumbió impulsada por sentimiento mal entendido que demandaba venganza? Por que cayó por causa del esposo que abandonó el hogar en busca de otros amores?

El consejo de matar á la mujer que ha delinquido es de aquellos que se dan, sin reflexionar, á sabiendas de que no serán seguidos.

Quién sabe si no tiene mucha parte ese funesto consejo en los frecuentes dramas que hace al-

gún tiempo vienen escandalizando este París, de suyo escandoloso!

Es de sentirse que la prensa periódica se goce en referir con los más minuciosos detalles, esos escándalos. Tales publicaciones, lo mismo que sus similares, no obran como correctivo, apenas sí sirven para estimular el adulterio ó para provocar conflictos entre casados.

Ni el hombre ni la mujer tienen derecho para matar á su consorte, porque nadie puede ser juez en causa propia; y porque en todo adulterio hay dos *cómplices* indiciados ambos por el mismo delito.

Lo corriente, lo práctico, lo juicioso, es ocurrir al Poder Judicial para que éste declare desatado el nudo recién cortado por el mismo *ciego amor* que lo formó.

Hacer otra cosa es ocurrir á crímenes premeditados que, por más que se diga, son injustificables y merecen castigo ejemplar.

En París como en otras ciudades donde se especula con el matrimonio, no escasean los maridos que asesinan á sus esposas so pretesto de celos, para ver de entrar en posesión de los bienes dotales de las verdaderas ó supuestas adúlteras.

Pobres mujeres ricas! A eso las exponen los irreflexivos padres que andan buscando, como dicen ellos mismos, un buen partido para las chicas.

Cállase, por demasiado sabido, que los maridos quedan muy expuestos á que les sean infieles sus mujeres, desde el momento que las aceptan como esposas porque son ricas, no porque les tengan cariño.

Una sociedad organizada de esa manera, seámos francos, está condenada á presenciar escándalos y asesinatos que se evitarían en mucha parte

sí se dejara á las jóvenes en libertad para aceptar el esposo que les fuese grato.

La mujer debiera tener el derecho de escoger marido cual lo tiene el hombre de eligir esposa. Así habría más dicha en los hogares que la que ahora se nota. Y la razón es obvia.

La mujer está dotada de suspicacia y de talento que, en achaques de amor, la hacen superior á los hombres.

De ahí, el *feminismo*, esa lucha que el sexo débil sostiene actualmente, en favor de los derechos que le han sido arrebatados, y que es justo y conveniente que reivindique cuanto antes!....

París, 1892.



Recuerdos de la Bretaña.

PASAN los bretones en Francia por gente muy testaruda, díscola y demasiado porfiada. Pero también es cierto que son excelentes amigos, muy francotes, muy leales, é incapaces de mentir por ningún motivo ni pretexto. De manera que es un pueblo original, pero muy querido; generalmente cuando se les trata á fondo se admira su *ejemplar honradez.*

Las bretonas me parecén las mujeres más *bellas ó hermosas* que existen en toda Francia; entre ellas se ven algunas de esculturales formas!

No sea esto motivo de ofensa para la parisiense que tiene tan merecida reputación de elegante, que viste tan bien y que calza botitas que son prodigios del arte.

La bretona no tiene la refinada cultura de la parisiense, pero en compensación es más inocente, más franca, más afectuosa y tan leal como un buen perro.

Tanto es así, que un bretón que vivió muchos años en París me decía:

Amigo mío, nuestras mujeres no se parecen á las demás francesas. Créamelo usted!

Interrumpíle exclamando—Señor mío: Ud. tiene razón, vaya que son hermosísimas!

—No es eso sólo, me dijo: Es que las bretonas aún se enamoran, y eso no lo busque porque no lo encontrará Ud. en París!

Aquel hombre observador sin duda tenía ra-

zón. Yo no recuerdo haber visto en París, en las varias temporadas que he pasado en la metrópoli francesa, una chica á quien debiera creérsele real y verdaderamente enamorada!....

La parisiense no se enamora.

Ella busca un marido que reuna ciertas condiciones, porque le conviene casarse para ser *Madame*, en cuyo estado cree adquirir uno de los humanos sueños ó quimeras, cual es la *independencia* y la *libertad* que tánto anhelamos en la vida.

Mientras es Señorita es casi esclava al lado de la madre. Cuánto difieren en tal respecto una joven inglesa de una francesa!

Esos dos *pueblos* vecinos separados por estrecho canal, casi no se asemejan ni se parecen en nada! El parisiense no tiene nada del londinense, aunque lo imita!

Pero los bretones tienen bastante del pueblo inglés, por no decir mucho, que sería lo correcto.

¿Es aquello atavismo de raza? ¿Son costumbres y tradiciones que se conservan á través de los siglos y las edades?

Así lo creo, pues es sabido que los ingleses dominaron mucho tiempo en el continente, en las pasadas centurias, y es natural que dejaran allí sus costumbres, sus hábitos y sus maneras de ser moral.

Abundan en Bretaña las *familias nobles* y á pesar del cambio que lentamente los tiempos ejercen en los moradores, aquella gente conserva en gran parte los hábitos y tradiciones de la antigua nobleza bretona.

Hay muchos hombres á quienes sin poder contar con blasones, ni remota prosapia, se les tomaría por nobles y orgullosos bretones, tan sólo al verlos!

¡Poder de la apariencia!....

La verdad sea dicha: algunos tienen aire distinguido! La originalidad de sus costumbres, que vienen desde remotos tiempos, *no he podido olvidarlas*, á pesar de que hace muchos años que viví entre aquella gente, á la que siempre recuerdo con placer y hasta con mezcla de gratitud y tristeza!

Las clases inferiores visten trajes especiales, no sólo el hombre sino también las mujeres.

Una cosa que llama la atención es que los hombres de los campos usan el pelo tan largo como les crece, y lo llevan sobre las espaldas cual si fueran pastores ó patriarcas antiguos.

Las mujeres también se distinguen por un vestido especial que no se parece al que usan las campesinas de otros departamentos de Francia.

El tocado ó sea el gorro que de continuo llevan en la cabeza, les sienta bien y es original, lo mismo que unos pañuelos que usan, ya en los hombros, ya como delantales.

Tienen, como todo pueblo, tribu ó nación, su acento bien marcado que los distingue, esto, se entiende, cuando hablan francés, pues *sus lenguajes bretones no los entendía yo.*

En sus campos ó aldehuelas suelen verse algunos *Idolos* de los tiempos de los *Druidas y se comprende que aún existe respeto por aquellos* **Dioses**, tallados en bloques de piedra de tamaños distintos, pues algunos son de más de tres metros de elevación. *No hay duda que los respetan.* He visto en lugares despoblados y distantes en donde hubo habitantes algunos de esos Idolos que no estaban mal tratados ni arrojados por el suelo, sino de pie, como los dejaron sus mayores. Lo que dá á entender que existe respeto por la religión

druida que, como entre los negros africanos, es una especie de fetichismo.

Desde muy niño sentí una pasión grande por los lejanos viajes y he viajado, y si contara con renta para poder viajar, confieso que aún sería para mí un gran placer estar siempre de viaje!

Como ya no puedo satisfacer ese innato deseo, con frecuencia leo todo aquello que se refiere á largos ó lejanos viajes, y en una de aquellas lecturas encontré, en días pasados, una descripción de "LOS VIAJEROS MODERNOS" sobre *las Islas Maldivias* de la que no puedo menos que intercalar aquí unas líneas que tienen su mérito:

"Esas Islas están habitadas por gente muy sana, dice un viajero, y lo prueba así, el que todos aseguran que es un pueblo tímido é inofensivo; los crímenes son mucho más raros que en los países civilizados; *y el asesinato, el robo ó la embriaguez* son desconocidos entre aquella gente."

☞ "Como profesan con el mayor rigor la religión musulmana, no beben vino, ni ningún licor espirituoso que podrían sacar con facilidad del coco que abunda en las Islas"

Siento no poder decir otro tanto de los bretones quienes, son demasiados inclinados á los líquidos espirituosos, en lo cual parecen ingleses!

El uso de los licores fermentados hace mucho tiempo que lo creo factor muy poderoso en los muchos CRIMENES en que abundan las sociedades europeas. En la Bretaña no faltan criminales, debido sin duda, á los estímulos y excitaciones consiguientes al uso del licor.

Los matrimonios de las clases pobres de Bretaña son de una originalidad especial.

Después que se han casado, salen para la calle precedidos por una orquesta compuesta de un vio-

lín, bajo, corneta, etc., y pasean todo el pueblo, llevando en las manos los presentes que han hecho á la novia, los cuales se componen de utensilios de cocina, prendas, y demás objetos indispensables para que se establezca el nuevo hogar.

Aquel paseo y aquella alegre fiesta dura un día y en ella abundan los manjares, y acaso demasiado la cidra, los vinos y alcoholes de mayor cuantía.

En general, el bretón quiere entrañablemente á su familia y es amigo de vivir, lo más que puede, entre su casa.

No así los demás franceses cuya existencia corre entre el *taller* y los *cafés* !. . . .

De los bretones se cuentan terquedades que los hace aparecer como pueblo originalísimo y, la verdad sea dicha, sí son tercos en sumo grado á veces. De ello daré algunos ejemplos.

Cuando á un bretón se le mete entre los sesos una idea, lo domina, lo preocupa y absorbe todos sus pensamientos.

Vehemente en religión, en política, en los afectos de la familia y de la patria, á todos esos legítimos cultos ha levantado altares; y se ha hecho notable por la energía que ha desplegado para servir con lealtad las ideas ó principios, á que están ligados por el corazón, la fe de sus creencias, el deber, y el patriotismo, en que fundan su orgullo.

Ejemplo de ello han sido la célebre **Juana de Arco, Chateaubriand, Cambrone, Laence y Julio Verne** y muchos otros que por el momento no recuerdo.

Todas las celebridades que acabo de citar son otras tántas estrellas que brillan con luz propia en el claro cielo de esa Bretaña, en donde abundan

astros de clara y deslumbrante claridad.

Así como son vehementes en religión lo son en sus afectos, y cada mujer que, como hija de Eva, ha tenido sus amores, si cuenta lo que ha sufrido en su vida por achaques de las pasiones que Cupido inspira, es seguro que se la oirá una verdadera novela en que resaltarán cuadros y situaciones que á veces producen crispaturas; y en otras, el relato de pasiones atolondradas, ciegas, estupendas, que conducen al sacrificio ó á la abnegación rayana en locura.

Aquello está probando la vehemencia de aquella gente en sus afectos, dominados casi siempre por pasiones aturdidas ó ciegas que, como es natural, no siempre se justifican.

Como en la viña del Señor tiene que haber de todo, allí también se encuentran hombres y mujeres muy *frias*, para quienes el amor ó los afectos no producen, como en los demás, esas tempestades que caracterizan la vida en Bretaña, en donno escasean las trajedias ó dramas amorosos en sensación notables.

Ligado por amistosos lazos en Nantes, con un ricachón francés que diariamente iba á verme, sasalíamos juntos á paseo por las tardes.

Hacía tiempo que notaba que una joven dama casada con un rico comerciante de aquella ciudad, saludaba muy afectuosamente á mi compañero de paseo; pero lo atribuí á intimidad de sus familias; y la discreción no me autorizaba para preguntarle al amigo, si lo que me parecía haber notado entre él y la simpática bretona era amistad ó *algo* que se confundía con amores mutuos.

No habiendo mi amigo presentádome á aquella dama yo no osaba saludarla; y nos encontrá-

bamos frecuentemente en la calle, sin que yo, al verla, me atreviera á mover mis labios.

Pero, sí sabía ya que era casada, que su marido la adoraba, que estaba en relación y concurría á la mejor sociedad de aquella ciudad; y que se la agasajaba mucho por sus atractivos físicos y morales.

Nada de esto me había comunicado el amigo con quien paseaba: sinembargo yo lo sabía!....

Un día, sin que yo lo esperase, la dama de que vengo hablando me abordó en la calle para recomendarme que dijese al amigo que fuera al correo y recogiera una carta, que acababa de poner en la estafeta, dirigida á él.

Se despidió y desde aquel día ya quedamos amigos.

Con la discreción que el caso demandaba busqué á mi compañero de paseo y le dije lo que se me había recomendado.

El, casi sin despedirse, me abandonó y se fué á la estafeta....

Aquello me pareció asunto grave, puesto que no se trataba de una *Cortesana*, sino de una Señora *de elevado rango*....

Como él nada me dijo, yo no le pregunté nada sobre tal asunto; confiaba, sí, que, andando el tiempo, todo lo sabría, ya que es bien sabido que las mujeres no saben guardar secretos....

La cuestión era de tiempo, tacto y de saber conducir la intriga, para que uno de los amantes todo lo echara fuera.

El amigo nada me dejó traslucir del contenido de aquella amorosa epístola; pero la bretona casi me había hecho su confidente al exigirme que dijera al amigo solicitase la carta.

Días después me encontré con ella en el paseo, donde procuró hablarme.

Comprendí al momento *todo lo* que aquella chica sufría, que tenía necesidad de desahogarse y de decirme *algo* que la atormentaba, sin darle tregua ni calma....

Me manifestó el deseo de que nos sentásemos sabiendo ya ella que mi amigo no estaba en el paseo.

Principió por preguntarme qué me había dicho él, por supuesto que respecto de ella.

—Nada, le contesté; absolutamente nada.

—¿No le ha hablado de la carta que *le supliqué á Ud. le dijese que debía recoger en el correo?*

—Madame! le juro á Ud. que nada me ha dicho.

Con un gesto extraño cerró los puños de sus bellas y muy cuidadas manos; y en ademán como si fuera á caer en un ataque de convulsiones histéricas, me dijo; Ah! Los hombres! qué malos, qué ingratos son todos.... Uds.

—Monstruos!.....monstruos!...., y se retorcía sobre el banco en que estábamos.

Traté de calmar aquella nerviosa situación con palabras y frases *de esperanza, que son el mejor bálsamo para los seres que aman sin ser amados*...

Poco á poco ella fué volviendo á su estado normal y entonces me contó:

Que aquella carta era su *ultimatum*, pues había descubierto que el amigo amaba á otra mujer de mala vida y de clase inferior.....

Recordar todo lo que me dijo durante aquella larga y animada conferencia sería uno de tantos imposibles; *pero en epílogo*: Aquello no era otra cosa que los celos más estupendos que puede experimentar una mujer por un hombre á quien le

ha entregado locamente el corazón, y con él, su honor, y la honra de una honorable y respetada familia que aún no contaba un miembro manchado en ella!

Hice cuanto pude para tranquilizar á aquella desgraciada que no ponía punto final á la conversación, y que habría seguido allí toda la tarde ó mientras la hubiere oido quejarse de su infiel amante y *corrompido seductor*, como lo llamaba á veces.

Los enamorados, los amantes desgraciados, los políticos sin empleos y las personas que tienen algún litigio en los tribunales se parecen entre sí; pues cuando agarran á un prójimo no lo sueltan y quieren que les oigan todas las necedades que les parece deben importarle á los demás!

De modo pues, que á veces conviene huir de esos tipos, sobre todo si no se cuenta con tiempo suficiente para las cosas que uno debe hacer en el día ó en la noche.

Al encontrarme con mi compañero de paseo era natural que le contase lo que con ella había ocurrido dos días antes y la peligrosa situación en que parecía se hallaba su *Dame du grand monde*.

Él me oyó friamente sin cambiar de expresión, poco interés manifestó por las referencias que le hice de largo á largo y consignando los más importantes detalles que mi frágil memoria me suministró.

Lamenté tanto cuanto pude la tremenda situación en que se hallaba colocada aquella señora, la cual se comprendía, que estaba furiosa y locamente enamorada de él.

Antes de concluir le aconsejé que viera bien lo que iba á hacer, pues me parecía peligroso en aquellos momentos un *violento* rompimiento, que traería *escándalos*, *duelo*, y acaso un inevitable di-

vorcio, que la haría para siempre desgraciada, puesto que tenía dos niños, como él sabía, en la más tierna infancia.

Tan pronto como concluí mis amistosas re-reflexiones, él me dijo en tono grave:

—Todo eso es verdad, mi caro amigo, pero U. lo sabe tanto como yo, *el amor no se compra, ni se encarga, cual otra mercancía.*

"El nace del corazón tan espontáneamente como las plantas en el prado cuando viene la primavera, y así como éstas se secan con el estío, así se ha secado el cariño que yo sentía por esa *terca bretona* que se empeña en que la ame, cuando ya no me es posible ...."

¿Qué causas justificaban aquella frialdad?

Más tarde lo sabrá el lector.

Ausentéme de Nantes una ó más semanas; por supuesto que no volví á ver á la desgraciada dama bretona, ni á su corrompido *seductor*, como ella llamaba á su *infiel amante.*

¿Qué ocurrió entre aquellos seres durante mi separación de la ciudad? No pude saberlo.

Pero muy pocos días después de mi regreso me encontré con el amigo que iba en su coche, en dirección opuesta á la que yo llevaba; apenas, pues, nos saludamos al pasar.

Esa noche ó la siguiente, como á eso de las 11, pasado medio día, dormía yo muy profundamente en el departamento que ocupaba en la calle *Crevillon*, en uno de los hoteles que tenía Nantes para los tiempos del segundo imperio napoleónico.

Mi departamento daba á la calle y como ocupaba el primer piso, fácilmente se oían los ruidos que tenían lugar en la Vía que para Nantes constituye su *Broadways.*

Pronto desperté á los gritos repetidos con que

me llamaban desde la calle; abrí los cristales de la ventana, y ví que era el amigo que ya conoce el lector quien me llamaba.

—Vamos! ¿Qué ocurre, señor mío?

—Qué ha de ser? Un gran incendio! Quiere Ud. que vayamos á verlo?

—Con gusto, le contesté, permítame vestirme; en pocos momentos estaré abajo para que sigamos.

Así fué.

Poco tiempo después nos encaminábamos hacia las orillas del *Loire* en cuyas cercanías ardía imponente un gran edificio, que si mal no recuerdo, era una importante fábrica de jabones, cuyas pérdidas se estimaron, me parece, en dos ó más millones de francos.

Allí estábamos mezclados con la multitud de curiosos que siempre gustan presenciar esas desgracias, aún corriendo ciertos peligros, entre los cuales no es el menor el que la policía los obligue á que le dén á la bomba de apagar fuegos.

De pronto ví que mi compañero puso sus manos sobre los hombros de una mujer y preguntóle:

—¿Qué haces aquí?

Ella, sorprendida y tartamuda, contestóle,

—Vine á ver.....á ver....el incendio!

—*¿Con quién has venido?*

Y un joven como de diez y seis primaveras, de aspecto petulante, salió al frente y contestó:

—Conmigo!....

Mi compañero tomó del brazo á aquella chica y me suplicó que lo acompañase.

Así lo hice, pero no de *muy buena voluntad*; mas como aquel camino acortaba la distancia que me separaba del hotel, me dije: *pues adelante, pronto* volveré á la cama de donde no *debí salir*....

No quedó en eso el percance.

Llegamos á la casa de la *Damisela* y á fuerza de súplicas y ruegos, tanto de mi amigo como de la chica, me ví obligado á ascender por una escalera que recuerdo no era cómoda, hasta un tercer piso

Entramos en un salón bien amueblado en donde había más bien lujo que modestia.

Yo ocupé un extremo del sofá, mi amigo el otro y al frente nos quedaban la dama y el mozalbete, que nos siguió, cual sigue la sombra al cuerpo.

Ya sentados, mi compañero indignado preguntó al joven *con qué derecho se encontraba allí*, al mismo tiempo que le mostraba la puerta para que saliese.

Pero él, imperturbable y terco, como buen bretón, no se movía.

Entonces, viendo su inmovilidad, mi amigo preguntó á la chica: *¿ Con quién te quedas?*....

Ella se levantó del asiento y extendiendo la mano, le decía: ***Adiós Arturo !***....

Este, indignado, se empinó cual serpiente venenosa encolerizada y al salir lanzaba con la mano un beso á su querida al mismo tiempo que dijo: M. J.... *hasta otra vista!*

¿Encontraría aquel mentecato testigos para provocar un duelo á un viejo solterón? No debía suponerlo.

Era por lo menos dudoso......

De allí salimos pronto, pues nada contento estaba yo. Mi amigo en el camino me comunicó que aquella mujer era el objeto de sus sueños, su adorado tormento; que estaba gastando en ella mensualmente una gruesa suma, que ella hacía aumentar cada mes; que él nada podía negarle,

porque estaba locamente enamorado de aquella encantadora parisiense!....

Todas esas confesiones me las hacía en momentos en que íbamos llegando á la puerta del hotel donde yo vivía.

Viendo aquella ceguedad, le hice la siguiente pregunta: ¿Cree usted que esa mujer le es fiel?

—No lo creo, pero no puedo prescindir de ella; tengo *sangre bretona* en mis venas, y no la abandono por nada!....

Me despedí de él y subí á dormir, no sin sacar muy tristes consecuencias de lo que había visto y presenciado aquella noche.... *Al infiel amante le medían con la misma vara!*

¡Qué obcecación la de ciertos hombres con algunas mujeres y la de algunas mujeres con ciertos hombres!

Tienen ojos y no ven, tienen oídos y no oyen!

¿Qué los ha cegado, qué los ha ensordecido? La pasión y el amor!

Bien hicieron los antiguos en pintar al amor ciego y, más que ciego, sordo!

Lo que vengo contando pasaba nada menos que en época muy triste para la Francia.

Era en los momentos de aquella estrepitosa agonía del Imperio de Napoleón III, cuando, había sido declarada la guerra á la Alemania, guerra que fué un desastre para los Franceses y una ruina para aquella orgullosa y noble Nación.

Por donde quiera se encontraban soldados, unos que iban para el centro del País, otros que venían para la circunferencia.

Veteranos, reclutas los más, marinos que se desembarcaban para irse á buques que estaban en distantes puertos ó marineros improvisados que

iban para bordo de barcos de guerra que nunca habían visto.

Qué desorden era aquel ! qué confusión, qué desbarajuste llevan siempre en su caida los Gobiernos impopulares.

En los trenes no se veía sino militares ó material de guerra y no se hablaba sino de que pronto estarían en Berlín, trayéndose al Rey Guillermo con su factotum Von Bismark !

Cuánta fanfarronada y cuánta desilusión !. . .

Las cosas del mundo, que nunca podemos prever ni remediar !.....

Cuatro ó seis días después de la noche que fuí á ver el incendio, me encontraba parado en una esquina esperando que pasara una tropa recluta que debía seguir por *trén expreso* para la frontera alemana.

En aquellos momentos llegó mi compañero de paseo y, previo saludo de estilo, nos colocamos de la manera más á propósito para ver pasar la recluta.

Apenas habían pasado algunos 500 soldados, cuando el bretón que tenía al lado gritaba á todo pulmón : ***Adiós Arturo !***

El infeliz *amante de corazón* de la parisiense, iba en la formación, y nada menos que á batirse contra los prusianos, de donde era dudoso que volviese.

De ahí la despedida que le daba su rival, diciéndole no *hasta otra vista*, sino *adiós !*

Ese *adiós* que encierra el misterio de otro mundo, en que acaso somos menos desgraciados que en este.

Aquel día el bretón estaba bañado en agua rosada ; porque, como era probable, los prusianos le quitarían del medio al dependiente de *notaría*,

que se había interpuesto entre él y su *adorada parisiense.*

Más tarde, tuve oportunidad de saber, ver y estudiar á aquella mujer que había triunfado tan completamente sobre una *bretona distinguidísima*, á quien física ó moralmente no era fácil encontrarle defectos!.........

La parisiense era una mujer gastada por los vicios, con escasísima instrucción; acaso había leído algunas novelas que habían extraviado un tánto más aquel espíritu poco cultivado, é inclinádola más bien á lo malo que á lo bueno.

Como toda mujer del *demi monde*, siempre estaba pintada; arte diabólico con el que hacen creer aquellas chicas que son bellas y jóvenes, cuando son feas y viejas!..........

Tenía buenos trajes, algunas joyas, y gustaba del lujo que otros pagaban. Eso fué lo que yo pude encontrar en dos veces que la ví y la hablé.

¿Cómo pude hablarla?

Porque nos encontramos en un paseo, donde me saludó y me habló, valida de que me había visto en su casa la noche del incendio.

Por supuesto que ella no dijo al amigo que me había visto, puesto que jamás él se dió por notificado de aquello.

En cuanto á la *Dame du Monde*, ella tuvo el buen sentido de irse á París á *llorar sus desdichas.* Al fin se consolaría, pues no hay remedio más seguro contra las penas del amor que ausentarse del lugar en que se contrajo la pasión.

Prueba todo lo que llevo referido la *terquedad* bretona, gente llena de caprichos que suelen costarlescaros á veces.

Sin esa terquedad, aun serían mejores los bretones.......

Una Bretonada :

Un domingo que deseaba hacer un regalo á una familia, me fuí al mercado, allí pregunté á una cuánto pedía por una docena de peras.

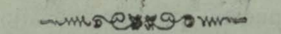
La bretona me contestó : Tres francos la *trecena.*

—Le repliqué, yo quiero *una docena !*

—Tres francos la *trecena*, me repetía !

Viendo que no había cómo salir del paso, le tomé las trece peras.

Londres, 1890.



Un viaje á Italia.

EL viaje á Italia, saliendo de París, es de lo más agradable. Salí de noche, después de haber comido muy bien en el *Terminus.*

En la Estación procuré que me dejaran solo, con la esperanza de poder dormir en un wagon; pero cuando me ocupaba de organizar mi cama, sirviéndome mi balletón por cubierta y mi maleta por almohada, llegaron dos jóvenes ingleses recién casados. Iban á Roma á pasar la *luna de miel.*

Al verlos, me dije: No hay que contar con sueño, y mucho menos con compañeros *recién casados.*

Aunque fué así, no pude dormir, pues estuve bastante galante para ofrecer todo género de *confort* á la inglesa, que aún estaba mareada desde su paso por el Canal de la Mancha.

La noche la pasé en blanco, como suele decirse, hablando con el joven, quien iba á Roma á visitar aquella gran escuela de pintura: él se decía artista pintor.

Mientras nosotros hablábamos, la joven inglesa se había dormido tan profundamente, que fué necesario despertarla cuando ya venían los claros del día, al salir del largo y admirable túnel del *San Gotard.*

Pronto amaneció Dios, y saludamos la aurora en presencia de un espectáculo admirable, cual lo es contemplar el lago mayor, y más tarde, la campiña y el paisaje bellísimo que se ofrece á la observación; paisaje que hace imaginar que se es-

tá en tierra suramericana donde crecen los cocoteros y los naranjos....

Al llegar á una estación cuyo nombre no recuerdo, una sirvienta se presentó ofreciéndonos para desayunarnos café y leche, acompañados de panecitos y otras pastas de que nos servimos en el mismo wagon. El tren se detuvo poco y seguimos camino hasta llegar á Torino viendo en el tránsito paisajes bellísimos en los terrenos del camino, la mayor parte cultivados, ó en otros, grandes viñedos, plantaciones de maiz, ó de legumbres al mismo tiempo que más lejos se notaban naranjales y hasta palmeras! Era el caso de creerse en un pais de Sur-América.

Se comprende que el suelo Italiano tiene priviligio para producir muchos y buenos frutos.

En ese viaje á Italia, hace ya tiempo, tuve, como todo extranjero, el placer de admirar algunas ciudades, las que visité en pocos días, porque desde que abandoné á Londres mi digestión se hacía tan mal que temía por mi salud. Encontrándose para aquella época el cólera en algunas ciudades del Reino de Italia, yo lo temía.

Pasé una semana en Torino, ciudad hermosísima cuyas calles, cortadas en ángulo recto, me recordaban las poblaciones americanas. Como las de éstas, las manzanas de *Torino* son cuadradas, en casi la mayor parte del poblado.

La población es de bello aspecto; sus casas son casi palacios, con grandes puertas, no pequeños patios, y con bonitos jardines. Los italianos nacen artistas, como los ingleses mecánicos, y cómicos los franceses!

En Italia, por donde quiera que uno pasa ve las manifestaciones del Arte. Su pueblo se paga tánto de lo bello, como el francés de las guerreras

glorias. Bien se comprende que entre los dos paises existen distintos ideales: los descendientes de los antiguos Galos, sueñan con conquistas guerreras, con batallas que los ilustren, con dominios nuevos.

No así Italia. Cansada de derramar su sangre para civilizar el mundo, y luégo esclavizada por los mismos pueblos á quienes civilizó, ella lleva en cada uno de sus hijos que piensan, el amargo recuerdo del pasado, y el desengaño del presente.

Los Italianos aspiran á conquistar las simpatías del mundo actual, no por el poder de las armas, sí por las bellezas de las artes, que cautivan sin ofender, que seducen sin derramar sangre y que se imponen como la libertad, que todos amamos, admiramos y deseamos cual un supremo bien.

Torino vive abatido y melancólico, desde que la capital del Reino se la llevaron los descendientes de la casa de Saboya para Roma, dejando á los moradores sumidos en lamentaciones y quejas que no cesan de repetir al que les escucha. Esos Nuevos *Jeremías* desearían que la Corte volviera á Torino, aunque Roma se arruinara y rompiera sus antiguas tradiciones.

A Torino le dan una población de cerca de 300.000 habitantes, acaso más, acaso menos. Fué antiguamente capital del Piamonte, para después serlo de la Italia. A la población la riega el Po, y la cortan uno ó más canales de los que no tengo muy buena opinión por lo que respecta á la salubridad de la ciudad.

El hotel donde pasé mi tiempo allí, es de un buen confortable y abundan en él políticos italianos é ingleses *touristis*.

Mi tiempo lo empleé en visitar las muy nota

bles galerias de pintura que allí existen, en donde se ven cuadros de gran valor y retratos de personajes antiguos y modernos. También visité el Palacio de Gobierno, una biblioteca, los museos que tiene la ciudad, los templos, y el jardín, el que me pareció raro por su forma y plantas.

Me encontré en Torino con algo que para entonces no tenía ni París ni la rica Londres! En Torino había calles y galerías en las cuales el alumbrado era eléctrico, al paso que en París apenas se veía, para aquella época, uno que otro foco en los grandes boulevares. Otro tanto pasaba en la motrópoli inglesa.

En Torino se cuenta gran número de plazas y en casi todas hay alguna celebridad italiana. Allí tiene su estátua Víctor Manuel, rey que fué de la nación, las de Cavour, Carlo Felice y otros más que he olvidado.

La Catedral de la ciudad es hermosa, como lo son casi todos los templos de Italia; recordar pormenores sobre ese edificio me es difícil ahora.

Me pareció notar un gran número de militares en aquel lugar, por lo que supuse que la guarnición de la plaza debía ser numerosa.

Ya antes lo he dicho: los habitantes se quejaban de gran malestar, y por las lamentaciones que por todas partes oía comprendí que se estaba atravezando una de las tantas crísis que afligen á los pueblos, languideciendo las industrias, ocultándose los capitales para huir en seguida, y obligando la pobreza al desvalido á salir del lugar donde el desamparo lo amennza con la muerte.

Pero si Torino y sus hijos lloran por haber dejado de ser la Capital del Reino, Roma está de plácemes, porque ha renacido á la vida! Actualmente Roma tiene enorme cantidad de edificios

en construcción que implican renta para los capitalistas romanos y embellecimiento para la ciudad que encierra más grandezas históricas.

Con razón dije hace algunos años en un *Estudio* publicado por la prensa periódica de Venezuela, hablando de la Italia:

"Siempre tendrá que ser la Italia para los pueblos que abrazaron el cristianismo, un pueblo grande y verdaderamente extraordinario, porque á él tocó representar, en el espacio y en el tiempo, el glorioso papel de redentor del género humano, ya que, como es sabido, fué Roma la cuna de la actual civilización. Si á ella la civilizó Grecia, á Europa la civilizó Roma. En el foro romano apareció el derecho y con él vino la propiedad. En Roma murió el paganismo y con aquel trascendental acontecimiento, aparecieron los albores de la actual civilización que todos admiramos; la cual ha dado libertad al pensamiento, respeto á las creencias religiosas, cualesquiera que sean, dignidad á las ciencias, seguridad á la propiedad, derechos al ciudadano, y la independencia de la eterna esclava del pasado: la cara mitad del género humano.

Todo eso se lo debe el mundo actual al pueblo romano, digan lo que quieran los anglo-sajones.

Roma fué y será siempre para el hombre un gran pueblo: el que supo escribir con sangre el derecho humano, y el que ha grabado para siempre en el pensamiento el amor de la libertad que todos sentimos y que lleva á la humanidad al sacrificio de vida!

Las Canas.

UNA cabeza blanca ciertamente que no seduce á nadie que tenga buena vista, puesto que las malditas canas son, como las múltiples arrugas, chocantes signos de vejez........

Hay una verdad sabida de todo el mundo, y es, que los viejos en general son antipáticos; por más que, cuando tienen dinero, se les acepta como tabla de salvación!

Decid á una joven hermosa que un viejo la pretende. Se pondrá iracunda!.... Qué *atrevimiento*!....¿Cómo? ¡Un *viejo*!....

Por el contrario, anunciad á una desesperada jamona de esas que ya están pintando canas; que hay un joven que está enamorado de ella, y ya veréis cómo se afana por conocerle, y ya conocido, por atraerle, por seducirle y para hacer que la ame!

Y no importa que el doncel sea algo feo, pobre, borracho!....

A ese joven se le ama porque no tiene canas. Si fuera posible encanecerlo en horas, ya no sería rival preferido el anticipado viejo, ni aun para las jamonas desdeñadas!

Sin embargo de lo que acabo de escribir, habrá de convenir el lector, conmigo, en que existen canas *prematuras*, particularmente en ciertas mujeres, las cuales si bien no son del agrado de la generalidad, suelen, á veces, llamar la atención de algunos hombres y hasta impresionarlos favorablemente!

Confieso haber tropezado, una que otra vez, con encanecidas mujeres, de piel fresca y de belleza escultural, que me han sorprendido muy agradablemente.

Viene al instante, entre mis recuerdos, una guapa chica de raza semítica que habitaba la calle de Rivolí en París, por los tiempos del segundo imperio napoleónico. ¡ Qué bella, que elegante mujer era aquella !

Con frecuencia me detenía en la joyería en que estaba como dependienta, para contemplar aquella correcta fisonomía de Madona romana, cuya admirable cabeza había plateado, nó los años, pero sí muy frecuentes jaquecas, según me confesaba, en los ratos en que me permitía que la admirase.

Andando el tiempo, llegó la guerra franco-prusiana, yo tuve que abandonor la moderna Babilonia y refugiarme en los Estados Unidos, por consiguiente perdí de vista á la bella y encantadora hebrea.

Cerca de un lustro más tarde, me paseaba una noche, no con poco fastidio, en el Pasaje de Panoramas de París, cuando de pronto ví que se asomó á la puerta de una joyería una mujer que me parecía conocer!...No me engañaba, era ella!

Me acerqué y, efectivamente, era la antigua joven de la calle Rivoli con el pelo *muy negro*. Qué cambio aquel !

Nos saludamos mutuamente; ella me preguntó con su encantadora sonrisa, de qué país venía.

Contestéle friamente que de América..... Sorprendido del cambio que notaba exclamé: ***¡Qué desgracia! Ya no es usted tan bella cual lo fué antes de la guerra.***

Decirle á una mujer que ya no es *hermosa* es cometer un sacrilegio. A ella no le agradó y me contestó: **Usted también ha cambiado muy desfavorablemente!......**

Comprendí que con mi brutal franqueza la había ofendido y me despedí de ella para no vernos jamás, como así sucedió.

Las canas prematuras agradan, por la ley misteriosa de los contrastes, que suelen imponerse en muchas personas.

Lo que hace, acaso, más simpática, al contemplar su retrato, la interesante figura de la reina de Francia, **María Antonieta**, es su noble cabeza cubierta de canas, que, como se sabe, le brotaron en la prisión en poco tiempo!....

No sé que será peor: si un cabeza blanca ó calva, ó una cara arrugada en todas direcciones, como las suele haber.

¿Sabe el lector qué fisonomias se arrugan más pronto en ambos sexos? Acaso ni lo sospecha! Pues las de aquellas personas que se rien más durante la existencia!......

Los placeres se pagan siempre caro en esta vida de *continuos pesares!*......

Hay quien prefiere una cabeza plateada á una cara con arrugas! Yo soy casi de la misma opinión.

Porque las arrugas dan á la cara, no sólo una expresión de innegable vejez, sino, á la vez, un ceño de dureza que no es agradable encontrarse con él.

El contraste entre una cara joven, llena de vida, animada por pasiones juveniles, con una cabellera blanqueada por herencia de familia ó por as tremendas impresiones que anonadan la mente, no choca, inspira afecto; pero una cabeza en-

negrecida por el arte, acompañada de arrugada frente, con los surcos y depresiones que traen los años, siempre inspira, si nó desdén, por lo menos compasión por las debilidades del corazón humano, empeñado en querer aparecer lo que fué, pero que ya no es!....

La acción ó efecto del rayo sobre el hombre, suele producir el ecanecimiento instantáneo.

Sería una prueba irrecusable del aforismo homeopático, *similia similibus curantur*, si con las aplicaciones eléctricas se devolviera al cabello su vida anterior, es decir, el color perdido por la influencia del rayo que suprimió el *pigmentum.*

Acaso esté entre los bienes que encierra la electricidad, el poder remediar con la muerte del pelo, la calvice irremediable que tánto abunda.

¿Por qué hay personas á las cuales casi no les salen canas y en otras abundan tánto que sorprende verlas?

Esa pregunta puede sólo resolverla la Fisiología patológica.

Pero es lo cierto, que padres canosos dan hijos con canas que heredan los nietos, así como hay calvos cuyos hijos perderán el pelo más ó menos pronto; y la razón bien se comprende.

Asunto, pues, pura y llanamente de herencias de familias. Los padres trasmiten á sus hijos estos ú otros achaques; pero, qué rara vez le trasmiten las fortunas!

En los tiempos en que era costumbre llevar peluca, adultos, ancianos, y niños de tierna edad, los canosos estaban en grande; puesto que podían ocultar el bochornoso defecto de las canas, como también se ocultaba la calvice, la cual se produce por distintas causas. Hoy eso no es posible con las modernas modas.

Cita **Darwin**, en su importante obra ***Expressioons of the emotions***, el caso auténtico y muy notable ocurrido en la India con motivo de la sentencia de muerte de un reo cuyo pelo encaneció antes de la ejecución.

Otro caso muy parecido también tuvo lugaı en Belfast.

El admirado y querido poeta francés ***Mr. A. de Lamartine*** refiere el caso de ***María Antonieta*** de que hemos hablado arriba.

Sir. J. Paget habla de que una señora sujeta á ataques de jaqueca, en la mañana siguiente, á uno de esos ataqaes, manojos de sus cabellos habían blanqueado y parecían empolvados con almidón. Lo más raro de este caso era que el pelo volvía después á color natural.

El poder de las costumbres!

ANTES de conocer yo á París, ignoraba en verdad, el precioso objeto que en toda *La Belle France* usa la gente, para poder dormir, ó sea el tradicional *gorro blanco.*

Entre los franceses, hombres y mujeres, viejos y mozos, todos, todos, duermen con la cabeza cubierta y bien cubierta!

A veces me he imaginado que es á semejante práctica que debe atribuirse la calvicie, tan frecuentemente observada entre los descendientes de los antiguos galos. Acaso no me falta razón en la sospechada causa ocasional de tan feo defecto físico.

Cubrirse la cabeza es pues, inveterada y tradicional costumbre, como hay otras tántas entre los muchos pueblos de la tierra.

Algunas de esas costumbres son más ó menos bárbaras, aunque existan en pueblos de la más avanzada civilización; otras son, si se quiere, racionales; y muchas hay que nada las justifica ni porsupuesto las autoriza, ya sea moral ó físicamente hablando; cual sucede, por ejemplo, con los piés de las mujeres en China, que se les encierra en férreos zapatos para impedir que las hijas del *celeste imperio* tengan los piés grandes!

Una costumbre francesa que, en mi opinión, carece de razón de ser es el *maillotement*, de los niños de tierna edad.

Perdóneseme el galicismo en gracia á la pobreza de la lengua en que estoy escribiendo.

¿Qué objeto tiene ese *maillotement?*
¿Será como abrigo?
No es racional suponerlo......

Infelices chiquillos! So pretexto de que no se les deformen ó se les encorben las piernas en lo futuro, se las torturan envolviéndoselas desde los piés con largas vendas arrolladas de abajo para arriba, hasta el pechito; como si esas infelices criaturas fuesen trompos. Los pobres chiquillos quedan casi inmóviles, y trabajo, me lo imagino, debe costarles respirar libremente, pues que el diafragma está embarazado en sus funciones.

No creo que semejante costumbre se acuerde, experimentalmente, con resultados prácticos autorizados por la ciencia.

Sinembargo, esta costumbre existe y ha existido por centurias de centurias!

Hay pues, que tolerarla y seguir con ella, porque aquello viene de muy atrás; basta decir que fué costumbre de los tatarabuelos, y con eso está dicho todo.

¿Cómo romper, pues, con un hábito inveterado, por malo que él sea, si lo sancionan siglos de existencia? Tal es lo que sucede con ciertas prácticas en algunas religiones.

Eso constituye uno de tántos imposibles en este mundo; á pesar de la opinión de Napoleón I, quien creía que la palabra *imposible* debía borrarse de los diccionarios.

¡Qué autoritario hombrecito era el *Petit Caporal!* Todo quería dominarlo en el mundo, hasta las verdades inconcusas de la lengua.

Las imperfecciones que suelen presentarse en las extremidades inferiores de los niños, es más natural atribuirlas al raquitismo; ó como conse-

cuencia de una alimentación insuficiente; ó á veces á falta de aire y luz en habitaciones húmedas y frías............

Pero no creer que porque se le aten las piernesitas al chiquillo, se evitan esas, deformaciones ó desviaciones del tipo humano perfectamente constituido, según las leyes á que, se ajusta la Anatomía de formas.

La Naturaleza no comete errores, pero ni faltas, sino cuando no se llenan ciertas condiciones higiénicas; ella no es absurda, si se procede acatando sus precisas reglas.

No es menos chocante en París, la ciudad que se jacta de estar á la cabeza de la civilización europea, la costumbre muy admitida de exhibir en el zaguán, por horas y hasta por días, el cadáver de una persona muerta en la casa.

Los ingleses, no hay duda, en ésta como en muchas materias, son hombres puramente prácticos. Ellos están perfectamente de acuerdo con el viejo adagio español: *"El muerto al hoyo y el vivo á la hogaza."*

Referiré al lector lo que pasó no ha muchos años en uno de los hoteles de Londres, en que yo vivía, á propósito de un difunto.

El finado era mi vecino, hombre robusto como yo, mejor dicho, obeso y muy dispuesto á una congestión cerebral.

Una noche mi vecino fué atacado de esa grave dolencia, de la cual murió casi instantáneamente. Si hubo ruidos, yo no los percibí siquiera en toda la noche.

Al difuuto lo sacaron de su habitación tan prontamente y con tal sigilo, que los que habitábamos el hotel sólo supimos su muerte al día siguiente, á la hora de comer, por la indiscreción de

uño de los mozos que servía en el Restaurant.

Como dije más arriba, antes de que yo hubiese habitado la moderna Babilonia de estos tiempos, el simpático París, no conocía el uso del gorro de dormir, pero ni otro precioso mueblecito llamado en Francia *Table de nuit.*

A decir verdad, esos dos objetos se me han impuesto por la costumbre, doquiera estoy, como una necesidad imprescindible de mi errante existencia.

Después de haber contraído en Francia el hábito del gorro de dormir, á pesar de tántos años de ausencia de aquel lugar, me sucede que no puedo conciliar el sueño si no tengo abrigada la cabeza; más aún: tan pronto se me rueda ó se me cae el abrigo, vuelvo á la vigilia intantáneamente. *Quelle drolle d'habitude!*

Qué poder tan extraordinario ejerce la costumbre en el hombre!

Cómo se apoderan los hábitos de nuestra voluntan y nos esclavizan y subyugan á su capricho, á veces por toda nuestra vida!....

Se necesita, no hay duda, una gran fuerza de voluntad muy superior á nuestra flaqueza, y una gran persistencia ó energía á toda prueba, para vencer ó dominar un vicio ó una maldita costumbre.

Es necesario proponerse resuelta y decididamente cuando se trata de vencer inveterados hábitos, por ejemplo, algunos de entre ellos como el de la embriaguez, el no menos perjudicial y estúpido de mascar tabaco, y lo que es aun peor, fumar en la chocante y hedionda pipa, que llevan por doquiera.

¿No lo cree así el lector? Seguramente que sí·

No quiero pasar en silencio la razón por qué

llamé á la *Table de nuit* un precioso mueble; me esplicaré:

En Francia, donde me acostumbré al consabido gorro de dormir, fué también donde dí una aplicación suplementaria á esa útil mesita; aplicación que estrictamente no tiene, pues que su uso está reservado á algo que no debo nombrar.

Sobre esa mesa caben muy bien, á demás del candelero á que se le destina, una colección de periódicos, los que leídos en la noche, sin mucha atención, ni sérias ó reflexivas meditaciones, son un excelente medio para hipnotizarse cuando se ha adquirido la costumbre, sin tener que ocurrir al cloral, al opio, á la morfina, ó á otros medios que traen graves peligros, cuando se contrae la necesidad de usarlos como medio de procurarse el sueño ordinario, que á cierta edad huye de nuestro cerebro por alguna de tántas causas físicas ó morales, que no es de este lugar determinar.

La buena y útil costumbre de leer de noche, lo mismo que la necesaria de bañarse diariamente, disponen la humana organización y la preparan al descanso por excelencia, cual lo es, unas horas de tranquilo y reparador sueño. Esto se logra, sobre todo, cuando hemos procedido bien en nuestra vida y logramos el favor de poseer una tranquila conciencia.

¡Qué supremo bien!........

Hay una detestable costumbre que, por lo generalizada hoy, podría decirse de carácter universal. Hablo del hábito casi general entre las mujeres, de pintarse la cara, y cosa aún más chocante, entre ciertos hombres afeminados!....

La pintura del rostro choca y repugna, por al misma razón que choca y se detesta la mentira.

Una mujer pintada desagrada, como se re-

chaza en todas partes una moneda que tiene visos de falsa.

El hombre gusta siempre de la *verdad* y para él lo falso es despreciable, por natural é inevitable instinto.

De modo, pues, que no saben las mujeres, cuánto pierden con la pretensión de querer falsificarse un cutis que no tienen; unas cejas ó pelos donde no hay vellos, unos lunares que nunca han existido!

He conocido mujeres por la noche, que al mirarlas al siguiente día, no se parecían en nada á la dama que ví la víspera en un sarao ó en un teatro.

Tal era el cambio producido por el baño á la siguiente mañana, que aquel físico se había transformado, en pocas horas, en algo tan distinto, que no quedaba más semejanza sino la que impone la forma de la fisonomía.

Réstame hablar del *Tatuaje* del que no sé, en español, cuál es la voz equivalente. WEBSTER lo hace venir, en su excelente y admirable diccionario inglés, de un vocablo de las Islas de Taití, de donde pasó á la lengua inglesa y se escribre *Tatoo.*

En francés me parece que se escribe *Tatouaje.*

Sea como fuere la ortografía del vocablo, tal palabra significa la malísima costumbre, más bien de pueblos bárbaros que de gente de alguna civilización, de pintarse la piel de varios colores, los que se depositan por una hincada bajo la epidermis.

Tengo delante un libro en que existe el retrato de un salvaje de las *Islas Marquesas*, en el que no se vé en todo su cuerpo una pulgada cuadrada donde la piel no contenga debajo, ó se vea en ella la pintura que ha sido introducida; sin duda,

con la intención ó el deseo de parecer mejor mozo ó la vanidad de distinguirse entre los suyos !

Muchos pueblos, más ó menos bárbaros, ó por lo menos de muy vulgares hábitos, acostumbran ponerse esta especie de máscara que revela bajo orígen, y que puede suministrar á la administración de justicia la ventaja de presentarle fácilmente, signos y señales fisonómicas casi inequívocas, en el caso de que el *tatuado* sea autor de algún crimen.

La marca que deja en la piel el *tatuaje* es indeleble, nada la hace desaparecer ; ni con los vejigatorios repetidos ú otros medios violentos se destruye.

En Europa, como en América, sólo la usan algunos marinos ó mujeres de baja escala social ; pero en cierta parte de Turquía parece que se encuentra más desarrollada que en otras poblaciones de Europa.

Si tan fea práctica no trae á la larga quebrantos en la salud de los que la usan, por lo menos es chocante, y más de una ocasión me han manifestado algunos *tatuados*, el vehemente deseo de verse libres de semejante disfraz que, como antes dije, es indeleble !

Reformar las malas costumbres, ó sean aquellas que no tienen razón de ser, será siempre una urgente necesidad, ya que es de ese modo como se civilizan los pueblos ó mejoran física y moralmente los habitantes de una nación.

Con razón dijo MONTESQUIEU : *no es necesario hacer con las leyes lo que se puede hacer con las costumbres.*

Y en verdad que muchas leyes serían innecesarias para algunos pueblos, si á éstos pudiera cambiárselas ciertas inveteradas costumbres, que

como dije antes, el lograrlo parece uno de tántos imposibles.

Qué poder tan formidable es en verdad el de la costumbre!

Tanto el hombre como los animales se acostumbran á todo........

Ya acostumbrados, qué de trabajos cuesta el hacer que pierdan el hábito adquirido!

Al hombre que desde niño le ponen en el pie el calzado, después que crece no puede caminar sin él.

Lo mismo pasa con la mujer que desde la infancia la meten entre esa máquina compresiva que se llama *corsets.*

Cuando no lo tiene puesto y bien ajustado, la infeliz no se siente bien y ni caminar puede.

Esa confesión me la hizo hace años una señora inglesa en esta ciudad.

Y no pude menos que exclamar, ***qué poder el de la costumbre!***

El zapato es instrumento de tortura, á veces verdadero suplicio para los piés.

Así como los pendientes lo son para las orejas, á las que suelen deformar, según pese el aro.

El uso del calzado, no hay duda está justificado, pues sin él los tropezones serían mayores ó por ende más dolorosos, y los piés sufrirían mucho más si no tuvieran esa defensa.

Pero la perforación de las orejas es algo que no se justifica ó que no está en su punto.

Ya comienza á decaer su uso entre la culta sociedad inglesa y vendrán días, me lo imagino, que se verá esa moda como práctica que pasó para no volver más. Hay tribus indígenas que no sólo se perforan las orejas sino también los labios y la nariz, llevando constantemente algunos en

el agujero que se hacen un *punzante alfiler.*

Debe suponerse que tal costumbre no es primitiva, sino adquirida después que los conquistadores llevaron alfileres para América.

¿ Qué objeto hay en semejaute práctica ? Bien meditado, supongo que simple y llanamente es mera y muy bárbara costumbre !

El uso del calzado se ha generalizado y héchose casi universal, como el del vestido, aún entre las tribus salvajes de Africa y América, que antes andaban desnudas.

Hoy ya muchas se visten, aunque no del todo.

No hay duda que tanto el vestido como el calzado son útiles, no sólo por el abrigo que prestan sino también porque el pudor sufriría mirando aquella desnudez.

El uso del *corset,* no hay duda, es perjudicial á la mujer y convendría suprimirlo.

Pero, ¿ quién le pone el cascabel al gato? Mujer sin corset, jamás lo consentiría !

Un buen calzado es una gran cosa, cuando no molesta, cuando el pie se siente acomodado, lo necesario para caminar fácilmente; ese zapato no tiene precio. Pero ay! si es lo contrario, qué mortificante sufrimiento el que produce una bota que roza, hiere ó constriñe el pie, como sucede con frecuencia !

Hay mártires que sufren por los piés !

Unos por el deseo de aparecer con los piés pequeñitos, otros porque el zapatero los condena por su inhabilidad á dolores atroces.

No hay la menor duda de que el sombrero es un magnífico abrigo contra el frío ó las insolaciones, y personas hay que no se lo quitan ni en la casa, para no acatarrarse.

Pero, cuando no se ha usado el sombrero des-

de la infancia, el hombre vive perfectamente sin que le moleste el frío ni el calor.

Eso sucede en Londres hace muchos años con los alumnos de uno de los más célebres colegios de aquella ciudad.

Por imposición testamentaria del fundador de dicho colegio, los jóvenes que allí se educan no deben usar sombrero para nada en la vida, y se acostumbran de tal manera, que nunca lo llevan, ni les hace falta.

Todo por el poder de la costumbre, como dice el vulgo, y es positivo.

La costumbre hace ley.

El peligro está, pues, en acostumbrarse mal y en, como acontece con frecuencia, no poderlo evitar!

Hay costumbres detestables que chocan ó perjudican.

Una–entre éstas–la de escupir!

Tal necesidad no tiene razón, es sólo hija de de un mal hábito perjudicial á la salud, pues que esa saliva que se arroja hace falta para la digestión. De ahí algunos casos de dispepsia.....

Sinembargo, el escupidor no puede prescindir del hábito ó costumbre contraído, muchas veces por imitación, y escupe siempre y á todos lados ensuciando á veces las alfombras más ricas ó estimadas.

Otra costumbre generalizada en el mundo entero, perjudicial é invencible, es la de fumar.

El fumador, con pocas excepciones, no abandona el vicio ni aun sabiendo que ya tiene una úlcera cancerosa entre la boca!......

Hay embusteros que ni por equivocación dicen *verdad!* Tal es el hábito que tienen de mentir!........

Ese funesto vicio se trasmite de padres á hijos. *¿ Es atavismo de raza ?*

Yo no lo sé ; pero sospecho que es hábito contraido desde la infancia oyendo á los padres mentir.

Otra costumbre que se contrae en muchas casos por imitación ó por herencia, es la inclinación al *hurto !*

Hay ladrones, me decía mi padre, que cuando no hallan que coger acaban por robarse á sí mismos !....:

El inglés es hombre que fácilmente se acostumbra !

Aquí un ejemplo :

Años atrás me refirió el propietario de una taberna, que un viejo que acababa de salir de allí, hacía quince años que diariamente iba á emborracharse con *Whiskey !* Era costumbre que no podía vencer ! Y así como van los hombres también van las mujeres !

¡ Qué detestable costumbre !.....

Feliz aquel que, abochornado por algún vicio de los que impone la costumbre, puede dominarse y hacer frente al casi invencible poder que ella engendra !....

Ese hombre ó mujer, es uno de los héroes que más merece aplausos, pues la lucha consigo mismo es batalla que no todos libran y cuyos vencedores tienen que ser muy grandes *caracteres* para lograr triunfar !

Londres, 1890.

La Petite Madeleine.

NO hace sino bien poco tiempo, que me embarcaba en la Guaira para venir á Londres. En el mismo vapor viajaban también dos venezolanos, á quienes tuve el gusto de conocer á bordo.

Uno de ellos era el Sr. S. N. LLAMOZAS, tan conocido en Caracas como notable pianista, arte en el cual con frecuencia sobresalen los venezolanos. Este caballero Llamozas, muy estimable por cierto, se hizo á bordo el más interesante de los viajeros, debido eso á su rara habilidad en mover los dedos y producir sobre el teclado acordes y sublimes armonías que le atrajeron la general simpatía de aquellos á quienes él deleitaba, por las noches, cuando se sentaba al piano.

El número de pasajeros de ese viaje fué bien escaso; contra la costumbre no se aumentó en las Antillas, de donde suelen entrar algunas familias que de allí se vienen al Viejo Mundo.

Durante la travesía el tiempo se mantuvo espléndido, pocas ó muy escasas lluvias se vieron, y la brisa si no favoreció en gran manera la marcha del viejo vapor, tampoco fué obstáculo para acortar su marcha que, de paso sea dicho, no era mucha que digamos, si se le compara con los modernos vapores que hacen viajes de Nueva York y viceversa, entre los cuales hay algnnos que atraviesan el mar en casi seis días y horas.

En ese feliz viaje, entre los pasajeros de Martinica. iba una familia compuesta de un militar

francés, su señora, dama bretona, una graciosa y simpática hija cuya edad apenas sería de siete para ocho años: ***La Petite Madeleine.***

Aquella chica llamaba la atención de todo el que la veía, no sólo por su infantil belleza sino también por su viveza extremada cuando se le oía hablar.

A mí me pasó con ella lo mismo que á los demás, tánto, que me constituí en casi un segundo padre de aquella simpática criatura, y la cuidaba á bordo como si fuera mi hija.

Para conquistar el afecto de los niños, no hay cosa más socorrida, como se sabe, que el ofrecerles frutas, dulces ó juguetes; y aunque éstos últimos no los había á bordo, no faltaban exquisitas frutas tropicales.

Los niños no niegan el cariño jamás á hombres ó mujeres que les regalan dulces ó frutas.

Ellos tienen, como los animales domésticos, un secreto instinto para conocer las personas á las cuales son simpáticos; con esas personas fácilmente se dán ó se hacen amigos; ese innato instinto les enseña que deben ser esquivos con aquellos que no gustan de los muchachos.

Lo mismo pasa si se estudian un poco los instintos y costumbres de los animales domésticos. Los perros, los gatos y hasta los caballos no hacen amistad fácilmente con ciertas personas! ¿Eso por qué? ¡Por instinto!

Los muchachos tienen también algo que los asemeja con las mujeres, ó mejor dicho, las mujeres tienen parecido con los niños, en ciertos gustos é inclinaciones.

Para conquistar el afecto de algunas ó de casi mucha parte de las mujeres, no hay programa más realizable que aquel que consiste en ofrecer-

les á cada paso, y de distinto modo, variados regalos ó presentes!

A casí todas las mujeres les encantan las joyas, las seducen el lujo y los buenos trajes, y las obligan mucho los obsequios, los poseos por el campo, las asíduas atenciones como manifestación de cariño que se les profesa.

Un anillo de preciosas piedras, un rico aderezo, etc., ó lo que es mejor, un cofre bien lleno de prendas valen más, para las hijas de Eva, como presente, que el regalo de una productiva finca.

Un hombre muy corrido en el mundo me decía una ocasión, á propósito del asunto:

¿Quiere usted que una mujer le pertenezca? Póngale en su tocador perfumes, en sus dedos anillos y en el cuello perlas, brillantes ó esmeraldas.

Ninguna se niega!....

Tan absoluto juicio no lo acepto; pero la verdad es que sí hay mucho de cierto en la afiirmación.

¿Por qué las joyas dominan en la aspiración de la mujer?

Muchos creerán que es por el valor que encierran esas prendas.

Mi opinión no es del todo exacta.

No debe olvidarse que la mujer tiene algo del niño, y entonces casi es un angel; pero cuando ya no tiene esas femeniles ó naturales aspiraciones, y sí monstruosas ambiciones políticas ó belicosas aptitudes, ha degenerado: ya no se asemeja con los muchachos, para convertirse en un ser indefinible, que casi la confunde con un humano monstruo.....

A la verdadera mujer la dominan los regalos y el cariño del hombre.

Otro tanto se puede decir de los niños.

Se quiere que un chiquillo sea amigo de un viejo?

Nada lo seduce tanto como que éste le ofrezca confites ó frutas?

El niño vende su cariño al que sabe comprárselo con cosas que él admira, como me decía una dama francesa en París, que ella no entregaba su corazón sino al hombre que sabía decirle *des petits mots gentilles!*....

La petit Madeleine de que antes hablé, como niña al fin, la seducían las frutas y yo tenía buen cuidado en ofrecerle cuantas podía á trueque de verla contenta y de que hablara algunas palabras conmigo, pues, como buena muchacha, prefería jugar con los demás chicos á conversar con un viejo que sólo podía ofrecerle frutas y útiles consejos.

Inquieta ó brincando más que un cabrito, con frecuencia se caía, ó se daba estupendos golpes en los juegos con otros chicos.

Tan pronto como yo la veía en peligro corría hacia ella, la amparaba y le daba consejos para lo futuro; ella recibía mal mis advertencias ó me replicabaque, no siendo yo su padre, no debía aconsejarla y sí dejarla en libertad para jugar.

Excenas de esa especie se repetían á diario y ni ella hacía caso de mis prudentes y desinteresadas amonestaciones, ni yo me molestaba por sus repetidos desaires.

Así pasaban los fastidiosos días á bordo.

Un día, á fines del viaje, la madre que veía el interés que yo mostraba por su hija, me proporcionó el placer de oir una conversación entre ellas, en la que pude estudiar la índole é inocencia de aquella criatura que hablaba como si fuera una niña de quince ó más años.

La chica no sabía que yo la estaba oyendo, pero sí la madre, quien me veía y se torcía de la risa.

Entre madre é hija tuvo lugar un diálogo que, en síntesis, fué como sigue:

—Dime, Madeleine, quién te dió esas naranjas?

-Oh! mamá, ¿tú no lo sabes? Pues ese viejo gordo que come enfrente de tí!. . .Oh! sí, es verdad. Todos los días me guarda de cuantas frutas hay en la mesa para después dármelas de rato en rato.

—Eso te prueba que él te quiere bien.

—Yo también lo quiero, *palabra de honor*. Ese buen viejo se porta bien conmigo.

—Bien, Madeleine: ¿tú te casarías con ese señor?

—Y ¿por qué no? El me quiere y me da todas las frutas y galletitas que tiene y los dulces que trae á bordo. Ya ves que él me cuida como tú! Pero algunas veces ese pobre viejo es estúpido! Siempre me está regañando cuando corro sobre el puente. Yo no le hago caso y por más que le digo que él no es mi padre, sigue en sus regaños hasta fastidiarme. ¿Tú no lo crees? Siempre me grita; *Madeleine! tu va te faire du male.* Sinembargo, eso no importa *chere mama!*

Para esa niña casarse era regalarle frutas, cuidarla, trocarse en un segundo padre.

Cuánta inocencia!

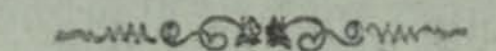
Ese mismo lenguaje en una chica de mayor edad se habría tomado por coquetería.

Pues al oirla discurrir sobre si debía ó no casarse supondría cualquiera que ella entendía el significado de lo que quiere decir matrimonio, ó

sea la palabra que para muchas mujeres encierra todo lo porvenir ó la felicidad con que sueñan!..

El resto del viaje fue feliz y, ya en Burdeos, cada pasajero se desembarcó para separarse de los compañeros de viaje á quienes es posible que jamás vuelvan á ver en este mundo de miserias múltiples y de impresiones para los que viajan.

París, 1889.



Una corrida de toros.

LOS hijos se parecen á los padres, no hay duda! El antiguo adagio lo tiene dicho hace centurias: *Tales padres tales hijos!*

Los *yankees* se parecen á los ingleses, como los suramericanos son hijos legítimos de los españoles.

Los *yankees* se complacen en ver un par de hombres desfigurarse la cara á golpes, hasta que al fin uno de los pujiles cae moribundo en la arena, de donde suelen levantarle ya cadaver.

Por parecida causa los suramericanos se deleitan presenciando una corrida de toros á la española, para mirar á veces á un torero ensartado en las astas del toro, ó á éste caer desfallecido después de haber recibido seis ó más estocadas por el *diestro*, que no supo matarle al primer golpe.

Esos goces, digan lo que quieran los progresistas *yankees*, hieden á *salvajismo*, y tan bárbaro es apostar entre ingleses ó americanos al puño de un robusto púgil, como *inhumano* es mirar á un hombre repartiendo estocadas á una bestia enfurecida, que ni sospecha que la atacan con armas ocultas.

Yo no comprendo que pueda haber diversión en ver caer herido mortalmente á un torero que no fué bastante ltsto para escapar su cuerpo á la cornada con que el toro lo ataca. Ni creo que pueda haber goce más salvaje como el que ofrece un

caballo que el toro le ha echado á fuera las tripas.

Tampoco tiene nada de placentero mirar caer al toro herido mortalmente por el espada que sabe bien su oficio.

Casi todos los pueblos de la tierra han tenido sus pasatiempos ó sus *sports*, sirviéndome del vocablo inglés tan puesto á la moda en estos tiempos.

Si se recuerda á los antiguos romanos, viene á la memoria el circo con sus feroces gladiadores. Aquello era una verdadera batalla al arma blanca, en la que cada combatiente se ocupaba de matar á cuantos podía, para de esa manera conservar la vida si salía ileso.

Aquella horrible carnicería estaba autorizada por la Suprema Autoridad, y tenía por objeto divertir al pueblo romano, haciendo que se matasen los prisioneros de guerra á quienes los Emperadores acordaban la libertad si salían vivos del circo.

Entonces era uno de los medios de buscar popularidad los aspirantes á altos empleos, el ofrecer al pueblo una matanza en el circo, lo cual se obtenía comprando unos esclavos, de los cuales siempre existían buenos depósitos entre los especuladores, para venderlos en su oportunidad.

Tan inhumana diversión duró en el pueblo romano mucho tiempo, y era fiesta aceptada y muy concurrida por la aristocracia y demás clases sociales. Llegó la pasión de ese *sport* á tal grado, que al fin no sólo eran gladiadores los esclavos vendidos en almoneda, sino que también lo eran los hombres importantes de Roma, motivo por el cual un Emperador romano prohibió á cierta clase social el que bajasen al circo.

Cicerón fué uno de los que más atacó la *gla-*

diatura y logró disminuir el entusiasmo por el circo.

Grecia, debe decirse, entre los antiguos pueblos civilizados, era el que gustaba de un pasatiempo que le hizo y le hace honor. Los griegos tuvieron sus *juegos olímpicos*, que eran un espectáculo culto, si se les compara con lo que fué el *circo romano* ó con lo que es hoy la bochornosa *plaza de toros* en España, ó la *arena* ó el *circo* donde se bate el pujilista inglés ó el americano.

Aquellos *juegos olímpicos*, que ya hoy se trata de revivir, eran algo mucho más culto que una plaza de toros. Allí todo era cuestión de ejercitar las fuerzas ó poner en juego mayor habilidad en nadar, correr, saltar, bailar y otros ejercicios más que es siempre útil conocer.

No era aquello cuestión de ganarse *miles de pesos* por haber medio matado á un pobre diablo que se creía un fuerte titán, ni era tampoco cuestión de degollar un toro que embiste ciego al hombre que le torea. Entre los griegos lo que se iba á ganar era el honor de poseer una *corona de olivas* que le daba derecho al respeto y consideración de sus compatriotas,

Esos juegos olímpicos se fundaron, si mal no recuerdo, en honor de *Júpiter Olímpico*, y en ellos, para organizar los combates según he leído, tomó parte *Licurgo*, el gran *Licurno*, como lo dice *Homero.*

Como los combates, las luchas y otros ejercicios tenían lugar delante de muchos espectadores, los triunfos se apetecían más que si hubieran pasado en privado.

De todas partes de Grecia concurrían á presenciar aquellas diversiones. las que tenían lugar

cada cuatro años, ó mejor dicho, el primer mes del quinto año.

Se comprende ó se explica perfectamente el placer de presenciar una *corrida de caballos*, en la cual, como en la *carrera de los hombres*, apenas hay peligros que puedan ocurrir, salvo algún accidente imprevisto, pero en una *corrida de toros* es muy común que se viertan porciones de sangre humana, y cuando esto no sucede, el animal que es más útil al hombre es el que la vierte, ó es el toro, al cual se le aguijona hasta que embista, para que grite y aplauda un público ebrio, ancioso de ver correr la sangre de alguna de las víctimas, de las que forman el personal del sensacional espectáculo.

Es tal la familiaridad con la desgracia, á que se acostumbran los espectadores de una plaza de toros, que una ocasión pregunté á una niña de siete años qué era lo que más le había agradado de la corrida, y me contestó: *la muerte!*

Como suramericano, no seré yo quien diga que el espectáculo de torear deba prohibirse, pues comprendo que aquello tiene su mérito que no pnedo negar, pero sí opino que la muerte del toro ó las heridas del caballo del picador, es *algo* que no anda muy de acuerdo con la índole y costumbres de las *modernas sociedades.*

Derramar la sangre por mera diversión es tan inhumano que choca, bien sea en el *circo romano* ó en el de los *pujiles* ingleses, como lo es también en las *galleras* ó en las *casas en Londres*, en que se ocultan *les amateurs*, para ver los perros peleando, arrancarse las carnes á pedazos.

Hay muchos pasatiempos para el hombre, en los cuales se divierte, sin que para ello sea necesario que otros seres sufran ó sean sacrificados,

cual sucede en la plaza de toros en España.

Es estraño que siendo España vecina de Francia, allende los Pirineos no se vean toreadores, sinembargo de que no faltan feroces toros en la patria de **Napoleón** y de **José Botella.** Allá he visto yo toros tan peligrosos que bastaba pasar por cerca de ellos para que se fuera encima al momento. Lo mismo pasa en Inglaterra, donde estuve en peligro de ser atropellado por un animal de estos al atravesar una heredad.

De modo, pues, que no creo sea porque en España el ganado sea más feroz, por lo que los españoles se desvivan por esta distracción; algún otro incentivo, sin duda, en que tal vez entra en mucho la índole de los españoles, entusiastas amigos de los mayores peligros, cosa que les viene desde la *Caballería andante*, que combatió Cervantes.

Está probado que no es la *plaza de toros* escuela para moralizar, ni dar *maneras cultas* al público que concurre. No así las representaciones en el palco escénico, las que, si están bien dirigidas y representadas las piesas, á la vez que alientan el espíritu, dau el buen ejemplo y educan en cuanto á las maneras cultas, corrigiendo faltas y defectos sociales. La plaza de toros, por el contrario, pervierten los sanos y buenos instintos á la vez que los niños que concurren á ella asimilan su lenguaje y maneras á las poco envidiables, que usan y emplean los hombres que se exhiben en el redondel.

He visto chiquillos jugtndo á los toros, en que unos se hacían la ilusión de ser toreros y otros servían de toro; el lenguaje que empleabau esos chiquillos daba asco y las heregías que se decían chocaba oirlas en esos infantiles labios.

Originalidades en el arte de la Tauromaquia.

Actualmente recorren las ciudades españolas dos mujeres toreras, las cuales ganan una renta anual cada una, mucho mayor que el *modesto* sueldo de los Presidentes de los Estados Unidos. Esas toreras tienen una entrada de $ 75.000 al año.

Se calcula que en la patria de Cervantes hay quinientas corridas al año; en esas corridas mueren mil doscientos toros y como 6.000 caballos que entran al redondel vendados, para que no huyan de los cuernos del toro, y que pagan con su vida el placer de los que gustan de esa diversión.

Las toreras que tánto están llamando la atención, no son de orígen español, nacieron en Brandenberg de Alemania.

El apellido de esas heroinas que desafían la muerte delante del toro, es Pretel. En sus primeros años fueron muy pobres, pero la plaza de toros las ha hecho ricas y hoy tienen en la vecindad de Madrid una hermosa Villa que se dice está ricamente amueblada.

Ellas solo reconocen en su arte como superiores á Mazzantini y Reverte.

Estas notas las tomo de *The World* de Nueva York, de 25 de Julio de 1897,

Copio en seguida un cablegrama enviado de España para América, dice así:

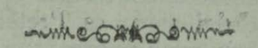
Madrid, Octubre 18 de 1897.

La Regente recibió ayer al Rey de Siam. El séquito del Soberano siamés manifestó el deseo de ver una corrida de toros, pero se le informó que

tal espectáculo había sido suprimido del programa de las festividades en su honor, para no herir las susceptibilidades religiosas del rey. En seguida el monarca siamés dijo: "Me gusta el toreo, mi religión solo prohibe la muerte de la bestia".

Qué dura lección esa para los que se divierten viendo morir las víctimas de una plaza de toros!

Caracas—1900.



Crueldades de la Tisis.

EN una fresca mañana de Noviembre de 1888, tomaba yo el tren de *Victoria Station* de Londres, desde donde me dirigía á Francia con el propósito de pasar algunos días en París.

Llegamos al puerto de *Newhaven* con algún atraso; de allí, al salir del tren, hay que echar á correr hasta entrar á bordo, para poder encontrar puesto en el salón del vapor, donde pasar las dos horas de travesía del canal, en cuyo viaje suelen marearse los pasajeros y hasta aquellos marinos acostumbrados á navegar.

En aquel viaje no fuí muy afortunado que digamos, pues cuando entraba encontré que no había lugar en la sala donde quedarme, por consiguiente subí sobre cubierta á darme paseos para calentar la sangre hasta que llegásemos á las costas de Francia.

Así lo hice, conservando un buen calor, gracias á mi gabán que era doble y á mi balletón escocés que pesaba algunas libras.

El puente, como pasa á menudo en el invierno, estaba sólo, apenas se veían paseando en él uno que otro inglés y sentadas en un pequeño banco estaban una *lady*, á su lado una joven, verdadera *beanty*, de esas que en Londres no escasean.

Interesado por aquella simpática belleza de sólo quince primaveras, de ojos de cielo azul intertropical, de rubia y poblada cabellera, de cha-

pas tan rosadas, cual las sabrosas manzanas de Normandía, mi vista cometió involuntariamente la indiscreción de mirarla y de fijarse varias veces en aquella preciosa joven, cuya expresión de *profunda melancolía* la hacía más interesante para mí; muy particularmente, cada vez que la veía con esos intermitentes quintos de tos, que son *reveladores* de la existencia de tubérculos en los pulmones.

Yo la veía con lástima, con la compasión que inspira una joven atacada de mortal enfermedad en la mañana de la vida, cuando todo es ó debiera ser halago, todo placeres, ó debiera sonreir un porvenir de ricas y fantásticas ilusiones....

Siempre he creído que morir joven es la mayor crueldad del destino; por eso opino que el joven que se suicida está loco de remate. El *tedium vite* sólo es explicable en el anciano, cuando el transcurso de los años ha ido arrebatándole una á una las ilusiones, y se convence que la *esperanza* es una quimera que huye siempre.

Después de haberme dado algunos largos paseos sobre el puente, noté que la señora que acompañaba la joven me miraba con cierto aire de marcado interés y llegué á suponer ó pensar que podía estar celosa creyéndome enamorado de la *infeliz tísica.*

Por tal motivo me abstuve, por algunos minutos, de volver á mirar aquellos lindos ojos, á las dos inglesas, las que por sus trajes se comprendía bien claro que era gente de posibles. Pero como acontece en la vida frecuentemente, que por actos involuntarios ó inconcientes se falta á veces á propósitos honrados, yo volví á mirar la joven en momentos en que la oía toser. ¿Cómo evitarlo? Me habría sido imposible!

La inquieta señora no pudo ya contenerse y en muy buen francés me dirigió la palabra para preguntarme qué le debía hacer á su sobrina para calmarle aquella tos que no la abandonaba.

Me acerqué al banco y, pidiéndoles mil perdones, le exigí que me repitiese la pregunta.

Ella así lo hizo.

Sorprendido, le manifesté que extrañaba lo que me había preguntado!

A lo que me replicó:

—No lo extrañe Ud., pues por sus miradas á esta joven, yo comprendo que debe ser médico".

Le confesé que no era errado su juicio. De allí en adelante entramos á departir como si nos hubiéramos conocido desde muchos años atrás! Esas improvisadas amistades solo ocurren viajando, y son más frecuentes en los viajes por mar que en ferrocarriles.

Pronto supe por la dama, que tanto ella como la chica hablaban siete lenguas, entre ellas el alemán, el francés, el castellano, el italiano y porsupuesto qué el inglés.

La conversación, como es natural, giró sobre la quebrantada salud de la joven londinense, tratándose de averiguar que podría hacerse para que escapara á la fatal enfermedad que, como se veía yá bien claro, la amenazaba tan cruelmente.

Convencido, hace ya muchos años, de lo *impotente* de la ciencia á este respecto, tan sólo me limité á preguntarles para dónde iban.

Me contestaron que iban á invernar á Niza, lugar donde el frío es menos intenso que de ordinario en Londres.

Mi opinión fué que no se debía perder tiempo, y que en lugar de Niza debían partir para los Estados Unidos, ya fuése para que habitasen en el

Colorado, ya en las elevadas montañas *Adirondac*, donde es fama que los *tísicos* se conservan por muchos años, lo que, por ahora, es cuanto se puede obtener de ese mal.

A la tía comprendí que le desagradó mi consejo; pues con aire de enfado me dijo, que á otro hermano de la chica dos años antes se le había enviado á Nueva York y desapareció de la misma enfermedad con más rapidez que si hubiera permanecido en Londres ó Inglaterra.

Yo le expliqué que Nueva York es, acaso, para la dolencia de los pulmones, un clima tal vez peor que el de Inglaterra; pero que no era lo mismo el *Colorado*, clima montañoso muy benigno y en el que, por el enrarecimiento del aire, el pulmón parecía mejorar notablemente del padecimiento en cuestión.

Por la misma señora supe que la afección de la joven era una dolorosa herencia de familia, que no habían modificado ni los más minuciosos cuidados médicos, ni los consejos de la higiene, ni los viajes por distintos lugares ó naciones ni la separación de los demás hermanos, que ya antes habían ido sucumbiendo por tan cruel como tenaz dolencia.

Decir todo cuanto hablamos en aquel buen rato de muy agradable conversación, sería asunto serio; pero, no he olvidado que dicha *lady* me declaró, que ella había escapado á las torturas anuales del reumatismo ó sea la *gota* de los ingleses, pasando los últimos 20 años de su vida, ya en Madrid, ya en París, ya en Niza ó en Burdeos, ya en fin en Bruselas, Islas Canarias ó Portugal.

La chica cada vez que me dirigía la palabra, era para suplicarme, en tono casi filial, que le indi-

cara un remedio para aliviarse de aquella *necia tos* sin espectoración.

Qué *apuros* en los que me ponía!

Aun conservaba gran robustes; ya supondrá el lector que mis palabras eran todas de una *esperanza* en que no creía, cuando me pedía un remedio.

Sin duda que el lector sabe los que es la *Tisis*, pero si lo ignora, en muy pocas lineas se la describiré:

Es la dolencia que en las grandes ciudades tiene mayor predilección por la juventud de ambos sexos. A ésta la enflaquece y consume en poco tiempo, haciendoles toser noche y día. Una fiebre lenta la devora, acompañada de abundantes sudores que aumentan en la madrugada, como si la venida del día con su natural fresco, produjera en los atacados de ese mal un efecto contrario, que en las personas sanas.

Enfermedad que principia por frecuentes catarros, y concluye por la más horrible de las supuraciones del pulmón, del cual se arrojan pus y sangre por libras. Días antes de ponerse fin á la existencia de esos pacientes, creen ellos ó se hacen la ilusión de suponer que están curados; es justamente cuando se precipitan hacia la tumba!

¿Qué diabólico engendro puede producir efectos tan extraordinarios en los jóvenes, como también en algunos viejos.

Cree el alemán doctor *Koch* que es un *bacilus!* el cual flota en el aire ó está disuelto en la saliva de los pacientes, en sus espuios, en el sudor que tiene fetidéz especial, y hasta en la sangre que se arroja frecuentemente de los pulmones.

Eso explica la contagiabilidad de esa dolencia y por ende, lo universal que se ha hecho y si-

gue haciéndose doquiera habita el hombre, y sea cual fuere el clima!!

¿Cómo evitarla? Aislando á los tisicos en hospitales especiales, así como de antiguo se aislaron los leprosos, á la vez que evitando que tengan hijos. Ese es acaso el plan *más científico.*

Al fin aquellos cuartos de hora del viaje, me parecieron pasar más ligero de lo que transcurren cuando uno está en el mar, y pronto se divisó á Dieppe.

Como de costumbre, cada cual recogió su maleta para irse á tierra sin despedirse de nadie, porque así se practica diariamente en aquellos cómo dos vapores.

***

Cinco meses después, me paseaba una tarde en la estación de *Charing Cross* de Londres, cuando ví venir hacia á mí una dama enlutada que parecía quererme saludar. Yo me detuve y al instante recordé la *sobrina enferma*, por la cual le pregunté con el mayor interés.

Con abundantes lágrimas en sus ojos me contestó:

Seh is dead! Ni ella me habló otra palabra ni yo tuve valor para más.

Nos dimos un leal apretón de manos y nos separamos, yo murmurando á solas: *crueldades de la Tisis!*

Londres, 1891.

En las horas de ocio.

ANTES de tomar la pluma me pregunté: *¿sobre qué materia podría escribir hoy en provecho del prójimo,* á la vez que ocupo las horas perdidas de tan largo pasar, en mi voluntario destierro?

Veo con disgusto que el asunto no es de aquellos que se resuelven con sólo el deseo!

En países extraños, como en el que me hallo, los temas de la política militante casi pierden su interés; de ahí que nos impongamos la neutralidad cuando vivimos en el extranjero *los hombres que tenemos* PROPIA ESTIMACION.....

De manera que dada mi situación ¿qué hacer con el fastidio?

Pues escribir me ordena la ociosidad, ya *que ella es madre de todos los vicios!*

Acaso sea oportuno un ENSAYO CRÍTICO sobre la conversación familiar, me dije, aunque comprendo que no me asisten los elementos para tratar la materia á fondo, como desearía, entrando en minuciosidades ó detalles que ella requiere, ni el tiempo abunda mucho. Pero, manos á la obra, ya se verá lo que salga al fin.

Sin duda que es la CONVERSACION el resultado más portentoso de los inventos humanos.

Así tenía que ser, ya que la formación del lenguaje articulado ó sea el hablado por el hombre, es en verdad una ***maravilla*** que ha debido costar á los tatarabuelos incesante labor, tra-

bajo y dificultades casi invencibles, á la vez que correcciones, para evitar errores, en una labor que ha durado sabe Dios cuántas centurias transcurridas, para que la humanidad pudiera entenderse por medio de la palabra hablada, ó sea, como dicen los latinos, el *verbum.*

La prensa de Nueva York, la inglesa y la de Francia, han publicado la nueva, *de que actualmente un profesor americano se empeña en las espesas selvas del Africa, en sorprender el lenguaje de los monos, lo cual parece haber logrado ya, según lo refieren los* DIARIOS.

Esto no tiene nada de extraño, en mi humilde opinión; pues que si los seres de la escala inferior tienen ideas, como es natural que las tengan, es muy justo que también tengan un medio de trasmisión, cual lo es el lenguaje. De modo que no me parece fábula aquel curioso estudio de un *Lord* ó noble inglés, quien pretende demostrar *que las hormigas hablan* y se comunican lo que sienten.

En verdad que sin el lenguaje no se comprende lo que habría sido del hombre sobre la tierra.

La humanidad muda!

Qué horror, Dios mío!

Hablar pues, sin duda que es una gran cosa; pero hablar bien es cosa mejor por supuesto y en extremo rara.

Muchas personas se imaginan que hablan una lengua cuando los que les oyen con atención les entienden lo que dicen, no sin algún trabajo. Por supuesto, que suelen decir cosas que no debo repetir al público que lee.

Eso en los extranjeros es excusable, ellos tienen casi derecho para cometer faltas, pues se comprende que no á todos les es dado hablar correctamen-

te lenguas entrañas.

Otos suponen que basta saber las reglas de la gramática para poder hablar, conversar ó decir, cuanto se necesita en la vida; esta suposición no siempre es verdadera; porque el hablar bien, como el escribir correctamente, es obra del *arte*, y así como no es pintor todo el quiere serlo, sino aquel que tiene disposiciones; así no son buenos *habladores* sino aquellos que tienen ese dón del *Verbum.*

Los que carecen de tan raro privilegio cometen á menudo faltas que no siempre encuentran quien las excuse, si fastidian demasiado al que les oye.

Todavía hay más en el asunto de la conversación. Muchas personas suponen que les deben tolerar, aun hablando delante de señoras, las interjecciones indecentes que intercalan entre frase y frase con tánta frecuencia, sin duda fué por ello que **Dumas** padre, en una desus *comedias bufas*, puso en bcca de un personaje de la pieza, el que afirmara á una Dama francesa, que para hablar castellano muy bien solo se necesitaba saber pronunciar la *interjección mayor* que tánto usan los españoles cuando están hablando!

No falta quien pretenda que las tales interjecciones dan más fuerza al discurso, ó que, por lo menos, le sirven de aliño ó condimento á la *conversación !*

En qué grave error están los que así piensan! Tales faltas son en general imperdonables, muy especialmente entre gente bien educada. La cultura no tolera esas faltas.

Recuerdo que cuando era muchacho siempre me fué grata la compañía de los viejos; si eran gente instruída, con **mayor razón.** Cuán cier-

to es que siempre hay algo que aprender con personas de experiencia ya entradas en años!

Cada vez que se me presentaba la oportunidad de platicar con los *mayores en edad, saber y gobierno*, no despreciaba la ocasión. De esa manera casi aprendí de *viva voce* la historia de mi patria, que en los libros no corre completa, y á la vez estaba al corriente de la *crónica escandalosa* que corría de boca en boca y que nadie se atrevía á publicarla por razones que el lector comprende fácilmente.

Entre los varios sujetos con quienes me gustaba pasar un rato de conversación se contaba Juan Vicente González, de gratos recuerdos: hombre de buena chispa era aquél, á veces cáustico y hasta agresivo, quien poseía muy cultivada inteligencia, acompañada de una muy peculiar originalidad de carácter.

Aquel hombre sabía la vida y milagros de todo Caracas, conocía á los hombres públicos de Venezuela, como si los hubiera tenido entre sus manos; y refería sus **bellaquerias** ó truhanadas sin rebozo, cuando se le picaba punto. Cuanto los hombres públicos, debía conocetlos muy bien; *puesto que había militado en todos los partidos políticos de Venezuela.*

La conversación con frecuencia recaía sobre la política militante, lo que era muy natural que sucediera, si se piensa que se la mantiene **candente** toda la vida, ó de *otoño* á *otoño*, cual me decía un compatriota á quién acostumbraba reñir su mujer por celos.

Juan Vicente González, á pesar de conocer, como el que más, la hermosa lengua de Cervantes, la hablaba no muy bien que digamos; su pronun-

ciación era defectuosa, tenía voz de tiple y ponía acentos donde no los había.

El decía *óido* por oídó; *bául* por baúl, *áuja* por aguja, y así varias palabras más que no recuerdo ya; pero que estoy seguro muchos contemporáneos las recuerdan en Caracas.

Todo eso era perfectamente tolerable en aquel original amigo, en gracia á su sobresaliente ilustración; pero lo que sí no podía yo sufrirle, á veces, al polemista temible era, que, en la conversación me intercalaba un *¿ Tú me comprendes ?* que no venía al caso ni tenía razón de ser! Con frecuencia acontecía que le interrumpía para advertirle.

Señor mío: Ponga Ud. á un lado su eterna pregunta ***¿ me comprendes ?*** ella está de más.

Era an vano advertírselo....

Recuerdo muy bien que el consumado gramático no se corrigió jamás, que yo sepa, de aquella maldita costumbre.

Así somos los hombres! Incorregibles casi siempre......

Genio y figura, dice el refrán, *hasta la sepultura.* Eso es verdad.

Hace cerca de treinta años, como quien no dice nada, abandoné á Venezuela para venirme á Europa. Cuando vivía en Francia, conocí un cónsul español; que á cada pausa de la conversación decía *¿ Está usted ?*

Varias ocasiones inquirí del peninsular qué significaba aquello de *¿ Está usted ?* y nunca pudo darme razón satisfactoria de su necia pregunta.

Descuido, distracción, decía.

Me pareció, sinembargo, notar en aquel original sugeto, que se acentuaba más y más en él

una decadencia muy pronunciada de la memoria, ó sea esa gran **maravilla** de las funciones del encéfalo. Aquella necia pregunta, siempre repetida, acaso tenía por objeto ganar tiempo para recordar lo que debía decir y que se le escapaba.

Eso me imaginaba, eso debió ser; ya que es bien poco lo que se sabe de la manera de manifestarse las alteraciones en las peculiares funciones cerebrales.....

Otro ejemplo que recuerdo perfectamente es el de un catalán comerciante. De eso hace ya 20 años y me parece que pasó ayer.

Cómo pasa el tiempo y que veloz corre la vida sin que nos apercibámos!

La palabra favorita con que me fastidiaba aquel gran parlanchín era un **ya! ya!** cual si él hubiera nacido en Alemania, ó vivido mucho tiempo entre tudescos.

Corregirle aquel defecto fue empeño vano.

Mencionar los vicios ó faltas de los franceses cuando hablan, acaso no sea oportuno ó de este lugar; pero baste saber que los tienen y *muy notables* algunas, como no les faltan á los *yankees* y á los *ingleses.*

En donde quiera se cuecen habas, dice el antiguo refrán español.

A mi paso, años atrás, por la Isla de Cuba, muy pronto noté algo que me sonó mal en el oído cual es, que allá no pronuncian las *eses* finales de las palabras. Qué chocante es eso, mayormente hasta en gente que parece haber recibido educación.

En Venezuela, como en Nueva Colombia, el pueblo y aun la gente educada, tienen sus acentos y sus estribillos para hablar, especie de *pie-*

dra de toque que delata en el extranjero la respectiva nacionalidad.

No hay caraqueña que de buenas á primeras no le salga á uno, cuando está hablando, con un *guaaa!* Esa es una admiración demasiado empleada por mis compatriotas. ¿De donde viene el *guaaa?* Yo no puedo decir

Las neo-colombianas, cartageneras, tienen tan cogida otra admiración por el estilo, que emplean á veces demasiado; esa admiración la pronuncian así: ***jeee, jeee, jeee,*** pero se escribe de otra manera.

Cuando se les oye por primera vez, el oído se resiente de aquellos ***jeees,*** tan largos y sostenidos.

Sinembargo, no, es este el punto más saliente al tratarse de la conversación cuotidiana con *cartageneros netos.*

Tanto ellos como los que habitan el interior del país, ó sea la cordillera, tienen múy pegado el uso entre proposición y proposición y á veces entre más cortos períodos, de unos ***Noes*** que no vienen al caso.

Un ejemplo acaso dará más cabal idea de lo que digo y que tánto me llamó la atención en la ***conversación*** familiar. Copio textualmente, de oídas, se entiende, un diálogo entre amigos!

"Anoche fuimos al Parque, ***no?*** Allá vimos á usted, ***no?*** Mi señora quiso hablarle, ***no?*** Pero no supimos cuando se marchó usted, ***no?*** Y lo sentimos mucho, ***no?***"

Bien se nota que allá abundan los ***noes***, como en otros países los ***sies***. Por fortuna la costumbre vence los imposibles y el oído se habitúa

al fin.

¿A qué cosa no se acostumbra el hombre? Más es cosa rara! á pesar de chocarme ese mal hábito, yo también me he contagiado y se me salen los **noes** con alguna frecueucia, sin que pueda evitarlo!

En el Estado de Antioquia tienen otra palabra predilecto que por do quiera la sueltan, que á fuerza de intercalarla de contínuo llegan á ser cansados ó monótonos los distintos períodos de la **conversación**. *Se diría que aquellos señores no necesitan de signos ortográficos.*

Es una reforma que pueden llevar á cabo, como llevó el Presidente Núñez su Reforma política.

La tal palabra es una inflexión del verbo **oir** que repiten siempre en tono de pregunta ó en medio de dicción. Muchas veces salen con un **oye? oye?** que es un no acabar!

A veces me he dicho para mis adentros! *si creerá este sujeto que yo soy sordo. Si así fuere el error es mayúsculo.*

Ese **oye, oye,** es también bogotano y caucano....

En Panamá es otro el estribillo; la locución favorita es, **si pues;** locución que repiten mucho.

Tengo la opinión de que ese **si pues,** es de importación peruana, de la Patria del literato célebre, más *celebre* por haber renegando del **Padre y Salvador del Perú,** título que le fué dado al General **Bolivar** después de haber vencido el numeroso y envalentonado ejército español que allá existía, el cual no pudo destruir **San Martín.**

Otros Colombianos, cuando hablan, repiten y repiten ***sabe! sabe!*** Esto lo he notado nada menos que en el *ilustre poeta*, autor del ***Qu' sais je*** Admirable composición de una duda filosófica que cautiva el espíritu y que descubre notables dotes de claro ingenio, por desgracia ya agotado por la vejez, ó acaso por *ambiciones políticas nunca satisfechas....*

Sin pensarlo, me he ocupado más de lo que creía de la ***Conversación familiar.*** Acaso sea oportuuo que agregue algo sobre la ***Filología*** de la lengua Castellana

*
* *

Hace algunos años que, encontrándome en esta ciudad, una de esas casualidades felices puso entre mis manos una antigua ***gramática española*** que rodaba entre los viejos libros en venta de una tienda de atiguedades, que tanto abundan en esta metrópoli.

En esa vieja gramática se leen unas notas manuscritas, en inglés, que, dada su importancia no puedo menos que tomar copia, ya que se refieren á la lengua castellana.

Dice así la primera:

"La lengua española ó castellana según el prefacio de la Gramática de la real Academia española está, formada de la lengua fenicia, de la griega, de la gótica y de la árabe, con la agregación de otras palabras más, la última derivada de aquellos que á la fuerza entraron en el país por el poder de sus armas, ó que fueron allá con fines comerciales, como sucedia con los transeuntes; pero la raíz de la lengua es latina, en su mayor

parte. *Spania* ó España es voz fenicia cuyo significado es *conejo!*....

Parece que cuando los fenicios llegaron allá como colonos, encontraron que el país estaba por donde quiera plagado de conejos."

Otra nota que allí existe, está tomada de una gran autoridad, no sólo como distinguido economista, sino también como uno de los más notables historiadores europeos. Es como sigue :

"La gutural pronunciación de los españoles es la germánica pronunciación de los visigodos. Opinan los mismos españoles que su lengua se formó durante los 300 años de la dominación visigoda A. D. 409. Fué evidentemente el resultado de una mezcla del alemán con el latín, la terminación de las palabras en la última lengua han sido contraídas. El árabe después la enriqueció con gran número de palabras y expresiones que conservaron su extranjero carácter, en medio de una lengua derivada del latín etc. Esta circunstancia, no hay duda, ha tenido su influjo en la pronunciación de la lengua."

"El español es más sonoro y más lleno de letras aspiradas y acentos que el italiano : hay algo de mas digno, firme é imponente, al mismo tiempo que posee menos flexibilidad y precisión. En su grandeza á veces es oscuro y su pompa no está excenta de ser *bombástica*. Pero no obstante estas diferencias, las dos lenguas pueden aun ser miradas como hermanas y el pasaje de la una á la otra es ciertamente fácil." J. C. L. SIMONDE DE SISMONDI. (Vista historica de la literatura de- Sur de Europa.)

"El castellano es notable por sus claras y sonoras vocales, la hermosa articulación de sus síla

bas tiene gran afinidad con el italiano, en medio de la eufonía de las sílabas castellanas, el oído se sorprende sin embargo con el sonido del alemán y del árabe gutural; el cual es rechazado por todas las naciones que hablan lenguas en las cuales predominan el latín." *Richard Wadhouse Shwa.*

Para poner fin á mi disertación sobre la **conversación familiar**, que he extendido demasiado, recordaré unam uy espiritual anécdota:

Se refiere de un eminente escritor francés, distinguido lingüista, el incomparable **Voltaire**, crítico superior en *filología*, cuyo juicio pesa mucho para que no se le tome en consideración, que habiéndosele pedido su opinión respecto de las principales lenguas europeas, contestó:

"El francés es el lenguaje de los caballleros; el italiano el de las señoras; el inglés el de los pájaros; el alemán el de los caballos y el español el de los Dioses."

Invitado á que diese explicación á tan singular opinión, dijo:

"El francés lo considero como el lenguaje de los caballeros, por aquello de su virilidad, cortesía y términos galantes; el italiano, el lenguaje de las señoras por su suavidad y sonidos vocales, tan adaptables á sus cadenciosas voces; el inglés el lenguaje de los pájaros por sus tonos silbados que corresponden á sus notas y por ende á las canoras aves; el alemán, el lenguaje de los caballos por sus sonidos guturales, más en consonancia con dicho animal; el español, el lenguaje de los Dioses, por aquello de su solemne dignidad y grandeza á la vez que condescendiente y bondadoso, lo bastante para entenderse con los inferiores."

Londres, 1890

De viaje siempre.

De Colombia á Nueva York.

HACE cerca de un año que me embarcaba en Cartagena para ir á Nueva York, en compañía de un joven cartagenero, de muy buena familia, quien estando enfermo, ibase á Norte América en busca de salud.

Yo no estaba contento, porque dejaba á Colombia en plena revolución y es bien sabido que cuando principia la guerra civil en estos países sur-americanos, nadie puede predecir cuándo acabarála **matanza** de hermanos con hermanos!

¡Qué azote tan terrible es LA GUERRA CIVIL; no me explico cómo hay *hombres* que la provoquen!

El viaje, á pesar de ser en el mes de Octubre, fué muy feliz, pues jamás he viajado con mar más tranquilo. Ni una nube, ni siquiera vientos fuertes encontró el barco en su travesía desde Cartagena hasta que fondeó en el puerto de la gran Metrópoli americana.

Mientras estuvimos en las aguas de Nicaragua,-digo *aguas*, porque no ví por todo aquello una sóla casa que indicara ser el puerto,-una lluvia menuda humedecía el puente del barco. Allí descargó el vapor gran cantidad de víveres americanos, y noté, no sin pena, que la carga que recibió el barco á bordo no era gran cosa. Un poco de *goma elástica*, unos *cueros de res* y otros artículos más, cuyo valor no alcanzaba á cubrir el de

la mercancía que se había recibido. Todo aquello no valía gran cosa.

Presencié algo que llamó mi atención, y fué que unas Señoras inglesas que venían para á bordo, lo hicieron dentro de una caja de madera, la cual izaron con el aparejo de descargar, como si se tratara de un bulto cualquiera.

Aquello prueba que aún no existe allí un muelle, que al fin se construirá si, como se asegura, los americanos llegan á abrir por allí el canal que ha de unir los dos Oceanos.

Poco tiempo después seguimos para Costa Rica, á donde no tardamos en llegar.

Esta nación sí tiene un buen puerto, donde se palpa que hay movimiento comercial y que ese Gobierno no ha descuidado ni el mejoramiento ni el ornato público de esa ciudad, ya que *Puerto Limón* tiene un bellísimo *Parque*, tan esmeradamente cultivado y tan bien cuidado, como no lo tiene la ciudad cuna del GENERAL BOLIVAR, padre de cinco Repúblicas de la América latina.

Puerto Limón es una ciudad puramente nueva, muy bien trazada, con anchas calles y con un *Mercado* que le hace honor; allí se encuentran las frutas de las zonas ardientes y frescas. Allí ví las famosas *chirimoyas*, que son las más apetecibles frutas de estos climas de la América española.

El embarque de plátanos, que es ramo importante de aquel comercio, se hace al favor de una máquina de vapor, que pone á bordo millares de racimos de ese fruto en pocas horas; operación que sería muy dilatada, si se hiciera á mano, lo que comprendo costaría mucho más caro y dilataría más.

El pueblo de Costa Rica es laborioso y honrado.

El cultivo á que más se dedican es el del café, cuya exportación es notable, si se tiene en cuenta la poco numerosa población de esa República, en proporción con el número de quintales de ese grano que anualmente exporta para Europa y Estados Unidos.

Poco tiempo estuvimos en aquel puerto ; luégo seguimos á Jamaica y de allí á Nueva York.

Muy pocos pasajeros íbamos en aquella ocasión, de manera que había pocos con quienes hablar.

Tuve algunos ratos de conversación con un *yankee* que había pasado muchos meses en Honda, de donde salió para Barranquilla. Por su desgracia, en esos días estalló la *revolución* y los que se alzaron asaltaron el vapor en que iba el *yankee*, el cual lograron cojer, no sin sangre, los *macheteros* que entraron á bordo con tan chocante arma de guerra.

Cuando el *yankee* me refería el episodio del asalto del vapor se impresionaba y me hacía comprender que el susto que le dieron no fué pequeño.

Le pregunté si tenía intención de regresar á Colombia.

Me contestó, *que por ningún dinero!*

Se comprendía que no le gustaba encontrarse en los *retozos democráticos* de Colombia.

En Jamaica duramos poco tiempo, Esa Antilla no me es simpática. Tal vez me choca, porque sus moradores, en opinión de mucha gente, *no son buenos.*

A sus negros se atribuye en Colón los repetidos *incendios* porque ha pasado dicha ciudad, la cual queman para poder robar á sus anchas los grandes almacenes, que siendo de madera, fácil-

mente entran en combustión y, ya incendiados, roban sin que nadie se los impida.

Recuerdo que años atrás quise saber cuántos criminales tenía la prisión de Colón, y pedí al carcelero que me diera un detallado informe sobre el número de presos que allí había, para mis apuntes de viaje. Él así lo hizo.

De dicho *informe* resultaba que existían en la cárcel como ciento y pico de criminales, entre ellos, *noventa y pico* de *jamaicanos*, por el delito de **robos** más ó menos escandalosos.

De manera que esa cifra demuestra que son *dados al robo* los hijos de Jamaica; habrá sus excepciones; de seguro, pero aquella es la regla!...

En Jamaica la población es casi negra, y si se ven blancos, en su mayor parte son europeos ó de otros países. Allí no creo que prospere el comercio ni la *agricultura*; viven del cultivo de frutas.

Tan pronto como el vapor entregó la correspondencia que llevaba á bordo para Jamaica, siguió su viaje para Estados Unidos. Antes de llegar se detiene muy poco tiempo en unas Islas, que llaman *Afortunadas*; allí dejan una partida de *marineros*, que forman parte de la tripulación del barco. Esa tripulación se compone de negros muy robustos y altos, y en los puertos se emplean para la descarga y carga de mercancias que trasporta el barco.

La mesa del vapor no era buena, si se piensa en el valor del pasaje, que es caro; pero no debe olvidarse que siendo muy limitado el número de pasajeros, por fuerza no podían dar *suculentos manjares;* otro tanto hay que decir del servicio á bordo que no es lo que uno deseara que fuera.

Cuando uno va acercándose al puerto de Nue-

va York, las impresiones de todo lo que se ve son gratas; desde luego el gran número de naves, unas que se van, otras que entran, tienen que influir en el ánimo del recién llegado, que no está acostumbrado á ver tan raro espectáculo; cuanto más se acerca el barco y se ven aquellas costas, hoy cultivadas, las que dos centurias antes estaban desiertas, naturalmente viene la reflexión de que todo aquello que se está viendo es el fruto de la ***inmigración***, que es allí protegida por las leyes que aseguran al hombre la *libertad de conciencia, la de industrias* y le garantizan el derecho de *propiedad*, al amparo deuna Administración de justicia bastante correcta.

Nueva York de lejos es admirable; como golpe de vista, y crece esa admiración cuando se recuerda, lo que era aquella *Isla* al prineipio del siglo XIX, en que apenas habia en aquel terreno *escaso número de casas*, que no llamaron la atención de un viajero alemán entonces, sino para criticar á sus habitantes, de *semi-salvajes*, según lo refería el General **Francisco de Miranda.**

Parece que ese viajero, al que le habían ponderado la vasta instrucción del General **Miranda,** quiso conocer al *ilustre caraqueño*, y se hizo presentar á él.

Miranda lo recibió cortermente; pero le manifestó con la franqueza que le era propia: *que él era ó pertenecia á la América, á la que usted ha tratado tan mal, llamando á sus habitantes semi-salvajes.*

—¿Pero Ud., Coronel, se habrá educado en algún Seminario europeo replicó el germano.

—**Nada de eso,** dijo el venezolano, LO QUE UD., ENCUENTRA EN MÍ ES LO QUE SALIÓ DE CARA-

CAS AÑOS ATRÁS.

Hace yá treinta años que por primera vez llegaba á Nueva York; entonces fue tal la impresión que me produjo mirar la bellísima ciudad, que me atreví á pronosticar en un artículo de periódico, que 20 años más tarde dicha ciudad sería superior á Londres y también á París.

Casi no me equivoqué en mi pronóstico. Yo llegaba á la capitolina ciudad desde París, donde la guerra franco-prusiana me había obligado á abandonar la Francia.

Nueva York mejora constantemente. Después de mi primera visita á ese gran centro del progreso americano, la he visitado en mis viajes tres veces más y en cada uno me parece que el Nueva York que encuentro, no es el mismo que dejé algunos años antes.

Qué creciente progreso, qué adelantos encuentro!

Abísma contemplar los cambios que se notan, los adelantos realizados en pocos años de ausencia!

YA EN LONDRES.

A fines de Febrero de 1900 abandonaba yo precipitadamente á Londres en busca de salud.

Un tremendo desvelo me atormentaba; el sueño había huído de mis párpados hacía ya siete días seguidos con sus noches.

No podía reposarme; ya casi deliraba!....

Así como para muchos, comer es vivir, para mí dormir es el todo de la existencia.

Sin sueño no hay salud, no hay nada.

En tal situación pensé en París, donde encuentro el sueño que me hace falta en Londres, como ya me ha sucedido otras veces.

Muy de madrugada abandoné el lecho para preparar mi viaje, sintiendo que la fiebre aumentaba. Cuando eran las cinco de la madrugada mis baúles estaban listos para la partida; aunque me quedaba algo que casi no cabía, preferí abandonar aquellos objetos á recomenzar una nueva operación de acomodarlos.

A las siete de la mañana, hora en que hacía un frío siberiano, bajé del tercer piso en que vivía, para tocar á la puerta de la patrona y advertirla que me marchaba y pedirle mi cuenta.

Sorprendida la viudita escocesa no le agradó mi resolución; pero, para no quitarle sus esperanzas de cogerme algunas libras más, le dije que *me ausentaba sólo por una semana yendo á París, de donde regresaría en seguida.*

Pronto el criado me sirvió mi frugal almuerzo, pagué mi cuenta, y á las 8 le decía: *Búscame un coche que ha de llevarme á Charing-Cross, la estación de donde parten los trenes más rápidos entre París y Londres.*

Así fué; á las nueve partió el tren con una gran cantidad de pasajeros, muchos de ellos ingleses, que se comprendía iban al Continente, *no como turistas,* sino como militares que se preparaban para ir al Africa á pelear con los BOERS.

Si á los británicos les interesaba llegar á PRETORIA, á mí lo que más me importaba ***era verme en París lo más pronto posible.***

El viaje, como de costumbre, fué rápido; el canal estuvo admirable en tranquilidad y muy pronto llegamos á tierra francesa.

Al verme en Francia, sentí un bienestar como

si hubiera tomado un narcótico mandado expresamente para mí por el *Dios Morfeo.*

Mientras prepararon el tren en la estación pasaron algunos minutos, tiempo que empleé en observar wagones, los que encontré de un lujo inusitado en los antiguos ferrocarriles de la Francia; y me dije: ESTO QUE ESTOY VIENDO ES SIGNO DE PROGRESO Ó DE RIQUEZA, QUE ANTES NO EXISTIA, CUANDO EL IMPERIO.

Partió al fin el tren.

En ese viaje me aconteció lo que en mis viajes por Europa y América jamás me había ocurrido. ¡Cosa extraña!

Apenas en marcha, sentí que me dormía y dormí por más de dos horas seguidas!! Qué felicidad! Al despertar estaba curado: mi situación había cambiado, mi cabeza estaba despejada, mi cerebro funcionaba bien. ¿Qué me había hecho dormir? ¿Sería el aire del mar? ¿Sería la vista de la tierra francesa? Yo no lo sé ni lo comprendo.

Las impresiones que de los Estados Unidos llevaba en mis recuerdos al llegar á Inglaterra, no le eran favorables á la vieja Albión. El adelanto de la América, sobre todo de NuevaYork, me tenía sorprendido; y la idea que desde hace años tengo sobre el viejo mundo, había sido plenamente confirmada á mi regreso á Londres, que siempre me ha parecido la primera ciudad de Europa. ESTE CONTINENTE, me decía, ESTÁ EN DECADENCIA.

Encontré á Londres muy triste; sus calles llenas de nieve y lodo, parecían abandonadas por el Municipio; no se veía el gentío que de contínuo discurre por sus plazas ó avenidas, y en el semblante de sus moradores se leía fácilmente que en el Africa del Sur se estaban cumpliendo cosas

que no eran muy favorables á las armas inglesas.

Las personas con quienes hablaba estaban bajo el peso de una melancolía persistente, renegaban de la malhadada guerra en que *Chamberlain* había metido al Imperio.

Todo lo que se veía, todo lo que se oía, todo lo que se leía, era asunto de guerra; y la guerra no es situación de jovialidad, ni de contento, entre los hombres; mucho menos si se piensa que el orgullo inglés estaba apocado con los varios reveses de su ejército. **Derrotas** dadas por un puñado de valientes que defendían su Patria.

*
* *

Es tan pintoresco el suelo francés, por doquiera tan cuidadosamente cultivado, que el ojo no se cansa de mirar la variedad de paisajes que van apareciendo á medida que la locomotora va trazando sobre los rieles caprichosas curvas, en un camino casi sin accidentes peligrosos, cual lo es aquél. Larga es la distancia, pero no se apercibe uno de ello, debido á lo variado de los panoramas y agradables golpes de vista.

Al fin llegamos á París, después de seis años que no había pisado la nueva Babilonia. Allí la impresión fué distinta, de la que experimenté al desembarcar en Londres. París siempre *alegre*, siempre *risueño*, siempre *bello!*

Siempre lleno de atractivos!..........

Me sorprendió ver mucho edificio nuevo, muchas casas refeccionadas y un movimiento y un bienestar general, que indican que aquella ciudad, como la capitolina ciudad de Nueva York, sigue en rápido progreso cada año que pasa, cada día que transcurre.

París está bellísimo; si Napoleón III volviera á la vida, no conocería la ciudad que principió á embellecer su Prefecto Hoffman....

Como me lo prometía sucedió: la noche primera que pasé en París fué un sólo sueño, desde que me acosté, hasta que la claridad del día vino á anunciarme que era necesario levantarse para pasear un poco por las calles, sobre todo, por las orillas del Sena, en donde se encuentran los edificios de la actual EXPOSICION DEL FIN DEL SIGLO, como la llaman los franceses.

Las Exposiciones se repiten tánto, que á mi modo de ver las cosas, ya no llaman mucho la atención. En todas hay mucho nuevo; pero también mucho conocido ó viejo, para hablar claro.

París, no hay duda, ha mejorado mucho; asombra la diferencia que nota el viajero entre lo que era París en los años del Imperio, y lo que es la ciudad actual, en que gobiernos republicanos han hecho por la Francia y con especialidad por París, esfuerzos laudables, para hacer de la capital de la República un ***Edén*** en que nada falte.

Cuanto el extranjero necesita lo encuentra en París; sólo con una condición, y es, la muy sabida, de tener el bolsillo lleno de oro; porque sin esa condición se vive mal entre los parisienses.

Los pocos días que me prometía pasar en París los empleé, como buen tourista, en recorrer calles y barrios, que encierran un mundo de recuerdos de mi juventud; recuerdos *helas!* que me atormentan y casi me hacen llorar en mis horas de aislamiento.

También me ocupaba la lectura de la prensa francesa, donde seguía á diario las peripepcias de la campaña en el Africa del Sur entre ingleses y BOERS.

¿A quién no interesaba, para entonces, estar al corriente de lo que estaba pasando en la heróica patria de los BOERS? Ya para aquellos días la veleidosa suerte de las armas comenzaba á darle la espalda á los *colonos héroes*, que la justicia, el valor, y acaso el falaz consejo de algun *magnate*, habían armado en defensa de la Patria libre é independiente, que querían arrebatarles por el **bárbaro derecho de la fuerza!**

La guerra hecha á los BOERS, y el indomable valor de aquellos hombres, ha llamado universalmente la atención; porque el haber aceptado una guerra con el Imperio inglés, es el acto de más audacia que registra la historia en estos tristes y calamitosos tiempos.............
Tiempos en que se vió á un Mariscal *Bazaine* rendírsele á los prusianosc on 250.000 soldados que estaban bajo sus órdenes; en que se vió á la China, sometida y rendida ante un ejército japonés, que no era tan numeroso que digámos; en que se ha visto á Inglaterra, después de su tenaz resistencia para admitir el arbitraje en la cuestión con Venezuela, rendirse ante la voluntad del Presidente CLEVELAND, tan pronto como éste le envió una nota en forma de *ultimatum*; tiempos, en fin, en que el General *Blanco*, Capitán General de la Isla de Cuba, decía: **que saldría muerto ó vencedor** y se rindió con 200,000 soldados á un ejército americano que no llegaba á 20.000 hombres! Sí, tiempos como estos en que el Almirante **Dewey** después que tomó á Manila, trató muy mal al Jefe de un blindado alemán, y ese marino se contentó con abandonar el puerto sin siquiera **arrugar la frente al yankee!!**

En tales tiempos hay que admirar y sorprenderse de la patriótica conducta de los **Boers**,

pueblo de héroes que ha conquistado en la historia páginas **bellísimas** que le honran y que nada bien dicen de sus *poderosos vencedores*....

*
* *

París, en los últimos días de Febrero, estaba más bien húmedo que frío; había esa lluvia menuda y diaria que enloda las calles; pero que no moja tanto hasta retener los transeuntes *at home*. De modo que las avenidas, ó *boulevares* tienen gente bastante que pasea ó anda en pos de lo que le interesa.

Los automóviles han producido un efecto favorable al público que debe moverse en la ciudad. Digo eso, porque en los días que pasé en la metrópoli francesa, encontré que ya los coches de plaza no costaban tanto como antaño, ó que, por lo menos, los cocheros no eran tan inflexibles como antes. Ahora entran en un arreglo con el pasajero prescindiendo de la TARIFA, cosa que no sucedía años atrás.

La población de París, no hay duda, sigue aumentando notablemente; en pocos años será tan densa cual lo es hoy la de Londres. La circunstancia de encontrarse situada en el continente y de tener vastos terrenos de cultivo, le dan ventajas muy superiores para que la vida sea más barata en París que en Londres, donde todo cuesta muy caro y seguirá costando si, como hasta ahora, el Gobierno inglés se ocupa en *guerras con los demás pueblos*.

———

De París á Caracas.

Debiendo regresar á Venezuela, ya cerca el día fijado para la salida de los vapores, me fuí á la agencia de la Compañía trasatlántica; allí me encontré con un viejo empleado, á quien pedí los datos que me interesaban para mi viaje. Por mi desgracia, aquel pobre hombre con muy buena voluntad quiso informarme; pero le faltaba la voz, apenas podía pronunciar ciertas palabras, debido sin duda, á que tenía un cáncer en la lengua ó en la boca. Para no molestar más á aquel desgraciado, me despedí ofreciéndole volver cuaudo hubiera otro empleado que pndiera entenderse conmigo sin sufrir, como le acontecía á él.

Así fué: dos horas después estaba de regreso en la oficina, donde me recibió un joven francés, de esos que abundan tanto en París, el cual hablaba más que una cotorra hambrienta. Referir todo lo que me contó respecto á la compañía y sus famosos vapores, es cosa larga de contar y mí memoria no me ayudaría en tan ardua empresa.

No quise, de exprofeso, preguntarle cuál era el barco que debía partir; porque fuera el que fuera, de antemano sabía yo que no era una gran nave; puesto que los vapores que hacen el viaje de Europa á Colón no son malos, sino **peores!** Todos navegan en el mar con tan notable lentitud que parecen tortugas de tierra.

Poseedor ya del tiquete de primera clase, no pensaba sino en que debía abandonar ese París, que forma las delicias de los que lo han habitado por algún tiempo........

Así fué; esa noche tomé el tren que va á Burdeos. Ocupé asiento de segunda clase, siguiendo el consejo de un mozo del ferro-carril, quien me ase-

guró que se iba tan bien en segunda como en primera clase, y tenía razón.

La segunda clase de aquel tren es magnífica; se economizan no pocos francos, que pueden servir para otros usos, ya en el puerto, ya á bordo, donde no abundan las buenas naranjas tan indispensables á bordo.

***

Burdeos es una antigua ciudad, de habitantes en general muy atentos, muy corteses, y que tienen el tipo de la raza del medio día de Francia, trigueños y de regular estatura. Las mujeres son simpáticas y tienen atractivos para conquistarse novios.

Habité ese puerto en los últimos años del Imperio de Napoleón III; entonces había gran prosperidad, porque no existía la línea férrea que va á Pollac, la cual ha traído para Burdeos ruina y falta de movimiento, ya que ahora no llegan, como antes á los muelles de Burdeos, los grandes barcos que allá iban, los cuales daban animación y actividad á la población.

Ahora me pareció muy solo el puerto; es verdad que, como fué domingo el día en que estuve, no podía haber mucha animación. Sinembargo, paseándome en el *Jardín público*, paseo que es el más frecuentado del lugar, noté que había poca gente, cuando antes se llenaba de paseantes durante el día, y sobre todo, á la hora en que toca la orquesta ó banda que va á el paseo los domingos.

La ciudad se comprende que se ha extendido mucho, porque hay gran número de *edificios nuevos*; los límites de la población van mucho más lejos que antes.

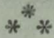
El teatro de Burdeos, con razón, goza de mucha reputación; es hermoso edificio, está situado en una plaza grande, de manera que se destaca atrevido ante el ojo del observador que lo contempla desde una larga distancia. Su situación lo favorece; como favorece al templo de la *Magdalena de París*, la especial situación en que se encuentra, para que resalten aquellas elegantes columnas que forman el gran todo del teatro bordelés y del simpático templo parisiense, á que concurre lo más á la moda de la nueva Babilonia.

El Jardín de plantas de Burdeos y *Les aller de Tourny*, son los lugares de paseo más frecuentados por aquella sociedad, en la cual hay gente indudablemente muy culta.

Como lugar de residencia tiene Burdeos su peculiar mérito. Allí la vida no es cara, y un buen apartamento en lugar central no cuesta ni la mitad de lo que cuesta en París; la mesa es barata, los alimentos inmejorables. Tiene buenos restaurantes y buenos cafés; como también abundan teatros y otros diversiones.

Sus hospitales son notables, como notables son sus colegios para educar.......

Tampoco carece de templos.



El lunes siguiente muy temprano, en coche me dirigía yo á la estación del ferro-carril que conduce á Pollac. Ya en este lugar, fué necesario esperar largo tiempo para que el tren saliera á su destino. Causaban el retardo unos gendarmes que iban para Martinica.

Como viajero práctico me instalé en un vagón donde distribuí mis maletas en distintos asientos,

para hacer creer á los que llegaran más tarde, que el cuarto aquel tenía varios pasajeros, y poder con tal artificio, viajar lo más solo posible.

Así sucedió; pocos fueron los que abrieron la portezuela con el fin de cerciorarse si había ó no pasajeros; entre ellos se presentó una **Dama** que me llamó la atención por su *rara belleza.*

A esa Dama, parece que le chocó mi persona y tiróme la portezuela con un gesto de desagrado. Me resigné al desaire, porque comprendí que á eso estamos expuestos los que no somos jóvenes. Hay que sobrellevar con resignación los inconvenientes de **haber vivido mucho**, como dijo **Timon!**

Pocos minutos después era un joven francés quien entraba; de hecho se sentó. Entramos en conversación y resultó, que era un empleado de Aduanas en el Tonkín, que iba á Martinica en asuntos del servicio. Con él hablé muy largo; informándome sobre el estado actual de la colonia aquella en que *tánto interés* puso el Ministro **Julio Ferry.**

Según los informes que obtuve, el Tonkín no es un país rico, ni tiene gran porvenir; pero á los europeos les ha entrado una fiebre *de colonización* en remotos lugares, que les ha costado mucha sangre y ya gruesas sumas de oro, y les seguirá costando por muchos años.

Según aquel empleado de Aduanas, la Francia no sacará gran partido de su colonia por ahora; porque como mercado, para las manufacturas francesas el país no tiene gran consumo.

Poco tiempo después de aquel buen rato de conversación, el tren se detenía; ya era tiempo, habíamos llegado al lugar en donde estaba fondeado el paquebot LABRADOR, barco que conocía de

antemano. Ese vapor tiene sus años; hace mucho tiempo que fuí en él á Europa; para aquella época no tenía alumbrado eléctrico; pero tenía muy buena mesa, de que carece ahora. Recuerdo un hecho que prueba lo que antes he dicho.

En aquel viaje noté que unos *pastelitos* que sirvieron en el almuerzo estaban muy bien hechos; para que el cocinero los repitiera al siguiente día, le puse en las manos una pieza de á cinco francos. Mi sorpresa fué grande, cuando me aseguró *que le estaba prohibido repetir un plato durante el viaje, según reglamento*; pero que el vería si podía complacerme días después........

Ahora, el cocinero *repite tánto*, tánto, que al fin de la jornada ya el estómago protesta contra la **repetición** de platos preparados con *conservas alimentícias*, que al fin cansan. La marcha del barco no es mayor que digámos, y cuanto al aseo y servicio del buque, no ha ganado nada, me parece, según mis recuerdos.

Los camarotes los tiene en el piso más profundo, de modo que cuando se llega á los trópicos, en la noche no se duerme, sino que queda uno sometido á un continuo *baño de estufa*. Ese es el vapor LABRADOR que tánto me *ponderaba* el empleado en la oficina de París.

A bordo del barco ya, comprendí que los pasajeros no éramos muchos: un grupo de gendarmes de caballería que enviaban á Martinica para someter unos trabajadores huelguistas que pedían aumento de salario; unos militares que iban para las Colonias francesas con sus familias. También se hacía notar un viejo clérigo jesuita, quien venía desde Francia á VISITAR los Seminanarios de Colombia. Estos eran los pasajeros que recuerdo, y además, la señora á quien tánto des-

agradó mi presencia en el wagon, cuando partió el tren de Burdeos, su esposo y otros sugetos más cuyos nombres no recuerdo.

EN MARCHA.

Ya en marcha el buque, comenzó un mal tiempo que duró todo el día, el cual llevamos hasta Santander ó un poco más lejos. En ese puerto se embarcaron algunos pasajeros. Por tres ó cuatro días hubo mal tiempo; sinembargo, casi la mayor parte de los pasajeros asistíamos á la mesa, lo cual probaba que el *mareo* no era dolencia que se imponía aún.

Más tarde, la navegación fue muy feliz y pudiera decir que el viaje no pudo ser más dichoso, hasta que un día, antes de llegar á Trinidad, la máquina sufrió una novedad que retardó al barco en su llegada, algunas horas. Pasado este accidente, ningún otro interrumpió la marcha del vapor hasta el puerto de la Guaira, donde fondeó una fresca mañana de Marzo.

Los que han hecho viajes largos saben de memoria que los días y horas de á bordo son muy fastidiosos. Lo mejor para remediar ese mal son buenos libros para pasar el tiempo, entre las horas de la comidas, única ocupación que propiamente tenemos durante el viaje.

Sin un libro á bordo yo no sé qué hacer; dormir, como hacen algunos, me es imposible, si no es de noche.

Perseguido por la ociosidad á bordo del *Labrador*, se me ocurió copiar de un periódico ilustrado algunos estudios de dibujo que allí había; con mi lápiz en la mano comencé á copiar cual si conociera el arte del dibujo.

Sentado en una de las mesas del salón me encontraba, cuando una voz femenina decía detrás de mí estas palabras:

—*Si yo supiera dibujar, me pondría á ello para matar el tiempo.*

Volví la cara á ver quién hablaba, y encontré que era la **Dama** que me tiró la portezuela del wagon, tres ó cuatro días antes, cuando salimos de Burdeos.

Por primera vez nos hablábamos, de ahí en adelante fuimos amigos.

Entonces la dije:

—Señora, LO QUE ESTOY HACIENDO LO PUEDE HACER UD.; jamás en mi juventud aprendí el dibujo, es ahora, YA VIEJO, cuando se me ocurre dibujar. A UD. COMO JOVEN, le será más fácil que á mí COPIAR UN RETRATO.

Aquellas palabras sirvieron de presentación, de allí en adelante seguimos hablándonos, como viejos conocidos.

¿Quién había de pensar entonces que aquella amistad, que nacía tan natural y espontáneamente, sería más tarde causa de una profunda pena para mí, que me haría derramar lágrimas á torrentes? ¡Yo, llorando!....quien en su vida lo ha hecho muy rara vez!... Ese es el hombre, y ese es el corazón humano. La vida es un misterio, y la muerte otro arcano que en vano queremos descifrar. Ah! Cómo pudiera penetrarse en el FUTURO, para saber qué suerte nos espera!....

Vano deseo; quimera vana!....

***

Mi regla para viajar es hablar lo menos posible con los demás viajeros; la experiencia me

ha enseñado que así me va mejor y sigo esa práctica hace años.

A bordo hablaba con pocas personas; entre ellas estaba la simpática DAMA, quien una que otra vez se sentaba junto á mí con su marido para conversar un rato.

Esa SEÑORA, como lo he dicho, era de una *belleza* notable; á la generalidad de los que veníamos á bordo les llamó la atención su físico perfecto. Tenía cara de ***Madonna Romana!*** Sus ojos, de un azul claro, grandes y expresivos, miraban con cierta languidez é inocencia, capaz de fascinar á los que la veían; su nariz era de forma recta, y la boca tan pequeña, como perfecta la dentadura. Tenía una hermosa cabeza poblada de pelo rubio que la hacía admirable.

Por eso cuantos la veían exclamaban con admiración:

¡Qué dama tan hermosa!

Si á esto se agrega que sus formas eran esculturales, de blancas y redondas espaldas, talle esbelto, manos aristocráticas y pie pequeño y bien formado!

La expresión de su mirada era inocente, candorosa su conversación, y de sus labios no salía una palabra dura, ni un equívoco que revelase malicia ó *arrier pensee*....

Tal era, en síntesis, la amiga que me encontré á bordo, la que, á pocos días de conocernos, la dió por llamarme su ***padre adoptivo.***

Confieso que esta paternidad no me sentaba mal. No podía desagradarme ser llamado ***papá*** por una *joven dama* que reunía los méritos de aquélla; de manera que la palabra *papá* sonaba en mis oídos cual cadenciosa poesía ó sonora música

El sentimiento de la paternidad, que durante mi no corta existencia había permanecido inactivo, desde aquel momento se despertó, y deseé efectivamente tener aquella chica por hija mía y tratarla como tál.

De manera que su idea encontró favorable acogida en mi pecho, ya que á nadie se le había ocurrido ser mi **hijo**, ó llamarme su **padre!**

¿Por qué me adoptaba como su progenitor? Para que lo sepa el lector, tengo que referir lo que ella me contó cuando aún estábamos á bordo del *Labrador.*

Antes de que **Atala** abandonase la Francia, fué á la casa de una de esas mujeres que *adivinan*, por medio de la *baraja*, el futuro ó el *destino* de quien les paga.

Parece que la *adivina* le anunció que tendría que viajar, y que en ese viaje se encontraría con alguien que la favorecería y la querría más que su *marido* ó su *padre*, si aún vivían. A mí me tomó por el hombre que le anunciara la *adivina*, y me llamó **papá!**

Las mujeres hermosas tienen admiradores donde quiera que van; á los hombres nos encanta ver y tratar á las *bonitas*. No así á las mujeres, pues cuando se encuentran con una que tiene el atractivo de la *belleza*, al instante le ponen defectos.

Esto tenía lugar con la hermosa **Atala** á bordo del *Labrador*. Las damas que la veían tan llena de vida, tan elegante, tan admirada, no podían sufrir que **ella** fuera la que más llamara la atención de los pasajeros y la criticaban y veían, como se dice, con *malos ojos*, ó sean los que inspira la envidia....

Gustaba **Atala** mucho del baile, tanto en el *Labrador* como en los hoteles y siempre que había

ocasión bailaba cuanto podía. La equitación le agradaba bastante. Pero su ejercicio preferido era la marcha; caminaba *millas* como si fueran metros, no arredrándola ni el terreno quebrado, ni los malísimos empedrados de estas ciudades suramericanas. Acaso al hábito de caminar mucho le debía su fuerza muscular, la cual sorprendía al verla levantar objetos pesados que no todos los hombres levantan.

Cuanto á educación, ***Atala*** no la tenía tan completa como pudo tenerla, puesto que era muy inteligente; mas, si se piensa que la madre que la crió no era rica, fácil es comprender que su hija no tuviera ciertos conocimientos, que se adquieren hoy por donde quiera, cuando se tienen recursos.

Sólo hablaba su lengua nativa, el francés; pero ya comenzaba á comprender el español y decía algunas palabras en este idioma, con una gracia admirable.

Aquella mujer que, por donde quiera iba, pasaba ó se detenía, oía de contínuo ponderar su extremada hermosura, no daba la menor señal de estar ***envanecida*** de su belleza, y cuando se fijaban los hombres en ella, se molestaba, porque suponía que la creían mujer de *carácter ligero.* En vano se le aseguraba que no tenía razón; entonces decía:

Qué idiotas! ¿Nunca han visto mujeres?

Los capitanes franceses consideran concluído el viaje trasatlántico tan pronto como llegan á la *Point á Pitre.* De allí en adelante el barco viene haciendo escala en las Colonias francesas hasta llegar á *Fort de France,* y desde ese punto á *Trinidad,* y puertos de *Venezuela* y *Colombia.*

Donde más se detiene el vapor es en *Fort de France*, para hacer agua y carbón. Se detiene dos días ó más.

En esos dos días se me ocurrió que no estarían mal empleadas dos horas en visitar un personaje exótico en estos pueblos americanos, cual lo es el negro Rey **Behamzin**, monarca destronado del *Dahomey*, quien fué hecho prisionero por el Gobierno de Francia y enviado á *Fort de France*, como están enviando á *Sta. Helena* á los **Boers**; porque defendieron la ***Patria libre é independiente*** que les legaron sus **progenitores**, hace más de una centuria!!

¿Qué hace el Monarca del Dahomey en la colonia? *Está confinado por tiempo indefinido!* Por fortuna para ese pobre diablo, el tabaco cuesta poco y á él menos; así se explica el que viva fumando aquel imbécil, los cigarros que le regalan.

Fuí á visitarlo en unión de ***Atala*** y su esposo; si he de decir verdad, el pobre negro no tiene fisonomía de cruel y asesino; pero los franceses le dan esta *malísima reputación.*

Acompañan al rey dos negras feas, casi desnudas; una de ellas va siempre al lado del *Monarca* llevando una escupidera en la mano, para que escupa su marido: la otra no sé que función llene.

La visita duró poco, como debía ser, tratándose de un Rey que todavía no sabe hablar francés, y que, como *buen Rey*, tiene el derecho de ser ignorante y zángano....

Cada vez que paso por Martinica viene á mi memoria la desdichada ***Josefina*** repudiada por el *moderno César*, tomando por pretexto la ***razón de Estado!*** Vaya con el *Petit Caporal.* El creyó vivía en los tiempos de la antigua Roma, se e-

quivocó ***joliment***, como dicen en Francia.

También recuerdo con placer que de Martinica era oriundo otro personaje *ilustre*, conocido en el mundo entero, no por haber hecho guerras y destronado Monarcas, sino por ser el Rey de la novela francesa : ***Alejandro Dumas***, padre.

Hace más de 35 años que conozco á Martinica, y en tan largo período de tiempo no he encontrado que mejoren esas Colonias.

No comprendo á qué causa deba atribuirse el malestar de esos pueblos, ya que en ellos no hay ***revoluciones constantes***, cual acontece en *Haití* y otras secciones de sur–américa, donde las guerras civiles explican la pobreza y decadencia que no debieran experimentar, si gozaran de la paz á que están sugetas las posesiones francesas é inglesas, en América! Las colonias inglesas, como las francesas, no prosperan, tampoco las holandesas!

De Martinica el vapor hizo rumbo á Trinidad, á donde llegó por la noche para dejar carga y pasajeros.

En la mañana siguiente seguimos á Carúpano, deteniéndose pocas horas en dicho puerto.

Nada puedo decir de su población ; porque á pesar de haber visitado el lugar varias veces, el barco fondea tan lejos que no á todos les agrada ir remando hasta llegar á tierra con un sol como el que se tiene en los trópicos.

Saliendo de Carúpano ya no quedaba más que la Guaira donde tenía que desembarcar, para asuntos que me interesaban personalmente.

SIEMPRE ES GRATO EL REGRESO A LA PATRIA. CUANDO VEO DE LEJOS LA SILLA DE ***Caracas***, y más tarde las colinas á cuyas faldas están MACUTO, la GUAIRA y MAEIQUTIA, me parece que me RE-

JUVENEZCO; porque vienen en tropel un cúmulo de recuerdos de otros años en que yo era feliz, y Venezuela gozaba de un bienestar que la política le viene arrebatando hace ya muchos años. ¿Cuándo cesará ese ***flagelo*** que desde 1848 azota á Venezuela?

Me parece que tarde ó nunca!

El vapor atracó sin dificultad y pronto estaba á bordo la Visita de Sanidad, acompañada de un intérprete noble, *que no es Venezolano!*...

Si antiguamente se corría el peligro de caer al agua cuando había mal tiempo, ahora hay un peligro mayor al desembarcar: tal es el de tener que caer en la agencia de un señor **Pereira Lozada.** HOMBRE TEMIBLE ES ESTE!....

El ha encontrado el medio de hacer pagar por el trasporte del equipaje de los pasajeros á la Aduana y de allí á la estación, **sumas de pesos** que no se **pagan** en ningún otro país del mundo!

Baste saber que por cuatro *baúles*, una *cómoda* y una *cama* de hierro, me sacó, incluyendo el flete hasta Caracas, **una morrocota!** Al regresar á la Guaira mandé el mismo número de baúles etc., y me cobraron **3 pesos por la carretera!**

Desembarcado en la Guaira, fuímos los pasajeros á la Aduana; allí pasamos por un ligero examen de los baúles y de allí á la estación del Ferrocarril, donde está el peligro del DESEMBARQUE. Por fortuna en este viaje me trataron menos mal los discípulos del Sr. PEREIRA LOZADA.

Ya en la Guaira y como NOBLEZA OBLIGA, invité á **Atala** y á su marido, para almorzar en el *Hotel Neptuno*; allí nos sirvieron un almuerzo puramente venzolano, con su *mondongo*, sus *aguaca-*

tes, carne frita, chocolate, frutas y las *arepas*, que no gustaron á mis comensales, pero en cuanto al MENU les pareció bastante bueno.

El resto del día lo pasamos viendo las calles de la Guaira, donde nada hay que ver; sobretodo, para viajeros que llegan de los grandes centros de población del Viejo Continente.

A la hora de partir el tren ya estábamos allí rendidos de las fatigas que da el calor cuando se camina en aquel horno.

Afortunadamente el tren nos sacó pronto del lugar y yá en el camino, la rapidez de la marcha y la elevación de la montaña, nos calmó, en parte, el efecto del sol de los trópicos.

La línea férrea entre Caracas y la Guaira es una obra notable, tratándose de caminos de hierro; *con razón se sorprendió M. de Lesseps*, al ver aquel BELLO trabajo de ingeniatura. Mayor es su mérito cuando se recuerda que, dudando los *ingenieros ingleses* llevarla á su término, los INGENIEROS VENEZOLANOS tomaron á su cargo la EMPRESA y poco tiempo después Caracas veía llegar á su estación el tren que se esperaba hacía ya tiempo.

Transcurridos ya muchos años de estar la línea abierta al público, á pesar de los peligros que se corren por lo atrevido de la construcción, *aun no se lamenta accidente grave!*

La ciudad de Caracas sorprendió agradablemente á la joven Dama francesa, la que se había imaginado que la capital de Venezuela debía ser una población como la de Martinica, con sus viejas casas de madera, calles sucias y todo en mal estado. Pero cuando se encontró en la plaza de Bolívar y vió los edificios que la forman y sirven de límite á la tal plaza, comprendió que existe al-

guna diferencia entre la Antilla y la ciudad cuna del **Libertador.**

Poco más ó menos pasaron en Caracas tres meses **Atala** y su esposo, esperando fondos que debían llegarles de París.

Ese mismo tiempo pasé yo esperando ver vencida ó triunfante la revolución liberal en Colombia, que, según decires de las cartas que recibía de Cartagena, estaba ya en sus postreros momentos.

Como á **Atala** le encantaba pasear por las afueras de la ciudad, yo los acompañaba con alguna frecuencia al paseo, y viejo observador, comprendí que los trajes que llevaba mi compañera de viaje no eran muy convenientes para *estos climas.* Entonces, con la discresión que las circunstancias exigían, propuse á **Atala** que obtuviera el permiso de su esposo para regalarle trajes propios para usarlos en climas cálidos.

No hubo inconveniente; el marido aceptó, y muy pronto tuve la complacencia de ver á mi *hija adoptiva* vestida elegantemente con telas ligeras como son las que usan las Señoras de los países intertrópicales.

Vestida **Atala** con telas de lana, me inspiraba el temor de que, siendo esta Señora de un temperamento sumamente sanguineo, el calor podía ser cansa de una congestión pulmonar ó del cerebro, y ser víctima en uno de aquellos largos paseos que dabamos por *Anauco arriba* ó á las orillas del *Guaire.* A veces la sangre se congestionaba en sus megillas.

A muchos europeos les es simpática la ciudad de Caracas, sin duda á causa de su clima, que es el de una PRIMAVERA PERPETUA.

Propiameute hablando, en Caracas no hay

frío, pero el calor que allí se siente ni ofende ni molesta. Lo mismo dá vestirse de lana que de lino, ninguno de esos vestidos es molesto al medio día, ni en las frescas noches de Diciembre.

El clima fué lo que más llamó la atención á la francesa dama, pues en más de una ocasión me manifestó el deseo de quedarse á vivir en una casa de campo en las cercanías de Caracas, donde ella pudiera ganar la vida, dedicándose á la cría y alguna fácil empresa de agricultura en pequeño.

Es de sentirse que la situación de Venezuela sea tan pésima; mientras no se mejore y haya confianza, la inmigración no invadirá el país. No hay nada peor que un pueblo en *revolución*, y si Venezuela no quiere la paz, al fin tendrá la **Paz de los sepulcros.**

Si la situación del país no hubiera sido tan tremenda, probablemente no habría yo abandonado mi patria, pues me siento cansado de estar, como he vivido por más de treinta años, **siempre de viaje!** Tal vez **Atala** y su esposo habrían permanecido en Venezuela, así como muchos otros extranjeros que llegaron para entonces, con la intención de establecerse y que no lo hicieron, temiendo la guerra en que tenía envuelto el país el *Mocho Hernández.*



Así como es chocante ver á ciertos hombres fanáticos dándose á montón golpes en el pecho en los templos cristianos, para en seguida salir á realizar chocantes especulaciones de usura; así también repugna encontrarse con mujeres que hacen ostentación de *ateismo* más ó menos disfrazado.

El sentimiento religioso franco sienta más en la mujer que en ciertos *tipos.*

A los *tartufos*, en general, no se les estima y se les vé por doquiera con desdén....

Su razón tendrá la gente.

Atala no era fanática; pero tenía bien arraigadas sus creencias en asuntos religiosos. Era tal su fervor por la BONNE MERE que doquiera veía una Iglesia entraba para rezarle.

En algunos templos no se contentaba con las oraciones; sino que se daba sus artes y sus mañas hasta lograr comprar uno ó más cirios que hacía que los encendieran, los cuales iban consagrados á la BONNE MERE!

Ese culto ferviente, apasionado y constante por la MADRE BUENA, acaso tenga natural explicación en la revelación que más tarde me hizo **Atala**, revelación que me sorprendió mucho, á pesar de que yo tenía mis sospechas desde que conocí á bordo á la joven Señora.

Su porte aristocrático, sus maneras y su físico casi perfecto, revelaban en ella un *misterio* que al fin descifré.

El tiempo que pasé en Caracas, como antes dije, lo empleé en pasear por las cercenías de la ciudad, á veces en coche, otras á pie, ó en los tranvías, que van hasta los confines de la ciudad. Confieso que en dichos paseos tenía la mayor parte **Atala**, á quien gustaba mucho el ejercicio á pie ó en carruajes.

Entre las poblaciones vecinas á Caracas le agradó mucho el *Valle*, pueblo simpático que posée un rio de agua cristalina y muy agradable, la cual goza de fama para curar ciertos males. Alguien me aseguró que ese río corría por entre zarzales; si eso es verdad, no será por cierto á la *zar-*

zaparrilla á lo que deba su bondad el agua, ya que dicha planta es inerte para curar el *Gálico* como se ha creído.

Entre las diversiones á que llevé á mi hija adoptiva fué al Teatro. No le agradól a zarzuela española representada en un *matinè* del domingo. Para los franceses no hay representación que valga la pena, si no se *habla en francés* ; ellos creen que sólo en Francia existen cómicos, y hasta cierto punto tienen razón. El francés nace cómico, vive representando la comedia constantemente ; cuando no sea la *farsa*, como dijo el emperador *Augusto* ya al morir !

Por otra parte, los artistas que trabajan en Caracas son españoles, á quienes se les paga escaso salario ; por consiguiente *¿cómo pedir peras al olmo?*

Al fin, cansado yo de permanecer en Caracas sin que terminara la revolución en Colombia, decidí mi viaje para este país, donde debía ocuparme en asuntos de mis escasos intereses.

Yo comprendía que **Atala** y su marido no habían seguido á Panamá, como era el deseo de ellos, porque los recursos que esperaban de París NO LES LLEGABAN, y acaso no podrían realizar ese viaje, en el cual, tanto el marido como **Atala**, cifraban un porvenir *lleno de ilusiones*, con un negocio de PERLAS que creían de fácil realización. La juventud siempre sueña despierta....

Anuncié á **Atala** que pronto me venía ; ella me dijo : nosotros también seguimos á Panamá, y nos iremos juntos, siempre que Ud. preste á mi esposo los recursos que nos hacen falta hasta llegar al Istmo, donde espera mi marido los fondos que le ha ofrecido una respetable casa de París.

No tuve inconveniente en contestarle que podían disponer del dinero que les hacía falta y des-

de aquel momento nos preparamos para salir de Caracas.

***

Tres días después nos reuniamos en la estación del camino de hierro, para ir á la Guaira, á tomar el vapor italiano que debía llevarnos á Curazao, donde esperaba yo saber de Cartagena.

Pero sucedió que en la Guaira supimos que el vapor no llegaría el día fijado; era preciso, pues, esperarlo; nada más natural que irnos á Macuto, á gozar de la *buena mesa* que allá tiene un italiano en el ***Casino***, donde se come casi tan bien como en algunos *restaurantes de París ó Nueva York.*

Allí pasamos dos agradables días, bañándonos en aquel bello lugar y comiendo bastante bien.

Macuto, como estación balnearia, deja poco que desear; si hubiera menos calor serían más gratos los días que allí se pasan, porque sus baños son buenos y tiene paseos para todos los gustos.

De la Guaira á Curazao bastan unas horas de la noche para hacer la travesía que separa á Venezuela de la Isla holandesa; de manera que salimos por la tarde y amanecimos al siguiente día enfrente del *refugium pecatorum* de los venezolanos que se mezclan en la política de mi patria, casi siempre para especular con ella.

Muy temprano nos hallábamos en un hotel que estaba en liquidación; quiero decir, que no *andaba bien.* El mobiliario de los cuartos era malo y en mal estado; la *mesa pobre*, y el baño de agua dulce había que pagarlo *caro.* De modo que el confortable dejaba mucho que desear; pero ya allí, había que seguir hasta mejorar después, si no nos íbamos.

No se puede negar que Curazao es la Antilla más bonita que cuentan estos mares. Su entrada por el canal llama mucho la atención á todo el que por primera vez llega al lugar. El puente *originalísimo* que existe, formado de lanchas, no carece de mérito, y la apariencia de los edificios y hasta el techo de ellos, tiene algo de peculiar que no se encuentra en otros lugares de estas Islas.

El aseo de Curazao tiene dos explicaciones. En primer lugar, es *colonia holandesa* y es harto sabido que los *holandeses* gozan de la reputación de ser los hombres más aseados de Europa. En segundo lugar, como las lluvias son escasas, las calles no tienen fango, como sucede en otros lugares.

Esa falta de lluvias tiene sus ventajas, pero también sus *peligros;* porque no habiendo agua la vegetación es *pobre ó nula;* de ahí que la Isla no tenga agricultura, necesitando recibir de fuera la mayor parte de las materias alimenticias. De Venezuela recibe legumbres, carnes y mucho pescado salado!

En cambio de esos indispensables alimentos, el comercio de Curazao envía á las costas venezolanas mercancías, las cuales van en mucha parte, de contrabando!

Ese comercio *ilícito*, sobre todo el *contrabando de guerra*, ha perjudicado mucho á Venezuela, que se queja, con razón, de tan peligroso y cruel vecindario. En **venganza,** bien haría Venezuela en hacer de Margarita **puerto franco**.

Si Venezuela no ha tomado la medida antes citada, es porque ese desventurado País siempre ha estado ***MUY MAL GOBERNADO;*** allá no piensan los hombres sino en hacer *fortuna con el tesoro de la Nación.*

La vida en Curazao es muy barata; los pobres se contentan con escaso salario; pero los ricos gustan del lujo y habitan casas ó VILLAS, que acaso no se verían con desdén en París, ni en Londres.

Hay buenos baños de mar y paseos dentro y fuera de la ciudad. Tiene templcs católicos bastante buenos; como el mayor número de los habitantes son *hebreos*, estos tienen su templo donde se reunen á rezar, esperando siempre **al que ha prometido venir.**

Qué consoladora es la Esperanza!!....

Apenas **Atala** salió para la calle, me exigió que la llevase á una Iglesia para hacer sus oraciones á la **Bonne Mere,** y tan pronto como llegamos, compró una *vela* y obligó al sacerdote que la encendiera en su presencia, y se la ofreció á la **Bonne Mere**.

De allí salimos para dar un paseo en el tramvía. Le agradó mucho la población, particularmente la parte habitada por los acomodados, cuyas casas no se cansaba de elogiar codiciándolas. Yo también participaba de sus sentimientos, porque realmente son *admirables* las casas de Curazao.

La prosperidad de la Isla, como la de Trinidad, se debe á los venezolanos que allí viven, los que se han salido de su país huyendo á las *revoluciones* que parece no se acabarán nunca en Venezuela.

Curazao es la Isla más sana que se conoce; allí encuentran muchas personas la salud perdida en el Continente.

*
* *

Para aprovechar el tiempo, el esposo de **Atala** decidió que su señora se viniera á Cartage-

ña tan pronto como hubiera oportunidad; mientras él iba á Panamá al negocio de *perlas* y en seguida tocaría en Cartagena para regresar á Europa, en unión de **Atala**.

Así opinaba yo, porque temía que la compañera de viaje al llegar al Itsmo, contrajera el VÓMITO NEGRO.

Mucho sintió **Atala** tener que separarse del marido; lloró aquel día como si se tratara de una eterna ausencia! *Nadie podía imaginarse lo que el dedo del destino había ya señalado!* Traté de tranquilizarla y me la llevé á paseo. Durante esa tarde estuvo triste, casi no hablaba; pero se fué á la cama muy temprano y en la siguiente mañana me tocaba á la puerta para que la acompañase á la casa de los baños de mar.

Aquel día se ocupó en escribir para su familia en Francia, y para su esposo, quien se había ausentado un día antes. Ya resignada, esperaba con interés el barco que debía traernos á Colombia.

En Curazao no pudimos, como en Caracas, pasear por el campo; la ausencia del marido había sido causa de que perdiera **Atala** el buen humor que tenía en Venezuela. Así pasamos dos semanas, sin otros paseos que los que dábamos por la tarde dentro de la ciudad, hasta que el 13 de Julio un mozo llegó muy temprano á anunciarme que estaba en el puerto el vapor inglés, en el que debíamos salir mi compañera de viaje y yo para Cartagena.

Arreglamos nuestros baúles, y me fuí á la Agencia para que me informaran á qué hora salía el vapor y cuánto costaban los pasajes.

Me dijeron que debíamos estar á bordo á las tres de la tarde, y que el billete había que pagarlo

en ***oro americano!*** Este *abuso* lo cometen también en Trinidad los Agentes de la ***Mala Real!*** *Así me sucedió años atrás.*

Antes de las tres llegamos á bordo del viejo barco BERNARD HALL, que conozco hace años. Allí me sorprendió **Atala** haciéndome notar **que ese día era viernes y por añadidura 13 del mes.**

Todo el que conoce la vieja preocupación de los franceses por el **viernes** y el número **13** puede imaginarse cómo me quedaría yo al oirla.

La dige, pero *querida hija* : ¿por qué no pensaste en esto antes de que hubiera comprado los *billetes?* Y sobre todo, nos criticarían si ahora nos saliésemos del vapor, por una preocupación.

Sinembargo de mi genial despreocupación, me vino un recuerdo de los días postreros del Imperio de Napoleón III.

Para entonces sucedió *que la Francia declaró la guerra á la Prusia un* **viernes**.

Ese día tuve que acompañar á una Dama bretona á Versalles para un paseo al campo ; cuando regresamos de nuestra *excursión*, ella se lamentaba de que hubiesen declarado la guerra un ***viernes*** día que ellos consideran ***fatídico!***

Yo le aconsejé que no hablara de esas PREOCUPACIONES ; pero jamás he olvidado el HECHO, siempre que recuerdo aquel ***desastre.***

De modo que al decirme **Atala:** hoy es **viernes** y ¿ **pensamos viajar** ?

Le contesté: no *hay peligro*, puesto que el viaje propiamente empezó el día que salimos de Caracas. Aquella reflexión la tranquilizó un tanto. Nó á mí, que recordaba lo ocurrido en *Versalles*. . .

* *
*

Al fin salimos del canal como á las 6 de la

tarde; noté que **Atala** seguía de mal humor. Procuré hacerle lo más llevadero el corto viaje que nos faltaba, hablándole del país donde debíamos llegar, de las costumbres de los colombianos etc.

Comprendí que le desagradaba no hablar inglés, mas yo le servía de intérprete para procurarle cuanto deseaba á bordo.

Pronto llegamos á Sabanilla; allí un sacerdote que hablaba bien francés y que tenía tipo de haber nacido en el Medio día de la Francia, se le acercó para informarla, que en Barranquilla morían díariamente *veinte personas* de FIEBRE AMARILLA y que en Cartagena no morían menos de DIEZ.

Traté de inspirarle confianza para que no se impresionara con aquel informe.

Ella palideció y comprendí que la había impresionado terriblemente la ocurrencia del ***jesuita!***

Entonces pensé en que siguiera para Panamá en un vapor francés que salía horas después para Colón; pero era imposible. Panamá estaba medio sitiado y no daban pasaje para el Istmo.

*
* *

La *Fiebre Amarilla* se desarrolla en Cartagena y Barranquilla siempre que vienen tropas del interior de Colombia; esto es un hecho *averiguado* hace años. Estos desgraciados suministran con su sangre á los *Zancudos*, EL GERMEN DE LA FIEBRE, germen que inoculan al *extranjero* que no está aclimatado en el país....

De ahí se deduce que corren peligro de contraer el **vómito negro** los no *aclimatados*, si se llega al país cuando existe tan peligrosa guarnición.

***

Ese mismo día siguió el *Bernard Hall* para Cartagena y en la mañana siguiente entramos en la hermosa bahía de dicha ciudad.

En el puerto supe que en el Hotel americano habían muerto algunos *extranjeros* de la *terrible fiebre;* pero también supe que en los demás hoteles no admitían pasajeros!

Siempre que llego á Cartagena después de larga ausencia, experimento casi el mismo placer que siento al llegar á mi patria natal. Pero en este viaje no fué así! Un presentimiento de desgracia embargaba mi mente, no sabía lo que me estaba pasando, ni qué era lo que me hacía sufrir. Sólo sabía que no me sentía bien y que algo extraño me estaba pasando.

En verdad que en la vida hay *presentimientos* que nos afectan moralmente, sin que podamos descubrir la causa, de la cual más tarde viene uno á darse cuenta por los hechos que se han cumplido. hechos reveladores de la pasada tristeza, de la inquietud en que estuvo nuestro espíritu, ó de ese malestar indefinible que sin ser una enfermedad franca, nos postra y nos quebranta de peculiar manera!

Mi compañera de viaje tampoco estaba bien; desde que oyó al sacerdote con su imprudente informe, se transformó; tenía un miedo horroroso á la *fiebre amarilla;* ese miedo era tal, que se sometió á abandonar á su marido en su viaje á Panamá, para no exponerse, yendo al Istmo, á contraer tan temible dolencia.

En vano le daba yo valor, en vano eran mis reflexiones, en vano mis consejos. El temor se había apoderado de aquella mujer que tenía un va-

lor en el peligro, mayor que el de muchos hombres. Si ella hubiera nacido de ese sexo, habría sido émulo en Francia de CAMBRONNE ó de MURAT.

Despachados nuestros baúles en la Aduana, nos fuímos al *Hotel americano*, que conozco hace años, donde se come bien, y que tiene las habitaciones más frescas de esta ciudad.

La dueña nos recibió graciosamente; prometiéndonos que la casa había sido desinfectada en esos días; de consiguiente nada debíamos temer.

Ella nos ofreció buenos cuartos y las camas más frescas de que disponía, lo que cumplió religiosamente.

Instalados ya en la fonda, ***Atala*** le agradó la mesa, que de antemano yo le había elojiado. Á ella le agradaba comer bien; para mí era muy placentero mirarla comer carne, como comen las inglesas, y legumbres como lo hacen las francesas. Qué bien comió aquel día!

Al medio día comió frutas que nunca desdeñaba; porque era una frutívora *sens pareil.*

Ese día, como el siguiente, lo pasó bién, con buen apetito; pero al tercero que fué domingo nos fuímos al campo, para ver si quería pasar allá algunos días, hasta el regreso del marido que pronto debía regresar de Panamá.

En la casa de campo noté que almorzó sin fijarse en el almuerzo; no tenía apetito. También desdeñó la sandía que tánto le agradaba en Caracas, ni quiso *nísperos*, fruta que le encantaba comer en Curazao.

En fin, le ofrecí un vaso de leche, no lo quería tomar, cuando desde á bordo me había dicho, que iría al campo para beber leche!

Aquello revelaba enfermedad, ó acaso ya había entrado en el período de *incubación* de la do-

lencia que la postraría en el lecho días después.

La inapetencia seguía y aquel día se ocupó en escribirle al marido y para la familia de ***Atala***.

Desde Curazao, después que el esposo había seguido para Panamá noté que no quería que la dejara sóla, ni mucho menos salir á la calle sin que la acompañase. Ya en Cartagena me declaró que si yo no la acompañaba por nada salía á la calle. Tuve por consiguiente que acompañarla á la catedral y otras Iglesias donde iba como de costumbre á rezarle á la BONNE MERE.

Ese mismo día no quiso bañarse, lo cual era cosa rara; porque era, como se dice, un pato; bañarse una ó más veces, al día le era indispensable á aquella constitución llena de vida y abundante de sangre.

Me exijió que la llevase á casa de un dentista y allá nos fuímos; quería que le sacaran una muela que tenía enferma y le fué sacada. Terminada la operación, ya de vuelta en el hotel se estuvo quejando del dentista, á quien le atribuía por inhabilidad, el que no se detuviera la hemorragia del alveolo en que estuvo la muela. Yo le indiqué algunos remedios que la mejoraban; pero dos horas después volvía la sangre!

Estaba preocupada, no se sentía bién. En la noche después que comimos salí sólo á ver unos amigos, á las 8 cuando regresé la encontré llorando y muy triste; deseando regresar á Francia, lo cual no podía, decía ella, **por falta de dinero.**

Yo la consolé y le aseguré que no era el **dinero** lo que le hacía falta, sino el regreso de su esposo, y el vapor que la llevara; porque en cuanto á lo que costaba su regreso á Francia, yo se lo había ofrecido y el billete, etc, estaban á su orden.

Aquello la tranquilizaba un tanto; pero á poco oía que volvía el llanto!

Para mí una mujer que llora tiene un poder formidable. No me agrada verlas llorar!

Me volví á su habitación para saber que tenía y por qué era aquel llanto.

Fué entónces cuando me hizo la *revelación* de que más atrás he hablado.

Comenzó por decirme; no **debo tener nada oculto para usted ya que sus bondades para conmigo son las de un padre.**

Le confieso que soy hija expósita!

Mi madre me mandó poner en el zaguán de la **santa mujer** que me ha criado, cuando apenas tenía dos meses de nacida. En el cesto en que me colocaron había una *fuerte suma en oro. Eso es lo que me ha contado mi segunda madre!*

¿"Quiénes fueron mis progenitores?"

"Yo nada sé." Eso pasaba entre lágrimas y sollozos. También me enternecí hasta llorar.

Después de aquella *terrible escena*, el lector supondrá como estaría mi sistema nervioso.

La tomé de la mano ofrenciéndole sinceramente que sería en lo sucesivo con más razón SU PADRE, puesto que por su desgracia ella no conocía su legítimo progenitor.

Desde entonces me expliqué el culto constante que sentía **Atala** por la BONNE MERE. Ella había tenido por MADRE una mujer que no era BUENA!

Al fin se fué calmando su justa aflicción. Ya tranquilizada por las ofertas de estimación y aprecio que le hice se fué á dormir, esperando que bien pronto llegaría su marido para seguir á Francia ambos.

Después de lo que acabo de escribir se aumentó mi cariño por aquel ser tan desgraciado y tan digno de mejor suerte. Al siguiente día, la traté más afectuosamente que nunca; por que el no saberse quiénes son los *padres de una persona*, juzgo que puede considerarse, como la PEOR de las desgracias para un hombre....

Ese día almorzó mal, y casi no comió. La invité para que diéramos un paseo en coche; el cochero no vino á tiempo y se molestó mucho. Paseamos á pié, pero desagradada.

Me culpaba, porque yo me había distraído y no aprovechamos otro coche que estaba en la puerta. Cuando nos sentamos á la mesa estaba de un *humor negro*, casi no quería hablarme. Pobre **Atala**, ya estaba enferma.

Esa noche casi no durmió. En el cuarto vecino al de ella se instalaron cuatro militares que llegaron de Turbaco, y como á eso de las 11 de la noche, viendo yo que no apagaban la luz, temí que á la Señora, que les quedaba al lado, le molestaría la claridad. Entonces me levanté para averiguar quiénes eran esos pasajeros que necesitaban luz para dormir. ¿ Cuánta no sería mi sorpresa, cuando metí el ojo por entre las hojas de la puerta entreabierta y ví que estaban jugando á la baraja y cada cual con sus billetes al lado?

Aquella partida duró hasta las cinco de la mañana, hora en que salieron del hotel. Ya supondrá el lector que la Dama no pudo dormir con tal vecindario.

Trasnochada é inapetente, el día lo pasó mal, pero fué ya como á las siete de la noche que me apercibí que ***Atala*** tenía fiebre!

Cuando se lo manifesté, me dijo, NO SE ALARME UD., YO ESTOY ACOSTUMBRADA EN FRANCIA Á

PADECER DE ESTA *fiebre, que me dura uno ó dos días, para desaparecer en seguida.*

Ella no sabía que tenía que luchar con una dolencia cruel, que hace víctimas á muchos de los que la padecen. Le dí un poco de té, una fricción de agua de colonia y alcohol alcanforado y tres píldoras de quinina, remedio por el cual ella tenía *cierta prevención*, que no pudo explicarme. Pasó mal la nóche, muy agitada, sin poder dormir.

Al día siguiente seguía la fiebre con una elevada temperatura; examinada la orina había *albu mina* en gran cantidad.

Pero no es mi intención escribir un caso clínico de *fiebre amarilla*, narrando todo lo que sufrió aquella infeliz durante la enfermedad; baste saber que vomitó negro muchas veces, que tuvo todas las hemorragias que se presentan en esa dolencia *anuria* y las convulsiones consiguientes, y que no faltó un sólo síntoma de los que presenta el vómito negro, hasta el hipo, precursor de la agonía!

¿Cómo contrajo **Atala** la *fiebre amarilla?*

Me lo explico de esta manera. En frente del hotel había un cuartel de tropas del interior, de allí parece que morían diariamente enfermos de *vómito;* es posible que de allá algunos mosquitos se fueran al hotel é inocularon á la desventurada **Atala**.

Tres días pasó en el hotel americano la enferma; convencido yo de que se trataba de un caso de *fiebre amarilla*, se lo declaré á la dueña del establecimiento, quien me dijo: *si es así, Ud. debe llevarla al hospital; porque la permanencia de la Señora en la fonda perjudica mis intereses.*

Tomé mis medidas y me fuí al hospital con la compañera de viaje; pero fuí tan desgraciado, que para ese día no había una pieza en la cual se pu-

diera colocar á la paciente; hubo que habilitar un cuarto en que se hacen operaciones, ese cuarto está al lado de un lugar en que tienen mujeres detenidas por *crímenes comunes*, de manera que las vecinas que tendría mi amiga mientras permaneciera allí, no era gente con quien le gustaría estar....

Se afectó mucho ***Atala*** cuando se vió allí; por fortuna un amigo me alquiló una casita, que tenía enfrente y me la llevé á esa casita, donde me encontré con muebles y lo indispensable para la asistencia de mi PACIENTE.

Atala se sorprendió mucho cuando notó, que durante dos horas que estuvo en el hospital, no hubiera ido á saludarla la SUPERIORA, quien es ***compatriota*** de la ***enferma***.

EN LA CASITA.

Ya en la casita, yo emprendí la batalla con ese ***monstruo*** que ha sido tan bien llamado el ***Tifus de América***, con toda la energía que acostumbro en esos casos. Me pareció dos veces que la victoria coronaba mis esfuerzos, ya que la traidora fiebre presentó mejorías, pero la suerte me fué adversa!

Por otra parte, mi paciente se negaba á tomar quinina y yo atribuyo á ese heróico remedio los casos que he curado en Caracas, Cartagena y Panamá en mi práctica de cuarenta años, de cuya profesión he vivido hasta ahora.

Ya grave **Atala**, llegó su marido de Panamá; para mí su llegada fué como si bajara de los cielos, puesto que mi responsabilidad disminuía en parte.

Ambos hablaron largo rato, y me hice la ilusión de que aquel suceso ayudaría á la mejoría

que en esos momentos presentaba la enferma.

Vana fué mi esperanza! Al siguiente día, después de una copa de *champaña*, comenzaron las convulsiones que terminaban por un síncope, del cual salía, haciéndola respirar artificialmente, por la compresión de las paredes del torax.

Durante los catorce días de su enfermedad, **Atala** no dió un quejido, ni se la oyó un lamento, sufriendo como debía sufrir. ¡Qué valor tan heróico el de aquella Señora! Yo la observaba atentamente día y noche; no quería que la abandonara un instante.

Un día antes de morir, tendida en el lecho, se despidió con la mano por tres veces, haciendo la señal hacia el marido, que estaba á cierta distancia. Otro tánto hizo en otra dirección. Acaso era el último adiós á la madre que la crió, por la cual ella tenía adoración.

Antes de cerrar estos apuntes, es justo que tribute mi más profundo reconocimiento á dos de las Señoras más respetables de esta ciudad, **las que cual otras Hermanas de la Caridad** me ayudaron constantemente en el propósito de curar aquella Señora, quien extranjera en este suelo, no tenía ni parientes, ni amigos que velaran su lecho. También agradezco á las personas y amigos, que me acompañaron en aquellos tristes días para mí.

Que en paz descanse la hermosa y jóven DAMA FRANCESA, que vino á nuestra América á buscar PERLAS y sólo encontró una tumba, ante la cual deposito estos recuerdos de amistad pura y sincera.

Cartagena, Diciembre de 1900.